



SS

**SERVICIO
SECRETO**

CLIFF BRADLEY

BUSCANDO LA MUERTE

CLIFF BRADLEY

BUSCANDO LA MUERTE

1.ª EDICIÓN
MAYO 1954



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BUENOS AIRES

OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS
POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE:

249 — Sangre en las Vegas. 273 — Juego peligroso. 312 — Contra la traición. 307 — Una misión endiablada. 315 — En deuda con el crimen.

En Colección SERVICIO SECRETO:

157 — Veracruz. 182 — Caza mayor.

PRINTED IN SPAIN

Reservados los derechos para la presente edición
Impreso en G. Bruguera, S. A. - Proyecto, 2 - Barcelona

BUSCANDO la MUERTE

CLIFF BRADLEY



CAPÍTULO PRIMERO

El teniente McGregor, de la R.A.F., canadiense, se pasó el dorso de la mano izquierda por la frente para limpiarse la sangre que le dificultaba la visión, miró al altímetro y el indicador de carburante, apretó los labios, y mascullo una sorda maldición.

La cosa iba poniéndose peor por instantes, y ya no cabía esperanza de regresar a la base, o al menos caer en el mar, donde podrían ser recogidos por cualquier navío de guerra propio.

Definitivamente la suerte les había vuelto la espalda...

Miró con rabiosa tristeza a su derecha, al hombre doblado grotescamente sobre sí mismo y sujeto al asiento por el cinturón de seguridad. Aquél era Philip Laverne, su amigo piloto comandante del avión. Capitán Philip Laverne, de la R.A.F., canadiense, D.S.O., cincuenta y seis misiones cumplidas con éxito, nueve aviones enemigos derribados, veterano de las fuerzas de bombardeo, siempre alegre y seguro de sí mismo...

Ahora no volvería más... Éste era su último vuelo, aunque él no podía darse cuenta... o tal vez sí, allá donde su espíritu estuviera. El mismo proyectil antiaéreo que destrozó la carlinga, un motor y el ala derecha, le había rajado la cabeza. Había muerto instantáneamente... y eso fue una suerte, después de todo. El mismo McGregor, escapado milagrosamente de correr su misma suerte — cuestión de milímetros si la esquirra que le rasgó el cuero cabelludo hubiese bajado sólo un poco— le vio distenderse como un resorte soltado de pronto, abandonar los mandos mientras la cabeza se le convertía en una masa roja muy visible a la intensa llamarada del proyectil estallado frente al avión, y doblarse enseguida, quedando tal como ahora estaba.

Algo se había roto en el interior de McGregor entonces. Él y Laverne eran amigos, camaradas... más que hermanos. Veintinueve servicios de bombardeos juntos, piloto y copiloto, con la suerte

como compañera. Ni siquiera un rasguño en todos ellos. Y ahora...

Pero en medio de un ataque de bombardeo nocturno, cuando los reflectores le buscan tenaces a uno, las granadas antiaéreas estallan peligrosamente cerca, y los cazas nocturnos atacan como avispas furiosas desde todas los ángulos, no queda tiempo para pensar en nada que no sea cumplir la misión impuesta, y procurar salir con vida. Ellos ya habían cumplido la suya. El puente de ferrocarril sobre el río, al sur de Nich, estaba destruido por los impactos directos, y la vía destrozada hasta la misma estación de la ciudad. Ahora precisaba escapar...

McGregor había aferrado los mandos nerviosamente, estabilizando el «Lancaster», y luego, lo había sacado como pudo del infierno que era la zona de Nich. Uno de los motores de la derecha había quedado inutilizado, y medio deshecha la parte delantera del ala entre él y el fuselaje, así como todo aquel lado de carlinga. Enfiló el avión hacia el sur, en busca de la frontera y el mar, dejando atrás el valle del Vardar. Tal vez, con un poco de suerte, conseguiría salir del territorio enemigo...

La noche les favorecía ahora. Oscura, y bastante nubosa, no era de esperar que la caza enemiga les localizase... Pero hasta esa esperanza les falló. Y sobre Uskub, una escuadrilla de cazas nocturnos atacó a su avión y los otros dos, también averiados que le acompañaban.

La lucha duró poco, pero fue empeñada y cruenta. Uno de los bombarderos ingleses y los cazas alemanes fueron derribados. El avión de McGregor logró zafarse, pero con dos víctimas más a bordo. El artillero de cola, herido mortalmente cuando acertaba al caza atacante, derribándolo, y el bombardero, con dos balazos en la pierna derecha.

Y ahora, para colmo, cuando se hallaban sobre las montañas fronterizas, los motores comenzaban a ratear, indicando lo mismo que señalaba el marcador de combustible. Se quedaban sin gasolina...

Esto ya era mala suerte... Algún proyectil había perforado los tanques, de seguro. Y en tales condiciones, se imponía el aterrizaje forzoso o el lanzamiento en paracaídas... sobre montañoso terreno enemigo.

Intentó elevar el avión. Debían de hallarse sobre las montañas

fronterizas, y esto suponía alturas de seis mil pies... y más. Ahora estaban volando a cinco mil...

De atrás, llegó la voz tensa del radiotelegrafista.

—He conseguido comunicar con Hasell, Mac. Pregunta cómo vamos...

—Dile que mal. Nos hemos quedado sin gasolina, y tendremos que abandonar el avión.

Silencio. Luego de un rato, otro de los tripulantes llegó, arrastrándose, a la cabina.

—Dawes ha muerto —anunció roncamente—. ¿Es cierto que nos quedamos sin combustible?

—Sí. Han debido de agujerear los tanques.

—Estamos sobre la vertiente yugoeslava de la frontera. ¿Crees que podremos salvar las montañas?

—Si consigo mantener esta altura diez minutos más... De todos modos, preparaos para saltar. ¿Cómo está Garvester?

—Bastante mal. Una de las balas le ha roto los huesos de la pierna, y la otra le desgarró el muslo. Lo he curado lo mejor posible, pero...

Los dos callaron. Ambos sabían bien lo que le esperaba a su compañero. También, muy probablemente, a ellos mismos.

—Ha sido mala suerte...

Volvió a oírse el radiotelegrafista.

—Hasell dice que intentemos llegar a Grecia, Mac. Hay guerrilleros allí, y pueden ayudarnos. Pide posición...

—Dásela... ¡Maldición!

Encabritó el avión con un violento esfuerzo, justo a tiempo de pasar rozando un picacho rocoso que había brotado súbitamente ante el aparato. Jadeante, sintiendo un frío sudor en su espalda intentó elevar más el avión. Pero éste no obedeció, antes bien los motores comenzaron a fallar. Atrás, el radiotelegrafista comunicaba con la distante formación de bombarderos.

—Hasell dice que procures aguantar diez minutos más, Mac. Estamos justo sobre la cordillera.

—¡Ya lo sé! Dile que es imposible, y vamos a tirarnos aquí. ¡Ya no puedo dominar el aparato!

Era verdad. Acotado el combustible, el «Lancaster» perdía altura ya. McGregor ordenó:

—¡Pronto! ¡Abrid una puerta, y al aire! ¡Primero Garvester! ¡Buena suerte, muchachos; no perdáis tiempo!

Sin rechistar, los otros obedecieron. Mientras procuraba desesperadamente mantener la altura, vio cómo saltaban sus compañeros.

—¡Vamos, Mac! —le gritó el radiotelegrafista—. ¡No pierdas tiempo! ¡Gira, que tienes las montañas encima!

Con un último esfuerzo sobrehumano logró hacer virar al avión. Estaban sobre un angosto valle rodeado de montañas casi invisibles. McGregor se desató el cinturón de seguridad, y miró un instante al cadáver de su amigo.

—Adiós, Philip —dijo roncamente. Luego se arrastró hacia la cola, pasó sobre el cuerpo del artillero y llegó a la abierta portezuela.

Sólo negrura. La tierra podía estar a mil pies como a cien. Una probabilidad entre diez de no estrellarse... pero no había opción.

Saltó al vacío. El aire lo succionó, le hizo rodar, sintiendo la espantosa sensación de vacío en la boca del estómago... Vio pasar rauda la negra sombra del avión, y entonces tiró de la anilla.

Casi en el acto, sintió un tirón brusco, que pareció arrancarle los hombros. El aire era frío y cortante. Su acelerado descenso cesó súbitamente, convirtiéndose en un balanceo pausado. Una corriente de aire no muy fuerte lo estaba arrastrando hacia su derecha. A lo lejos, la noche se conmovió con un estallido sordo, y una llamarada brotó de la negrura. Mirando hacia allí, supo que el «Lancaster» había chocado con la ladera de una montaña, a media milla de distancia... tal vez más.

Ahora estaba solo, no sabía dónde, mareado por la pérdida de sangre y con un intenso dolor de cabeza, esperando el choque con la tierra de un momento a otro.

Y el choque llegó. Casi simultáneamente, sus pies y todo su cuerpo tocaron violentamente roca dura, y el paracaídas se enredó con algo, las ramas de un árbol, tal vez. Rápido, se desató las correas, rodó dos o tres yardas, lastimándose, y al fin se detuvo, o mejor dicho, fue detenido por unas raíces y rocas.

Dificultosamente, se puso en pie, tanteándose el cuerpo. No se había roto nada, por fortuna... Bien, ahora, lo primordial era recoger el paracaídas y esconderlo. Los alemanes no dejarían de

haber notado la caída del bombardero, y buscarían supervivientes...

Gateó en la oscuridad, guiándose por el instinto, hasta dar con el atalaje del paracaídas; y luego, ayudándose en las cuerdas, subió hasta donde la seda se había enganchado en lo que parecía ser un pino enano. Por instinto también, sabía que estaba en una pendiente muy inclinada, pues varias veces perdió pie y le salvó de rodar por ella el haberse agarrado a las cuerdas. Así, con grandes precauciones y ayudado por su cuchillo, fue rasgando la tela del paracaídas y recogéndola.

Entonces, allí mismo y con el cuchillo, se puso a cavar un agujero junto a las raíces del pino. El aire penetrante y oloroso le había despejado la cabeza bastante, pero la tierra estaba endurecida, y resultó ímproba tarea cavar un hoyo lo bastante profundo para ocultar el paracaídas. Eran las tres y diez de la mañana en su reloj de esfera luminosa cuando terminó de cubrir el hoyo con la tierra extraída, y se decidió a descansar un poco.

Durante un cuarto de hora permaneció tendido boca arriba, sopesando las probabilidades de su situación. Ignoraba dónde había caído, dónde estaban sus compañeros y dónde los alemanes. Respecto a lo primero, sólo sabía que debía hallarse en la falda de un monte junto a un valle estrecho, en cuyo fondo, o las cercanas laderas, habían descendido sus camaradas. Lo más indicado era pues ponerse en su busca cuanto antes, pues con el día, los alemanes vendrían probablemente a investigar. Si para entonces habían conseguido reunirse los cuatro, tal vez pudieran eludir al enemigo y ponerse en contacto con algún grupo de guerrilleros griegos o yugoeslavos.

Se levantó, arreglóse el improvisado vendaje de la cabeza, y emprendió cautelosamente el descenso de la pina ladera.

No había bajado diez yardas cuando perdió pie al ponerlo sobre una piedra suelta. Intentó aferrarse a unas matas, pero éstas cedieron, y cayó rodando y dando tumbos, envuelto en tierra y piedras sueltas, recibiendo golpes dolorosos, arañándose en las matas...

Rodó y rodó, hasta que, de pronto, se sintió caer en el vacío. Luego, casi en el acto, chocó violentamente contra el suelo, sintió un agudo dolor en el pie izquierdo, rodó un corto trecho, algo le detuvo, y su cabeza chocó contra algo duro, todo al mismo tiempo.

Una explosión de estrellas coloreadas llenó sus ojos... y la siguió una densa oscuridad.

CAPÍTULO II

Cuando recobró el conocimiento, un rayo de sol estaba dando de lleno en su rostro. Millones de tambores y campanas redoblaban sorda y rítmicamente en el interior de su cráneo; cerró los ojos cegados, girando la cara.

Tal movimiento le produjo un vivo dolor, y le devolvió la plena consciencia. Palpándose la cabeza, notó que la venda aún seguía allí, por más que desviada y dejando media herida al descubierto. Pero no fluía sangre.

Apoyándose en los codos, se incorporó, gimiendo involuntariamente. Se sentía como si le hubiesen apaleado y roto todos los huesos del cuerpo. Al intentar mover las piernas, un dolor insoportable le subió por la izquierda, desde el pie. Y al mirar allí, lo vio torcido extrañamente.

—¡Maldita sea! Esto me faltaba... —Gruñó malhumorado.

Pero aún le faltaba más.

Lo vio al mirar alrededor... y se le puso carne de gallina.

Porque estaba justo al borde de una estrecha plataforma rocosa... y esta caía a pico no menos de trescientos pies sobre la siguiente ladera. Un pino enano, de recias raíces, le había detenido justo a tiempo de evitarle la caída mortal.

Un frío sudor llenó las sienes de McGregor, y también su espalda, mientras un calofrío le corría por la columna vertebral.

—¡Dios mío! —murmuró—. ¡Esto sí es tener suerte!

Lentamente, con infinitas precauciones, se fue apartando del peligroso lugar, viendo entonces que dos de las raíces del pino habían cedido al choque de su cuerpo, y sólo tres, no muy gruesas, le habían retenido. Jadeando de excitación, terminó de inspeccionar el lugar.

Estaba en una plataforma rocosa que bordeaba el monte en una extensión de unas doscientas yardas escasas, y cuya anchura no

pasaba de cuatro donde él cayó. Una treintena a su derecha, se fundía con la ladera —más bien despeñadero— sin que nadie pudiera subir o bajar por allí. Hacia la izquierda se ensanchaba un poco, pero estaba llena de maleza y piedras desprendidas de lo alto, señalando el sitio por donde él había caído, y mucho más arriba, la ladera, empinadísima y esmaltada de matorrales, pinos y madroños no muy espesos, se unía a una espesura de monte de encinas y pinos. Sobre todo aquello, veíanse rocas grises y negras, destacándose contra el cielo nuboso.

A la izquierda, el cantil seguía cobrando altura, hasta alcanzarla bastante considerable, cortándose bruscamente cien yardas más allá.

Se puso trabajosamente en pie, evitando apoyarse en el dislocado. Y respiró hondamente.

—Alan McGregor —habló para sí mismo—. Todo me induce a suponer que has nacido anoche por segunda vez... Hubieras descendido unos pasos a la derecha o la izquierda... y a estas horas estarías hecho papilla en el fondo de ese derrumbadero. Bueno, veamos si continúa tu buena suerte...

Terminó su inspección ocular. Como supuso la noche antes, había caído al borde de un estrecho valle, bastante agreste. Los montes, boscosos y quebrados, se alzaban por todas partes, excepto hacia el sur, donde se abrían sobre otro valle. Desde la altura en que se hallaba, McGregor distinguió una aldea en la intersección de ambos valles, una milla más abajo. Y a la derecha de ella, en la falda de uno de los montes, los restos de su avión. También otra cosa. Pequeños puntos que se movían alrededor de ellos. Podían ser gentes de la aldea... pero también podían ser alemanes. En el valle a sus pies, atravesado por un arroyo y un camino, no se notaba movimiento de gentes.

—Bueno, esperemos que los otros muchachos hayan tenido mi suerte... y veamos de arreglar este pie —se dijo, dejándose caer sobre una piedra.

Una hora de esfuerzos que le dejaron agotado y mareado, demostráronle que con sus propios medios, nada podría hacer. Tuvo que cortar la bota con el cuchillo para liberar al pie Hinchado y tumefacto. Se lo había torcido del todo, y sólo un médico lo podría arreglar.

—¡Valiente situación! —rezongó malhumorado—. ¿Y qué hago yo ahora? Si al menos supiera dónde estoy...

Lo único que no podía hacer era quedarse quieto, y así, tras agenciarse una rama de pino que le sirvió como bastón, comenzó a arrastrarse a lo largo de la cornisa, procurando mantener en alto el pie dislocado. Aun así, fue empresa titánica recorrer las cien yardas que le separaban del sitio donde la cornisa se estrechaba terminando en un derrumbadero, no muy difícil de salvar para un hombre en pleno uso de sus facultades físicas, pero totalmente imposible como camino de bajada para un herido en la cabeza, agotado, con un pie dislocado y atacado de fiebre.

Durante largo rato permaneció tumbado de costado allí, reponiendo fuerzas y examinando el terreno. Podía bajar ciertamente por allí... aunque fuese rodando. Pero no podría bajar de día sin correr el riesgo de ser visto, y en cuanto a hacerlo de noche... era jugar con la fortuna demasiado. Tal vez le convendría retroceder, y esperar a que anocheciera. Entre dos luces le sería más factible, y podía reposar todas esas horas... Algo más atrás había descubierto la entrada de una cueva no muy grande, que ponía servirle temporalmente de refugio. Difícilmente podía nadie imaginar que él estuviese allí... y dábase cuenta de que se hallaba totalmente agotado.

Inició el retroceso hacia la cueva. Y habría avanzado unos diez pasos cuando se aplastó contra el suelo, mirando ansiosamente hacia el fondo del valle.

Allí, por el camino, subían dos camiones llenos de soldados alemanes.

Les vio llegar a un punto directamente debajo y frente a él, parar y echar pie a tierra, dividirse en grupos y lanzarse en todas direcciones por entre las espesuras, poniéndose a registrar cada mata y cada rincón del terreno.

—¡Malditos sean! —masculló—. Los cogerán, si no han escapado ya del valle...

Durante largo rato permaneció inmóvil, olvidado de sus dolores y agotamiento, contemplando la sistemática caza del hombre. Los alemanes no parecían tener prisa. Y cuando por el collado a la izquierda vio Alan relucir los cascos de otra patrulla, comprendió que él y sus compañeros, tenían tantas probabilidades de escapar

como un ratón caído entre las zarpas de un gato.

Sin que se diera cuenta, las horas habían ido transcurriendo, y el sol estaba ya en el cenit, calentando bastante. La fiebre y el dolor del pie hinchado eran insoportables. Por otra parte, los alemanes estaban acercándose a aquel lado del valle. El viento le trajo de pronto débiles gritos ininteligibles, y vio correr a los soldados enemigos hacia un denso matorral, como a media milla de su observatorio, a la derecha. Poco después, aparecieron en un claro llevando por delante a un hombre que andaba cojeando, las manos sobre la cabeza. Y cuando llegaron al camino, el teniente lo reconoció.

—¡Atraparon a Bertie, malditos sean!



Atraparon a Bertie, ¡malditos sean!

También podían atraparlo a él... Sí, podían subir a la montaña y verle desde arriba, tendido allí como un lagarto al sol. Tenía que esconderse... y deprisa.

Mordiéndose los labios para contener el intenso deseo de gritar que le producían sus dolores, se arrastró hacia la cueva.

Ésta era un agujero casi cuadrado, de escasa altura, pero que se ensanchaba en su interior hasta adquirir las dimensiones de un cuarto pequeño. Y debía de ser madriguera de algún zorro u otra alimaña por el estilo, a juzgar por los huesos y restos esparcidos sobre el suelo. Ahora sería un buen refugio para él... y hasta casi una fortaleza.

Se metió dentro, sacó la pistola de su funda y la empuñó nerviosamente, agazapándose junto a la entrada. Si lo descubrían... Bueno, él no se iba a rendir mientras le quedaran balas. Esa idea de la rendición no era cosa que le gustase, en absoluto...

Pasaron lentos, tensos, los minutos. Afuera brillaba el sol, y a veces se escuchaban lejanos sonidos le voces humanas.

En la cueva, Alan recordó que llevaba una ración de emergencia. Su estómago reclamaba imperiosamente, y soltando la pistola, busco el paquete en su cintura, poniéndose a masticar una tableta de chocolate.

Luego sintió sed... y esto era peor, porque no tenía agua. Le ardía la cabeza, y pronto le ardió el cuerpo también. El pie dislocado era una masa de dolores sordos y lancinantes. Comenzó a desvariar, y la fiebre le hizo ver vívidamente los detalles de la última misión cumplida, mezclados incoherentemente con otros que pertenecían a distintas misiones, la vida en los campos de aterrizaje y la ahora lejana existencia del tiempo de paz...

Éste fue el comienzo de una tremenda pesadilla, durante la cual fue incapaz de distinguir la ficción de la realidad.

En un momento de lucidez se arrastró hasta la boca de la cueva; era noche cerrada, y brillaban altas las estrellas. Luego, vino otro lapso de inconsciencia, y el siguiente recuerdo lúcido fue de un rayo de sol que penetraba hasta casi el interior de la cueva, y el que no podía acercarse allí, pues algo parecía tenerlo atado al frío suelo...

Siguieron nuevos períodos de lucidez y oscuridad mental, intercalados, en un espacio impreciso de tiempo. Y por fin, McGregor se encontró de pronto sentado, con la espalda sobre la roca, sosteniendo en la diestra una pistola que pesaba como si fuese un cañón de 6 pulgadas, conteniendo el aliento y escuchando los alarmantes ladridos de un perro. Un perro que ladraba en el saliente, frente a la entrada de la cueva, donde brillaba el sol...

Luego una voz de hombre llamó al can, en una lengua que no

era alemana, y Alan oyó acercarse los pasos de ese hombre.

El perro seguía ladrando sin cesar, ¡maldito animal! Y delatando así su presencia. Sintió una rabia sorda, y un loco deseo de destrozarle la cabeza a balazos. Luego, cuando la voz del hombre volvió a hablarle en tono aplacador, una ráfaga de esperanza le invadió.

Aquel idioma... él había estudiado algo vagamente parecido... ¡Sí, ahora recordaba! Este hombre era un griego... y si era un griego, había ocho probabilidades contra una de que fuese amigo...

Roncamente, con voz que le sonó como de otro, balbució en griego clásico la palabra «amigo».

En respuesta, sonó fuera una excitada exclamación, y una sombra tapó la luz solar. Luego, alguien se introdujo en la abertura, y Alan vio aparecer una cabeza de hirsuta pelambre y negros mostachos, los ojos dilatados por el asombro, y tras ellos, el resto del cuerpo de un montañés.

El recién llegado y el que estaba dentro, se miraron fijamente unos segundos. Luego, el primero inquirió:

—¿*English*?

—Sí. ¡Agua!

El hombre pareció comprender, pues se quitó la cantimplora que llevaba en bandolera, acercóse a McGregor y le dio a beber.

El teniente bebió con avidez. El fresco líquido pareció regar vitalidad por sus venas, devolviéndole la pérdida energía.

—Gracias —dijo—. Me ha hecho revivir.

El montañés movió la cabeza.

—Mí no entender *English*... ¿Aviator?

Reuniendo sus recuerdos del griego clásico, McGregor intentó hacerle comprender lo ocurrido. Y el hombre pareció entender su trabajosa explicación. Enseguida se puso a examinarle la cabeza, y luego el pie torcido.

Meneando la suya, habló a su vez.

—Usted muy mal. Necesita doctor, mucha cura. Yo amigo ingleses. Usted seguro aquí ahora. Yo marchar por partisanos, y esta noche le sacaremos de aquí. Usted no salir fuera.

Aunque a medias, Alan le entendió. Y procuró hacérselo saber con una heroica sonrisa.

—Usted amigo valiente —sonrió el montañés—. Tome.

Sacó de su bolsillo un trozo de carne y otro de pan, dejándoselo junto con el agua y unas aceitunas.

Alan le tendió la diestra. El montañés la estrechó cordial, y salió de la cueva.

—Gracias a Dios —murmuró el herido—. Parece que aún no has perdido tu buena suerte, Alan McGregor.

CAPÍTULO III

Con la tarde volvieron la intensa fiebre y los desvaríos, aunque el agua fresca y los parvos alimentos le habían prestado nuevas fuerzas. Pero se sentía tan débil como un recién nacido. Al fin llegó la noche, aunque apenas su semiinconsciencia le permitió notarlo. Y cuando comenzaba a remitir la fiebre con el frescor nocturno, dejándole sumido en una especie de sopor, oyó los ruidos que producían sus salvadores.

Éstos llegaron poco más tarde, y una linterna destelló, cegando a Alan. Cuando pudo acostumbrar sus ojos a la luz, vio la figura del montañés que le descubriera, seguida a poco por la de un hombre joven y con barba de varios días, armado con una pistola de reglamento y un cuchillo de monte. Éste se le aproximó, examinándolo con rápida ojeada, y luego inquirió en pésimo inglés:

—¿Usted ser aviador inglés?

—Sí, canadiense. Mi avión se estrelló... creo que fue anteanoche, en esos montes. Nos tiramos en paracaídas. Me torcí un pie al caer... y me escondí aquí...

El guerrillero asintió con la cabeza.

—Usted ser hombre de grande, mucha suerte... Voy a ver sus heridas.

Se arrodilló a su lado, mientras el montañés le alumbraba, y McGregor pensaba que, ciertamente, él era un hombre afortunado. El guerrillero procedió a examinarle la herida de la cabeza, y luego la torcedura del pie. Cuando lo tocó, el dolor hizo gemir al teniente.

Los dos griegos cambiaron rápidas frases en su idioma. Luego, el montañés se escurrió al exterior, y Alan le oyó hablar con alguien. El guerrillero le miró fijo.

—¿Tiene otras heridas?

—No... sólo la de la cabeza... y esta maldita torcedura...

—Bueno... Escuche. Tenemos que sacarlo de aquí. Necesita un

médico pronto. Esa herida de la cabeza está inflamada. Y el pie tiene mal aspecto. Pero hemos de llevarlo doce kilómetros por los montes, hasta el doctor. Usted ha estado dos días enteros en esta cueva. ¿Cree poder aguantar?

McGregor apretó los dientes.

—Seguro.

—Va a ser mala cosa para usted...

—Bueno, cuando no pueda más, me desmayaré. ¿No tendrán... algo de licor?

—Tenemos un poco de vino. Espere.

Se volvió a decir algo, y apareció otro guerrillero que le entregó una cantimplora.

—Tome, beba...

El vino era áspero, pero tonificante. Alan bebió un largo trago. Luego sonrió.

—Cuando quieran.

Uno de los guerrilleros lo tomó por los sobacos, y el otro por bajo de las rodillas. Mas a pesar de su cuidado, McGregor tuvo que morderse los labios para no gritar de dolor.

Había otros dos hombres en el exterior de la cueva, uno de ellos el montañés. El que chapurreaba inglés le advirtió:

—Hemos subido una camilla. Aun así, será cosa mala.

El teniente bien que lo sabía. La camilla resultó ser una manta atada a dos palos de regular grosor, pero no demasiado incómoda. Le tendieron en ella, y dos de los guerrilleros lo alzaron del suelo, mientras el montañés que lo descubrió abría la marcha.

Una tajada de luna amarilla casi rasando las crestas de los montes prestaba una luz débil y fantasmal a la escena, pero parecía ser suficiente para los guerrilleros. Cuando llegaron al comienzo del derrumbadero, cada hombre tomó un extremo de la camilla, y así iniciaron el peligroso descenso. Antes de que llegasen muy lejos en ella, McGregor ya se había desmayado.

Recobró el conocimiento cuando alguien le dio a beber un trago del áspero vino. Le habían dejado en el suelo, y a la luz de la linterna vio una docena de hombres sin afeitar, vestidos de modo heterogéneo, pero todos bien armados, que le miraban con interés.

El que parecía ser su jefe —y hablaba algo el inglés— le había hecho beber, y le habló:

—Ya pasar lo peor, teniente. Ahora, nosotros llevar a usted al médico.

Se incorporó, dando una orden en griego. Cuatro hombres cargaron con la camilla, se apagó la linterna y se inició la marcha.

Con un esfuerzo, McGregor preguntó al jefe, que caminaba a su lado:

—¿Saben algo de mis compañeros?

—Los alemanes capturaron a tres, uno herido...

—Eran los que se tiraron... conmigo. ¡Maldita suerte!

—Usted tener mucha. Nosotros ver donde cayó... Había mil probabilidades que usted estrellarse...

—Sí... es verdad. ¿Dónde estamos?

—Al nordeste de Koritza, cerca de la frontera. Es terreno bastante seguro, de noche. Los alemanes sólo suben aquí de cuando en cuando. Ahora están en Kyrela, esa aldea que hay al salir del valle. Una compañía.

—¿Están mis camaradas allí?

—No. Ellos partir para Atenas, a ser interrogados.

Alan calló, agotado por el esfuerzo. De modo que habían capturado a todos... Era de temer. ¿Qué le ocurriría a él, ahora? ¿Lograría salvarse?

Era problemático. Estaba en la frontera, a muchas millas de la costa, en territorio ocupado por los alemanes. Y aun suponiendo que pudieran curarle el pie, y consiguiera llegar a la costa... ¿Qué? Nada... porque nadie le esperaría allí. Estaba condenado a quedar en Grecia, quién sabe por cuánto tiempo, llevando la vida azarosa, inquieta y semisalvaje de los guerrilleros... la cual tenía ciertamente muy pocos atractivos para un oficial de aviación canadiense.

La marcha nocturna a través de la noche y las montañas, en completo silencio, sin otro ruido que el de las pisadas y el producido por el viento entre los pinos y encinas, resultaba irreal para el enfebrecido cerebro de Alan. Llevarían como una media hora caminando, cuando la luna desapareció. Más tarde, el jefe del grupo señaló al teniente unas débiles luces, lejos y muy abajo.

—Eso es Argospolios —dijo—. Allí está el batallón alemán que vigila este sector.

—¿Tienen muchos encuentros con ellos?

—Nosotros ser pocos y con pocas armas. Atacamos y huimos...

Aquella era en todas partes la táctica de los guerrilleros.

Una hora más tarde, el grupo se detuvo súbitamente, y una ráfaga de excitación corrió entre sus componentes. McGregor, recién salido de uno de sus desmayos, oyó cómo preparaban los fusiles, y aunque nada entendía de las frases cambiadas entre sus salvadores, intuyó el peligro.

—¿Qué ocurre? —inquirió.

Y uno de sus portadores se volvió a medias para contestarle...

—Alemán. Cerca.

Vaya, eso faltaba... El jefe del grupo se le acercó, pistola en mano.

—Hay una patrulla alemana en la carretera. No contábamos que estuvieran ahí. Son unos veinte. Si no lleváramos a usted, les atacaríamos... Así, tenemos que intentar pasar, dando un rodeo.

Alan maldijo «in mente» su debilidad, su pie torcido, que lo convertían en un estorbo. Pero no le quedaba otro remedio que resignarse.

Ahora, el avance siguió con extrema cautela. En un momento dado, sus portadores parecieron arrastrarse a cuatro manos. En realidad, avanzaban agachados, poniendo los palos sobre sus hombros. El viento trajo a los oídos del canadiense, aguzados por el peligro, el rumor de voces secas en alemán. Debían de estar junto a la carretera...

Casi enseguida, sus portadores se detuvieron. Nadie hablaba, ni se oía un ruido. El jefe del grupo se le acercó, tan silencioso como una araña, y le murmuró al oído:

—Estamos a diez pasos de la carretera. Alemanes están ahí. ¿Quiere verlos?

—¿Puedo?

Sin replicarle, el guerrillero lo tomó por los sobacos, sentándolo en la camilla, y le volvió la cabeza a su derecha.

McGregor vio una zona oscura, luego una tira gris claro, y al otro lado más negrura. En la tira gris, indudablemente la carretera, se movían algunas sombras. Y de una de ellas brotó una voz en alemán, diciendo algo que fue contestado por otro con una breve risa.

—Son dos vigías —habló al oído el guerrillero—. Los otros están detrás de aquel recodo —señaló uno invisible, a la derecha—

guardando todo este tramo de carretera...

—¿Cree que sospechan?

—Tal vez hablaron sus compañeros... o están buscándonos a nosotros. Como sea, tenemos que pasar.

—¿Por aquí?

—Sí. Es el mejor sitio. Ellos lo saben, y por eso montan guardia.

—¿Cómo piensan hacerlo?

—Esos dos irán hasta la próxima curva. La noche está oscura. Nosotros sabemos no hacer ruido.

El aviador no contestó, pero en su interior no las tenía todas consigo. Cruzar treinta yardas de terreno despejado sin ser visto ni oído por los alemanes, podía ser cosa hacedera para aquellos hombres, haciéndolo uno a uno y sin impedimenta. Pero llevándolo a él... la cosa variaba bastante, a pesar de la oscuridad.

—Ahora ser bueno usted desmayarse —murmuró el griego—. Procure no quejarse.

Y se fue, tan silencioso como vino. Pasaron unos minutos. Los oídos tensos de McGregor percibieron un leve rumor de rápidas pisadas, casi a la carrera, y esperó oír el fatal «¡Alto!» que lo echaría todo al diablo. Pero nada ocurrió. Y luego, sus portadores levantaron la camilla, iniciando un lento avance hacia la carretera. Llevarían andados unos pasos, cuando Alan se sintió llevado a la izquierda, la camilla fue arrastrada tras el mezquino amparo de unas matas, y una voz tensa le susurró:

—¡Callad, por Dios!

No precisó el aviso, aunque tuvo que morderse los labios para no gemir. La consciencia del peligro inminente pudo más que el dolor y la debilidad, manteniéndolo silencioso. Despacio, giró la cabeza hacia donde suponía estaba la carretera... y el corazón se le encogió.

Uno de sus portadores estaba materialmente incrustado entre una mata y una roca que apenas alzaban un pie del suelo. No podía ver a los otros, pero imaginaba que no gozarían de mucho más efectivo «camouflage». A él mismo lo ocultaban a medias unas matas de lentisco y romero, a juzgar por el olor... y la meseta de la carretera apenas distaba un par de yardas. Si a los alemanes les daba por fijarse un poco... sería imposible que no les descubrieran.

Y se estaban acercando, uno por cada orilla de la carretera y

otro por el centro. Podía oír sus pasos rítmicos y pesados, y pudo ver al poco la silueta del que venía por su lado. El hombre se detuvo a encender un cigarrillo. Iba a verles... tenía que verles...

Nunca como entonces conoció la sensación de la propia impotencia. El alemán estaba cerca, y la llamita del encendedor reveló por un instante el borde inferior del casco, la cara de rasgos duros, y el cañón del fusil que se había puesto en el hueco del codo. Una Némesis...

El soldado apagó el encendedor, chupó el cigarrillo, que semejó una lejana señal de peligro, y prosiguió su marcha lentamente.

Siguió aproximándose. Aun sin poder verle la cara, Alan sabía que estaba mirando hacia los alrededores de la carretera. Y no dejaría de notar los bultos que formaban él y los cuatro guerrilleros, aunque fuera por mero instinto... Luego, todo se acabaría...

Al otro lado, uno de los alemanes dijo algo, al parecer al que venía por esta parte, pues contestó con voz gutural y se desvió hacia el centro. McGregor esperó, con todos los nervios en tensión.

Justo frente a él, los tres alemanes se habían detenido; el de su lado estaba dando fuego al otro. Después reanudaron la marcha, lentamente... y ahora, los pasos del alemán sonaron a su izquierda, alejándose...

Hasta que no sintió rebullir a los griegos, no comprendió que se habían salvado... de momento. Pasaron tres largos minutos. Luego, se sintió levantado de nuevo, y, girando la cabeza, vio que sus cuatro portadores corrían, silenciosos y rápidos, hacia la carretera. Y sintió un escalofrío al ver, apenas veinticinco yardas más allá, las borrosas siluetas de los tres centinelas alemanes, que seguían su pausada marcha.

Los guerrilleros cruzaron la carretera en unos segundos, saltando la cuneta ágilmente, mientras Alan apretaba dientes y puños para sobreponerse al sufrimiento, y siguieron corriendo hasta llegar al amparo de unos árboles, bajo cuyas copas se detuvieron. Allí esperarían al resto del grupo. Y el jefe se inclinó sobre el teniente, diciendo con satisfacción:

—Tuvimos suerte, otra vez...

El teniente no le contestó. Se había desmayado de nuevo.

CAPÍTULO IV

Una sensación de dolor lancinante que le recorría toda la pierna izquierda, hasta llegar a su médula y chocar allí de modo inaguantable, le hizo volver en sí.

Borrosamente, distinguió una habitación rústica, con techo de vigas sin desbistar e iluminada por un farol de petróleo. Había bastante humo, pues todo lo distinguía como a través de un velo de bruma, y también bastante gente. Alguien estaba manipulando con su pie, y alguien con su cabeza. Gritó inconscientemente, y unas manos pequeñas y blancas aparecieron en su campo de visión, seguidas de un rostro que sonreía apenadamente y tenía unos maravillosos ojos. Una cara... ¡de ángel!

Antes de poder averiguarlo, volvió a desmayarse. Cuando recobró el conocimiento, y antes de abrir los ojos, sintió una grata sensación de frescor en la cabeza; también un roce suave y delicado, como de alas... Pero el pie seguía doliéndole atrozmente.

Abrió los ojos. El rostro angelical continuaba allí, y eran las manos que debían pertenecerle quienes revoloteaban sobre su cabeza. Más allá, vio a un hombre de media edad inclinado sobre sus pies, y a algunos otros que a todas luces eran los guerrilleros que le sacaron de la cueva.

Sin darse cuenta, volvió su mirada «al ángel». Debía de serlo, sin duda alguna. Sólo un ángel podía tener aquella carita de rasgos puros y perfectos, aquellos ojos maravillosos, aquellas manos tan suaves... Y si era así, eso significaba que estaba camino del Paraíso...

Un violento dolor en el pie lastimado le demostró que aún estaba en la tierra. Y su gemido avisó a la muchacha ya que no podía ser un ángel, de que había vuelto en sí.

Los ojos magníficos le miraron con conmiseración y simpatía. Eran grandes, color castaño oscuro, y tenían cálidas suavidades de

caricia que hicieron a McGregor olvidar sus sufrimientos.

—¿Le duele mucho, verdad?

Era una voz dulce, como música del cielo... Asintió, incapaz de hablar, extasiado... Y la joven prosiguió deliciosamente, en un inglés imperfecto:

—Tiene el pie tremendamente hinchado, y también muy inflamada la herida de la cabeza. Pero le curaremos. El doctor Argopoulos es muy buen médico...

—Creo... que usted lo es mejor... Por favor, siga aliviando mi cabeza...

Su acento, tal vez su mirada y expresión, hicieron subir el color al rostro de la muchacha, y desviar sus ojos. El doctor le habló en francés, idioma que Alan entendía bastante bien, por suerte.

—Hemos llegado justo a tiempo, teniente. Si tardamos en encontrarle un día más, hubiera quedado cojo para toda su vida. Aun así, no puedo responder. ¿Cómo se encuentra?

—Muy agotado...

—Lo digo porque me temo voy a hacerle bastante daño. No tengo anestesia, y hay que volver ese pie a su sitio...

—Adelante con ello, doctor. Creo que lo podré aguantar.

—Espero que se desmaye pronto...

Así ocurrió, por fortuna para el canadiense, cuya última impresión lúcida fue de unos ojos apenados fijos en él, y una manita tibia sobre su frente calenturienta. Después creyó verla y hablarla varias veces, pero no estaba seguro si era cosa real o fruto del delirio. Por fin, logró coordinar sus ideas lo bastante para darse cuenta de que seguía vivo, le dolía un poco la cabeza, y el pie mucho menos de lo que imaginó. Al abrir los ojos, parpadeó, sintiéndolos doloridos; luego pudo ver que se encontraba acostado en una cama rústica de una rústica y casi desnuda habitación, por cuya ventana entraban los rayos del sol mañanero. Se sentía muy débil, pero lúcido como no lo estuvo desde la maldita noche en que volaron sobre Nich. Y tenía un hambre de lobo.

Afuera, en alguna parte, sonaban voces y también ruido de cacharros. Luego, una voz femenina deliciosamente timbrada entonó una canción en griego. ¿A quién pertenecería? Seguramente «al ángel»...

Buscó la suya propia en el fondo de su garganta.

—¡Eh, los de fuera!

¿Aquella era su voz? ¡Caramba, si parecía la de un anciano! Seguro que ni la habían oído...

Pero sí la oyeron. Cesó la canción en el acto, sonaron pasos, se abrió la puerta y aparecieron el doctor, la muchacha y el guerrillero que mandaba el pelotón que lo salvó. Los tres se le acercaron con interés, no mayor que el que McGregor puso en observarlos, sobre todo a la joven.

—¡Vaya, vaya! —habló, jovial, el médico—. Conque nuestro hombre ha resucitado... Le felicito, teniente; es usted un hombre con una suerte enorme... y una gran vitalidad.

—Usted es el doctor, ¿verdad?

—Así es. Estiras Argopoulos, para servirle. Éste es Konstantin Vukas, que le sacó de aquella cueva, y ésta la señorita Irene Skouras. Todos amigos y buenos patriotas griegos.

—Mi nombre es McGregor. Alan McGregor, de la R.A.F., canadiense. Les estoy grandemente agradecido...

—Es nuestro deber —declaró Estiras—. Somos aliados... Ahora, no hable más. Está demasiado débil.

—Estoy hambriento...

—Ahora comerá. Irene ha preparado un buen caldo de perdiz. Pero tenemos que ir con paciencia... Lleva ocho días sin probar bocado, y no conviene cargarle el estómago.

—¿Ocho... días?

—Justos. Ese tiempo hace que su avión se estrelló. Ha estado seguramente en delirio casi todo el tiempo. Y se comprende... Bien, ahora se repondrá enseguida. Tengo buenas noticias que darle. Tanto su cabeza como su pie, están en vías de franca curación. Dentro de una o dos semanas, ya podrá andar. Tal vez le quede una leve cojera, pero es lo menos que podía quedarle. Aquí tenemos muy escasos medios...

—Sea como sea, yo les quedaré eternamente agradecido. A no ser por ustedes, habría muerto en aquella cueva, o me hubieran capturado los alemanes...

—Aquí está relativamente seguro. Y la señorita Skouras le cuidará hasta que se restablezca.

—Entonces, pronto me curaré, estoy seguro de ello... —Se pasó la mano por la barba, con gesto instintivo, notando entonces cuán

crecida la tenía—. ¡Caramba! ¿No podría afeitarme?

—Sí, si lo desea. En realidad, nosotros ya le afeitamos la cabeza para curarle...

—Pues debo parecer un presidiario...

Rieron los tres, y el doctor, replicó, zumbón:

—No se preocupe por su aspecto. Aquí todos andamos más o menos sin afeitar... y en cuanto a la señorita Skouras, ya se ha acostumbrado a ver hombres barbudos...

El doctor se volvió a la muchacha, hablándole en griego, y ella salió del cuarto.

—Bien, nosotros hemos de irnos, teniente. Ayer hubo una escaramuza en la zona del monte Varkos, y tenemos algunos heridos a los que hay que atender.

Tras estrecharle la mano, los dos griegos salieron. Y poco después, reapareció Irene llevando un tazón humeante y una rebanada de pan moreno, así como media perdiz en un plato de barro.

—Voy a ayudarle a comérselo —dijo, con ternura.

Mientras ella se movía por el cuarto, la estuvo contemplando ávidamente.

Era joven, muy joven, una niña casi, aunque ya con desarrolladas formas de mujer. Y el humilde vestido gris y negro, la ausencia de medias y los recios zapatos de lona y lacón bajo, no podían disimular la esbeltez y eutimia de su figura, como tampoco la gracia innata de todos sus movimientos. Era —se dijo, impresionado, Alan— cual una Diana rediviva. El mismo Praxíteles no hubiera podido hallarle un pero a su cabecita de líneas puras, exquisitas, y a la suave morbidez de su cuerpo. Su piel tenía un tono levemente tostado, como trigo nuevo, y su boca era fresca, jugosa, pequeña y bien dibujada. El pelo, color caoba bruñida, lo llevaba anudado en trenzas sobre la nuca, dejando al descubierto las pequeñas orejas nacaradas y el cuello delgado redondo, incitador... Las piernas eran perfectas, finas y nerviosas. Una joven Diana... Pero sobre todo estaban aquellos maravillosos ojos de gacela, grandes, acariciantes...

Ella se volvió súbitamente, tropezando su mirada estática. Y un vivo carmín le subió de la garganta a la raíz de los cabellos. Desvió los ojos, y McGregor notó que le temblaban el busto y las manos. A

su vez, sintió una extraña agitación dentro de sí.

Por un instante, reinó un tenso silencio en el cuarto. Luego, la joven se acercó, diciendo tímidamente y sin mirarle:

—Voy a incorporarlo un poco...

Él asintió con la cabeza, preocupado. La muchacha se inclinó sobre él para levantarlo. Sus manos, si pequeñas y finas, eran fuertes.

Ella olía a tomillo, romero y hierbabuena... a pino y flores silvestres, aire puro y agua fresca y clara... a libertad, salud y vida... El teniente tuvo que hacer un tremendo esfuerzo para sobreponerse a aquella intensa y extraordinaria sensación que se había apoderado de él. ¿Qué le estaba pasando? No lo sabía... ni le había ocurrido nunca antes de ahora.

Irene se acercó un escabel, y le ayudó a tomar el caldo y las viandas.

Alan recordó cuando fue herido durante la batalla de Inglaterra... En aquella ocasión le cuidaba una enfermera pelirroja y no demasiado atractiva, aunque sí excesivamente afectuosa con los oficiales jóvenes y apuestos que caían en sus manos. Y lo que entonces él, McGregor, experimentaba, no se parecía gran cosa a esto de ahora.

—Es maravilloso lo que hace un poco de comida... y una linda enfermera... —comentó—. Me siento como nuevo.

Ella se incorporó, escondiendo la cara. Pero Alan pudo notar la agitación de su pecho. Impulsivamente, tendió una mano, cogiéndole la diestra.

—Por favor. No quisiera... Por nada del mundo haría o diría nada que pudiera ofenderla —dijo vehemente.

La joven se volvió a mirarle.

—No... no me ha ofendido, teniente... —contestó con sencillez. Su mirada era tan limpia como una fuente montañera.

Y McGregor siguió el peligroso derrotero.

—Me llamo Alan, señorita. Y me dará una alegría si lo recuerda.

—¿Quiere... que lo llame así?

—Sí. Y que me permita llamarla Irene. ¿No es ése su nombre?

—Sí... y puede hacerlo. Aquí todos me llaman de ese modo...

—Gracias. Es usted un ángel. Y yo un afortunado mortal al tenerla para que me cuide.

Suavemente, la joven liberó la mano que él retenía aún, y se incorporó.

—Tiene que descansar ahora —advirtió con voz queda—. Puede volverle la fiebre. Y yo tengo que hacer.

—¿Volverá pronto?

—Si me necesita...

—Enormemente...

Lo dijo con fuego, y la muchacha desvió los ojos.

—Entonces cuando termine volveré. Si me necesita antes, llame. Me avisarán.

Recogió rápida los cubiertos, y salió sin mirarle. El aviador quedó con la vista fija en la puerta un largo rato, con expresión preocupada y distante. Luego hizo una mueca, y dijo:

—¡Caramba! ¿Qué me pasará a mí?

CAPÍTULO V

—Vamos, apóyese en mi hombro y andará mejor...

McGregor no se lo hizo repetir dos veces. Y con una mano sobre el hombro de Irene y la otra apoyándose en rústico bastón, salió del cuarto donde había permanecido aquellos días, atravesó la pieza dedicada a comedor y cocina, y salió al exterior.

El sol mañanero prestaba deslumbrante claridad al paisaje, pero donde se asentaba la cabaña apenas si llegaban sus rayos. Añosas y copudas encinas, muy espesas, formaban un toldo de follaje bajo el cual veíanse como dos docenas de rocas y ramaje, refugio nocturno de los guerrilleros. La cabaña debió haber pertenecido a algún leñador o carbonero, tal vez ambas cosas, a juzgar por el horno para leña que se veía a un lado, junto a otro más chico que debía servir para cocer el pan. Por lo menos media docena de hombres andaban por allí dedicados a diversas tareas, y al verles aparecer les saludaron cordialmente. El canadiense les correspondió.

—Dígales que me alegra verlos —indicó—. ¿Son de los que me trajeron?

—Sí —la muchacha habló en griego, y los hombres se acercaron, estrechando la diestra del aviador con sonrisas amistosas.

Ella le llevó bajo la sombra de una encina, donde los guerrilleros le prepararon un asiento con un escabel y algunas pieles de cordero.

—Le han tomado aprecio... —comentó Irene.

—¿Sólo ellos?

La muchacha volvió a turbarse. Durante los últimos días, McGregor había notado su facilidad para el rubor, y esto le desconcertaba casi tanto como su propia imposibilidad de ser insubstancial y frívolo en sus conversaciones con ella. Jamás le había ocurrido tal cosa en sus relaciones con otras muchachas. ¡Si ni siquiera la había galanteado! Aquella herida en la cabeza debía haberle estropeado algo en ella...

—Todos le apreciamos —murmuró Irene, con los ojos bajos—. Es usted un aliado, un amigo...

—Gracias. Entonces, ¿me enseñará el griego?

—Si quiere... pero usted habrá de perfeccionar mi inglés...

—Trato hecho. ¿Cuándo empezamos?

—Cuando quiera...

—Entonces, ahora mismo. ¿Cómo se dice en griego «es usted un ángel»?

—No querrá burlarse de mí...

—¡Nada de eso! Quiero aprender griego.

Su sonrisa la desarmó. Y le tradujo la frase. Durante largo rato, él estuvo haciendo preguntas y ella dando respuestas. Alan ya había comprobado el absoluto candor de la muchacha la falta de malicia en todo cuanto hacía o decía. Era limpia de pensamientos y reacciones, como una niña. Y en realidad, no debía tener arriba de dieciocho o veinte años... De repente, le entró un gran deseo de saberlo.

—¿Qué edad tiene, Irene?

—Cumplí dieciocho en Santa Irene. Por eso me llamo así...

—Vaya... yo le calculaba veinte... ¿Sabe que le llevo ocho años? Diga, Irene ¿cómo está aquí, con los guerrilleros?

La cara de la joven se ensombreció.

—La guerra tiene la culpa...

—Sí, me lo figuro. Pero habrá algún motivo concreto. ¿No quiere contármelo? Yo quiero ser su amigo, Irene...

Ella reaccionó como esperaba.

—Se lo agradezco mucho. Sí, se lo contaré... —hizo una pausa, y explicó—: Yo nací en Larissa, creo sabrá dónde es... Mi padre era abogado, y teníamos una buena posición... Recuerdo mi casa junto al río, con los balcones llenos de flores, y el jardín... Éramos cinco. Papá, mamá, dos hermanos mayores, y yo... Y éramos muy felices.

»Luego vino la guerra. Yo estaba entonces estudiando en Atenas. Mi hermano mayor partió como soldado... Poco después, los italianos bombardearon Larissa y... mataron a mamá... Yo no la vi... no me dejaron verla... Papá quiso entonces ir al frente. Quería mucho a mamá, y estaba como loco... No le admitieron, y entonces se dedicó a escribir y hablar por la radio, contra el enemigo. Además le dieron un cargo importante en el ministerio de

Defensa... Yo fui a vivir con tía Eudoxia, una hermana de papá... Después vino la invasión alemana. Nuestro ejército fue arrollado. Perdimos todo rastro de mi hermano mayor... nada hemos vuelto a saber de él... Papá vino por nosotros, pero los alemanes lo capturaron y lo enviaron a su país. Tenían órdenes de apresarnos a toda la familia... Tío Alejandro llegó entonces a casa. Él era comandante, y se imaginó que vendrían a buscarnos. Escapamos a la montaña unas horas antes de que llegaran los alemanes a detenernos. Tía Eudoxia no quiso venir... y se la llevaron... Ha muerto en la prisión...

»Tío Alejandro, mi hermano Miguel y yo, nos escondimos en las montañas, escapando de milagro a las patrullas enemigas que nos buscaban... Luego, se fueron uniendo otros fugitivos a nosotros. Conseguimos algunas armas, y tío Alejandro organizó una guerrilla. Comenzamos a hostigar a los alemanes. Ustedes nos echaron armas, y otras se las quitamos a ellos. Nos vinimos hacia la frontera. Yo me fui acostumbrando... y aquí estoy.

—¡Pobrecita Irene! —La exclamación apesurada de Alan fue sincera. Le tomó una mano, sin que ella hiciese ademán de impedirlo—. Debe haber sufrido mucho todo este tiempo.

—Todos estamos sufriendo en Grecia. También en toda Europa...

—Sí, es verdad. ¿Y... su tío y su hermano?

—Están bien, gracias a Dios. Al menos... lo estaban hace diez días. Andaban operando hacia la parte del monte Olimpo, y no tardarán en regresar.

—¿Éste es el campamento central?

—Uno de ellos. Somos más de trescientos, y los alemanes siempre andan tras nosotros, pues les causamos mucho daño. Los italianos no nos preocupan. Sabemos vencerles... Pero los aviones son peligrosos. Por eso estamos siempre moviéndonos.

—Tal vez estén corriendo peligro ahora, por mi culpa...

—No creo. De todos modos, no podemos irnos hasta que regrese tío Alejandro. Él debe ordenar lo que se hace con usted... Y tenemos vigías en todos los puntos por donde puede llegar el enemigo.

Se detuvo, y reinó entre ellos el silencio. Alan conservaba entre las suyas la mano de la joven; de pronto, y obedeciendo a un

impulso irrazonado, se la llevó a los labios.

Fue algo instintivo e inesperado. La misma sorpresa impidió a la muchacha retirarla a tiempo. Y apenas los labios de McGregor rozaron la tibia y temblorosa mano, cuando él la soltó, consciente de pronto de lo que estaba haciendo.

Quedáronse mirando de hito en hito. Ella temblorosa, agitada y pálida, con una mezcla de dolor y reproche... y algo más, en los ojos. Él, pálido también, también agitado, preocupado y sin saber qué hacer o decir, sintiéndose culpable de algo... indefinible.

—¿Por qué... ha hecho eso? —inquirió Irene, con un hilo de voz.

—No lo sé, Irene. Tal vez por agradecimiento, por mero impulso... por lo que sea... Sólo sé que fue impremeditado, y que no quise ofenderla. Le ruego me perdone. Quisiera poder decirle que estoy arrepentido... pero no sería verdad, porque no lo estoy. No le pido que me entienda porque ni yo mismo me entiendo. Tal vez sea mi cabeza. Me ocurren cosas raras estos días... con respecto a usted.

Un vivo carmín sucedió a la palidez en el rostro de Irene, que se puso en pie.

—Yo... yo...

Lo que iba a decir quedó cortado por un grito de aviso llegado desde algún punto a la derecha, grito que hizo ponerse en movimiento a los guerrilleros y volver la cabeza a la joven.

El aviador miró también, viendo aparecer casi enseguida a un hombre por entre la espesura, el cual comenzó a dar gritos, acogidos por sus compañeros con muestras de alegría. Tomando su bastón, se incorporó, inquiriendo:

—¿Qué es lo que sucede?

—Mi tío está de regreso con sus hombres. Y tuvieron éxito en su expedición.

—¡Ah...! Pues mucho me alegro. Tengo ganas de conocerlo... y a su hermano.

—Ellos también se alegrarán. Venga, apóyese...

—¿Quiere decir que... no está enfadada conmigo?

Notó su turbación, pero esta vez no bajó los ojos.

—Aún no lo sé. Por favor, olvidémoslo... Venga.

Él la obedeció, sintiéndose avergonzado y cohibido. Notó temblar a la muchacha al ponerle la mano sobre el hombro.

Poco después, comenzaron a surgir hombres armados y vestidos de modo heterogéneo. Uno de regular estatura, fornido y arrogante, se destacó de todos, avanzando hacia Alan y la joven. Con él venían Vukas y un muchacho casi barbilampiño, cuyo extraordinario parecido con Irene dijo a McGregor quién era.

La muchacha corrió hacia él, abrazándolo estrechamente, y besándolo. Luego hizo lo mismo, más ceremoniosamente, con su tío, y tras esto se volvió hacia el canadiense, que permanecía apoyado en el bastón, contemplando la escena.

—Éste es el teniente McGregor, tío Alejandro...

El guerrillero avanzó, tendiendo la diestra con cordial sonrisa. Sus facciones atezadas y sus vivaces ojos negros bajo espesas cejas, predispusieron favorablemente a Alan.

—¿Conque usted es el aviador canadiense que tiene siete vidas?

—dijo jovialmente, en aceptable inglés— pues me alegra conocerle, McGregor. Konstantin y el doctor me contaron su odisea. ¡Verdaderamente ha sido una aventura! Bien ¿y cómo van esas heridas?

—Estupendamente, gracias al doctor, y sobre todo a su sobrina. Quiero darle las gracias, comandante.

—¡Nada, nada! ¿Qué es eso de dar gracias? Cumplimos nuestro deber con un amigo y aliado. Ahora, lo que debe hacer es curarse pronto el pie. No podemos permanecer aquí mucho tiempo, comprenda. Los alemanes e italianos están furiosos con nosotros. Les damos mucha guerra... Bueno, venga a sentarse, y charlaremos. Llevamos quince horas de marcha sin descanso por las montañas, huyendo el bulto a dos regimientos, uno alemán y otro italiano... Ahora van buscándonos camino de Goritza... ¡ja, ja! Eso nos dará un par de días de respiro...

Mientras así lo hacían, fueron terminando de llegar los guerrilleros. McGregor calculó serían un centenar, todos con aspecto cansado, y algunos heridos, a juzgar por sus vendajes. Se desparramaron bajo las encinas formando corros, y se dieron a fumar y charlar, sentados o tendidos sobre la hierba. Dos de ellos, al parecer los lugartenientes del comandante Skouras, se acercaron donde éste, sus sobrinos, y Alan se acomodaban, y fueron presentados al aviador. Diez minutos más tarde, McGregor se encontró relatando la situación de la guerra a un grupo de gentes

atentas que iba engrosando por momentos, hasta tener reunidos a su alrededor a todos los guerrilleros. Al final de cada párrafo, el comandante traducía a sus hombres sus palabras, y ellos expresaban su satisfacción, alegría o mal humor según el color de las noticias. Luego y mientras el grupo se disgregaba, el comandante le habló.

—Nos ha dado un montón de noticias que desconocíamos, McGregor, y se lo agradecemos. En estas montañas son pocas las que no llegan, y aun imperfectas. Sabíamos la entrada de Estados Unidos en la guerra, pero creíamos que los japoneses les habían vencido, o casi... Las pocas radios de que disponemos sólo pueden captar emisoras del enemigo... También creíamos que los rusos habían sido derrotados en toda la línea, aunque los guerrilleros yugoeslavos no pasaron alguna noticia... Y nada sabíamos de esa victoria inglesa en Cirenaica... Bien, de todos modos, y aunque sabemos de sobra que la guerra será aún larga y cruenta, los patriotas no desmayamos, y seguiremos luchando hasta un victorioso final. Dígalo así cuando regrese a su base, lleve un saludo nuestro a los griegos del VIII Ejército... y diga a sus jefes que precisamos armas, municiones y medicamentos.

—¿Quiere decir que... podré regresar pronto a Egipto?

—Quizá. Depende de muchas circunstancias. Pero regresar sí que podrá. Ya hemos mandado aviadores y otros militares aliados. De vez en cuando, se acercan submarinos a la costa para recogerlos. Pero ése es un hecho esporádico, y sujeto, como le digo, a muchas condiciones. Ya avisé al mando de nuestras guerrillas su encuentro y rescate. Ellos nos avisarán cuando hemos de llevarlo a la costa. Mientras tanto, habrá de compartir nuestra vida, que, créalo, no es nada tranquila y cómoda.

Alan sonrió. Y sus ojos fueron del comandante a Irene, que estaba de pie frente a él, apoyada en el hombro de su hermano.

—Será un placer para mí acompañarles en sus incursiones y pelear a su lado, comandante —dijo—. Y, créame si le digo que no tenga gran prisa por dejarles. Se han portado tan bien conmigo, que gustosamente me quedaría con ustedes hasta el fin de la guerra.

Por lo menos dos de sus oyentes, entendieron bien lo que quiso decir. Una desvió la vista al suelo, mientras contenía la respiración. El otro arrugó el entrecejo, pensativo... y no dijo nada.

CAPÍTULO VI

La partida de guerrilleros estaba a punto de marchar. Aquella tarde, los vigías habían señalado la presencia de un batallón de cazadores alpinos alemanes por la parte Lampsaka, y el comandante Skouras dio orden de levantar el campo y dispersarse en pequeños grupos que habían de reunirse al día siguiente en las estribaciones orientales del monte Volos. McGregor, ya casi restablecido del pie, iba a marchar con el grupo mandado por el mismo comandante. Los dos hermanos Skouras partirían en otro más pequeño hacia uno de los más secretos e inaccesibles escondites de los guerrilleros, donde éstos tenían a sus heridos graves, lugar situado a dos jornadas de marcha de allí.

El sol acababa de ponerse tras los picachos, y el cielo estaba lleno de nubes grises. Soplaban un frío viento norte, ululando por entre las encinas. Todos los indicios de reciente acampada habían sido dispersados, recogido cuánto era de interés o necesidad, y ya sólo faltaba la orden de partir. El canadiense, armado con su pistola y un fusil alemán, así como unas cartucheras repletas, y llevando el pie lastimado bien vendado y calzado con fuerte abarca, se acercó al grupo formado por los jóvenes Skouras.

Irene, vistiendo ahora unos pantalones de hombre y una zamarra de piel de cordero, y llevando al cinto una pequeña pistola, parecía un muchacho. Le miró con leve azaramiento al acercársele.

—Bien, Irene —habló él, ensayando un acento trivial— llegó la hora de separarnos. Espero que sea por poco tiempo...

—Así lo espero... Tenga cuidado con su pie. Aún no está bien curado...

—Descuide. Y usted, téngalo también. Miguel —se volvió a su hermano—, llévela pronto a lugar seguro...

—Es lo que pienso hacer. Hasta la vista, y suerte...

El comandante les dio las últimas órdenes, a ellos y Konstantin.

—Tomad por el desfiladero de Adamitza; es el más seguro. Y si veis enemigos, esquivadlos. Nada de peleas imprudentes; ¿entendido? Bueno, pues en marcha, y mucho cuidado.

Se separaron. Los distintos grupos de guerrilleros estaban ya en movimiento. El de los muchachos se puso en marcha, y antes de introducirse en la espesura, Irene se volvió a saludarles con la mano. McGregor le respondió, y quedó con la mirada fija en el sitio por dónde ella desapareciera.

—Irene es aún una niña...

La voz del comandante le sacó de su ensimismamiento, haciéndole enrojecer como un colegial.

—Sí... —repuso turbado— me dijo que sólo tiene dieciocho... A esa edad en mi país aún van con calcetines...

—Aquí no —el comandante le miró de lleno— y en estos últimos días, mi sobrina ha cambiado... me temo que por culpa de usted.

—¿Qué quiere decir? —replicó, envarándose.

—Que ya no es una niña... Hace dos semanas, su mente y su espíritu eran todavía infantiles. Ahora están cambiando rápidamente, creo que sin que ella misma se dé cuenta.

Alan sintió un raro desasosiego; sentíase como un reo ante el juez, a pesar de que en la voz y el rostro del comandante no había nada acusador, sino sólo tristeza.

—No acabo de entenderle, comandante Skouras —dijo, ronco—. ¿Insinúa que yo... tengo que ver en ese cambio?

—Es cosa segura, McGregor. Y no se lo reprocho. Usted es joven, bien parecido, llegó aquí en extraordinarias circunstancias... y mi sobrina es mujer. Mejor dicho, una niña que empieza a convertirse en mujer. Ha llegado usted a nosotros, a ella, justo en el momento crítico de su mutación... y era fatal que sucediera. Desde hace casi dos años está viviendo una existencia de fiera perseguida, siempre alerta y en peligro. Se ha acostumbrado a la inquietud, el miedo, el dolor y la sangre. En cierto modo, se ha endurecido, pero sólo en apariencia. Irene es pura y limpia como el agua de estos montes, teniente. Hasta ahora, los hombres eran sólo sus amigos y compañeros de peligro y fatigas. Todos la trataban como a una hija o hermana. Ni uno solo intentó siquiera otra cosa. Mis hombres son gente sencilla y leal. Muchos le deben la vida o la curación de sus heridas. Para ellos, Irene es como un ángel guardián, su mascota...

Hay otras mujeres entre los guerrilleros, pero yo las he mantenido apartadas de mi sobrina, salvo en los casos que me constaba su honestidad. La quiero como si fuese mi propia hija ¿comprende, McGregor? Y ella me paga con la misma moneda. No sólo es hermosa de cuerpo y rostro, sino de alma. Leal, buena, cariñosa, trabajadora e inteligente. Será una magnífica esposa para un hombre que sepa merecerla... y ganarla.

—Ninguna otra idea me pasó por las mientes, comandante —contestó Alan, seriamente—. Creo comprender ya lo que le ocurre. Se figura que Irene se... interesa por mí, y teme por mi conducta hacia ella ¿no es eso?

—No del todo. Le creo un caballero, McGregor. Pero después de todo, es un hombre joven... e Irene muy hermosa. Usted se irá, tal vez no le veremos más... y no quiero que ella sufra.

—Y por eso la envió con su hermano a ese refugio de la montaña, mientras me lleva a mí a otra parte ¿verdad?

—Sí.

—Bien, le agradezco su franqueza. Y le corresponderé igualmente. No sé cuáles son mis sentimientos hacia Irene. Llevo varios días intentando concretarlos, definirlos... y no puedo. Me vendrá bien no verla, estar lejos de ella por un tiempo, para saber a qué atenerme. Pero si descubro que me he enamorado de su sobrina, comandante... como sospecho, ni usted, ni nadie, me impedirán ir en su busca, para pedirle que se case conmigo, suceda la que suceda después.

Por un instante, los dos hombres se miraron de hito en hito. Luego el comandante sonrió, entre triste y satisfecho.

—Así es la vida... y nadie puede ir contra ella. Bien, McGregor, yo también estimo su franqueza. Si ella le quiere por esposo, no me opondré. Creo que su padre estará muerto a estas horas, y yo soy su tutor legal... Y ahora, dejemos esto. Tenemos que partir. Subirá en un borrico, pues no quiero exponer su pie a tan larga caminata. Vamos.

Dio vuelta, y el canadiense le siguió, lleno de encontrados pensamientos el cerebro. Los guerrilleros que iban a ir con ellos, más de treinta, ya estaban preparados. McGregor montó en uno de los escasos borricos que llevaban provisiones y municiones, y durante las largas horas que siguieron, apenas si hizo otra cosa que

pensar en su situación.

No obstante, a veces veíase forzado a apartar de su mente las preocupaciones, pues lo abrupto del terreno que recorrían demandaba la máxima atención para no descalabrarse. Lucía una espléndida luna en lo alto del cielo, pero las muchas nubes no la dejaban brillar más que a intervalos. Y la mayor parte del tiempo, ellos iban por sendas y trochas bajo los robles pinos, encinas y otros árboles de la montaña, haciendo apenas ruido y alerta a todos los de la noche.

Primeramente ascendieron una empinada ladera para caminar luego entre un frondoso pinar durante lo menos una hora. Después descendieron al fondo de un barranco por el que corría un arroyo susurrante entre matorrales y rocas que hacían dificultosísima la marcha, torcieron hacia el sur contorneando la base de una montaña, y salieron del barranco emprendiendo otra subida áspera. Al filo de la medianoche estaban en una plataforma rocosa, donde el comandante ordenó un corto descanso. Las nubes se estaban deshaciendo, y la luna iluminaba fantasmagóricamente el paisaje de cumbres sombrías y profundos valles. El comandante se acercó a McGregor que había desmontado del burro.

—Venga, le enseñaré una cosa interesante.

Intrigado, el canadiense le siguió hasta el borde de la plataforma.

Abajo, muy hondo, veíanse unas débiles luces. Y más lejos hacia el sur, otras cuantas más. Aquello parecía ser un ancho valle por cuyo centro rielaba algo como una cinta plateada de múltiples curvas; a su derecha se veían puntos de luz movibles, subiendo desde las luces más lejanas.

—Éste es el valle de Orissa —habló el comandante— y esa cinta de plata, el río Vardar. La carretera de Trikala a Uskub, en Yugoslavia, corre por su derecha, y esos puntitos de luz son un convoy enemigo. Estas luces cercanas pertenecen al pueblo de Kantos, y las de más lejos a la ciudad de Orissa, cuartel general de la división italiana de «bersaglieri». Hay otras poblaciones, pero no se distinguen, por los accidentes del terreno. Y un puente que ya hemos volado dos veces. Ahora tiene allí una fuerte guardia.

—¿Y qué vamos a hacer nosotros ahora?

—Atravesar el valle y meternos en el macizo del monte Volos.

Allí nos reuniremos con el resto de mi gente para atacar los destacamentos italianos y estorbar sus movimientos. Ellos creen que limpiaron de guerrilleros esa zona, en sus ataques del mes pasado. Van a llevarse una desagradable sorpresa.

—¿Cree que será fácil cruzar el valle?

—Nosotros conocemos bien el terreno. Ellos no. Además, contamos con la ayuda de la población, y podemos movernos tranquilamente de noche, cosa que ellos no se atreven a hacer. Desde luego tienen muy vigiladas la carretera y la vía férrea, incluso con tanques ligeros. Pero pasaremos al otro lado fácilmente, ya lo verá. Bueno, vámonos.

Reanudada la marcha, fueron torciendo hacia el este, al tiempo que descendían de nivel. Una vez en el valle, las precauciones fueron en aumento, y poco después, hubo un alto cuando llegaron dos guerrilleros desde la vanguardia, acompañando a un joven campesino, que habló largamente en respuesta a las preguntas del comandante. Éste se acercó a Alan, diciéndole:

—Tenemos suerte. Acaba de pasar un convoy de aprovisionamiento con fuerte escolta, y han dejado la carretera libre. Las patrullas están concentradas al norte y al sur de aquí, cada una a más de un kilómetro, en los puentes.

Prosiguieron el avance. Ahora iban por un camino carretero entre campos cultivados, llevando muy adelantada una patrulla de descubierta. El aviador creyó distinguir algunos edificios aislados.

—Son granjas —repuso el comandante a su pregunta—. Todos sus habitantes han sido advertidos de nuestro paso, y si se acercara el enemigo por algún lado, lo sabríamos enseguida.

—¿Cómo?

—Tenemos nuestro código de señales propio...

Un cuarto de hora más tarde alcanzaron y cruzaron la solitaria carretera, descendiendo al cauce del Vardar, por cuya orilla subieron un centenar de yardas, vadeándolo luego. El pie lastimado de McGregor sintió el frío remojón, por lo que al llegar a la otra orilla, desmontó, continuando a pie. Salvo una ligera molestia al apoyarlo en tierra y algo de cojera, no se sentía mal, y continuó andando por espacio de media hora larga, hasta que llegaron de nuevo a terreno abrupto. Allí volvió a montar, y así continuó la marcha durante varias horas.

Comenzaba a apuntar el alba cuando la partida salió de un fragoso barranco a una estrecha faja de terreno llano y boscoso, al pie del monte Votos, cuya maciza y negra silueta se recortaba contra el cielo de añil. Y poco después, alcanzaban un campamento de guerrilleros donde dormían como medio centenar, arrebujados en sus mantas alrededor de dos o tres pequeñas hogueras bien «camoufladas». El grupo del comandante, escoltado por los vigías de los otros, penetró en el campamento, despertando a los que dormían, y poco después, unos y otros despachaban juntos un frugal desayuno, tras lo cual, los recién llegados prepararon sus mantas para echarse a dormir.

El comandante terminó su café, y se volvió al fatigado Alan con una sonrisa.

—Ya ha tenido una experiencia de cómo son nuestras noches, McGregor. Ahora será bueno que busque un sitio cómodo donde dormir unas horas. No siempre podemos hacerlo.

—Bueno, pues aprovecharé la ocasión.

Se apartó de la hoguera, recogiendo el par de mantas que le habían dado, buscó un sitio bajo una encina, y se envolvió en ellas concienzudamente. Tendióse boca arriba, y procuró dormir.

Pero, a pesar del gran cansancio que sentía, el sueño no llegó. Alrededor suyo roncaban sus compañeros de viaje y aventura. Un par de centinelas paseaban por entre las hogueras. Ululó un búho en alguna parte, y en el cielo apareció una luz gris y fría como el viento que movía las ramas...

La salida del sol le halló despierto... pensando en Irene Skouras y sus propios sentimientos hacia ella.

CAPÍTULO VII

—Bueno, se van a meter en la trampa como un rebaño de borregos tontos.

—No tanto. Mantienen los ojos bien abiertos, pero no ignoran que nos tienen encima.

El comandante Skouras, su sobrino y McGregor estaban agazapados tras unas rocas que dominaban la carretera entre Armatolos y Orissa. En los dos taludes de montaña que flanqueaban la misma, hasta trescientos guerrilleros griegos permanecían emboscados, al acecho del convoy que subía por la retorcida carretera. Diez camiones cargados de víveres, medicamentos y municiones para las fuerzas italianas destacadas en la frontera greco-búlgara, escoltados por dos compañías de «bersaglieri» montados en camiones delante y detrás de los de suministro, avanzaban hacia la cumbre del paso montañoso, ignorantes del peligro mortal que les acechaba.

—Lo que ocurre —prosiguió el comandante, sin quitar ojo a la caravana enemiga— es que nos creen bien lejos de aquí. Esta mañana pasaron patrullas inspeccionando todo esto, y aún no hace una hora cruzó otra. También han estado volando aviones de reconocimiento. Y todos sus informes deben señalarnos lejos de aquí. No pueden suponer que las patrullas pasaron delante de nuestras narices esta mañana, y que les hemos montado las minas apenas se marchó la última. Menos aún que sabíamos por anticipado el paso de esta caravana.

—De todos modos, no creo que resulte tarea fácil...

—Más de lo que cree. Cuando estallen las minas cortándoles el paso, y les atacemos por todas partes, se desmoralizarán, ya lo verá. Los italianos no ponen en esta guerra el amor propio de los alemanes. La hacen a disgusto, créame.

—De acuerdo con eso. ¿Qué hay de las fuerzas enemigas

cercanas? Pueden coparnos, si nos descuidamos.

—Concédanos un poco más de crédito, teniente. Sabemos lo que llevamos entre manos...

McGregor calló. En las dos semanas que llevaba operando con los guerrilleros había aprendido muchas cosas de ellos y sus métodos de lucha, y ciertamente era mucho el crédito que les concedía. Pero atacar en pleno día un convoy importante y bien defendido en una transitada carretera, con fuertes núcleos de tropas enemigas a escasas millas, le parecía tentar demasiado a la fortuna. Ciertamente que les hacían falta esos víveres y municiones, así como un gran número de pequeñas patrullas propias estaban flanqueándolos para prevenir posibles ataques enemigos por sorpresa. Ciertamente también que los italianos de aquel sector les suponían lejos... pero aun así, era muy arriesgado.

No obstante, ya no podían volverse atrás. Dentro de unos minutos, los camiones enemigos pasarían entre ellos. Y los hombres encargados de volar los taludes donde éstos se estrechaban cien yardas más allá, cumplirían su misión...

Apretó inconscientemente la culata del fusil. No le gustaba aquella clase de lucha, pero reconocía que era la única posible contra un enemigo muy superior en número. En fin, él era un soldado, y aquellos de los camiones sus enemigos. La guerra es la guerra...

El primer camión apareció en la próxima curva, ronroneando trabajosamente, y aceleró un tanto para tomar el último trozo de cuesta. Desde su escondite, Alan vio las caras tensas de los soldados italianos que llenaban la caja del vehículo. Casi todos eran gente joven, muchachos de unos veinte años. Dos sargentos iban con ellos, ambos luciendo hermosas barbas. Y en los cascos de todos lucía la insignia de los «bersaglieri». Todos miraban hacia los árboles, piedras y matas de las laderas, como si presintieran que la muerte les acechaba allí, personificada en tensos y ceñudos guerrilleros griegos. Y todos empuñaban las armas nerviosamente, aunque McGregor les oyó hablar, y hasta reír, entre ellos.

Pasaron por frente a él, y luego el segundo camión, también con soldados. Vio en la cabina a un teniente de su edad, con barba a lo Ítalo Balbo, que miraba ceñudo al exterior. Tal vez recelara... Tras ellos venían los cargados camiones de transporte, roncando sus

poderosos motores. Se volvió a mirar al comandante, que, a su vez, no quitaba ojo del camión delantero. Y cuando éste llegó a la entrada del talud, alzó el brazo derecho, bajándolo luego de golpe.

Casi simultáneamente brotó un doble surtidor de tierra y rocas a ambos lados de la carretera, delante del primer camión, y resonó un potente estruendo, como el estampido de una batería disparando al unísono. La tierra tembló bajo el canadiense, y vio cómo entre la densa polvareda que el viento no pudo disipar el camión italiano zigzagueaba locamente bajo la lluvia de tierra y rocas, terminando por estrellarse contra el talud y quedar medio enterrado en él, mientras las figuras alocadas de los soldados saltaban de la caja, caían heridos por los pedruscos o corrían tambaleándose en busca de amparo.

Como un eco a la explosión, restalló un vivo fuego de fusilería y ametralladoras a ambos lados de la carretera. Los italianos, tomados de sorpresa, fueron segados como trigo maduro. McGregor oyó sus gritos y exclamaciones de dolor, agonía y rabia, y los vio saltar de los camiones disparando a tontas y a locas. A su vez, disparó contra ellos, cazando a un cabo cuando intentaba alcanzar la cuneta. En un instante, aquello se convirtió en un infierno bajo el brillante sol del mediodía.

Los italianos estaban perdidos sin remedio. Tomados de sorpresa, sin poder forzar la trampa porque los derrumbamientos y el primer camión obstruían la carretera, ni tampoco dar vuelta y retirarse porque los guerrilleros les habían cortado el paso a retaguardia, atacados por los flancos y completamente al descubierto, nada podían hacer. Intentaron replegarse bajo la protección de las ametralladoras montadas en los camiones, que regaban de balas las laderas. Pero los guerrilleros no les dejaron, concentrando el fuego sobre los camiones traseros y lanzando granadas contra las ametralladoras. El tiroteo fue decreciendo rápidamente, y cuando la última ametralladora italiana fue acallada, no tardó en ondear un trapo blanco, demostrando que los soldados de Mussolini sabían perder.

El comandante dio la orden de «alto el fuego» y gritó a los vencidos que tirasen sus armas, saliendo a la carretera con las manos en alto. La orden fue obedecida, y un centenar de sombríos y atemorizados italianos se apelotonaron entre los camiones. Entonces

se hicieron visibles los guerrilleros, manteniéndolos bajo el cañón de sus armas.

Alejandro Skouras se volvió al aviador con gesto de satisfacción.

—Ya le dije que sería cosa fácil. ¡Goniras, Tadakaris: que recojan pronto nuestros heridos! ¡Separad a los prisioneros, y descargad los camiones!

Sus órdenes fueron cumplidas con extraordinaria rapidez por los guerrilleros. El comandante, su sobrino y McGregor bajaron a la carretera, acercándose a los humillados italianos. Un capitán, herido en el brazo izquierdo, se adelantó a su encuentro, diciéndoles en francés.

—Espero, señores, que seguirán las leyes de la guerra. Nos hemos rendido...

—Descuide, capitán —le cortó seco el comandante—. Las seguiremos, aunque ustedes no suelen hacerlo cuando capturan a algunos de mis hombres. No vamos a fusilarles a mansalva. Sólo a hacerles trabajar un poco descargando esos camiones, en nuestro beneficio. Después quedarán en libertad.

El capitán italiano le miró fijo.

—Usted es el comandante Skouras, del ejército griego, ¿verdad?

—El mismo. Creo que eso le servirá de garantía.

—Sí... creo que sí. Bueno, esta vez nos ganó la partida. Creímos que estaba muy lejos...

—Ya ve que se equivocaron.

—Siempre no va a durarle esa suerte, comandante. Alguna vez le atraparemos.

—Puede; pero ahora, como ha dicho, gané yo. Ordene a sus hombres que se pongan al trabajo.

El capitán italiano así lo hizo, de mala gana. Y de mala gana obedecieron sus soldados. Luego, el primero continuó:

—Tenemos muchos heridos. No va a dejarlos desangrarse...

—Y también yo tengo algunos, capitán. Y no puedo malgastar mi tiempo. En cuanto nos vayamos, pueden dedicarse a curarlos. Lo que no les aconsejo es que nos sigan. Perderán el tiempo.

—Eso, ya lo veremos —rezongó el capitán. Pero ni él ni sus subordinados hicieron nada que pudiera interpretarse como hostil, mientras los guerrilleros se apoderaban del cargamento, repartiéndoselo y llevándolo a las espesuras cercanas.

—Así no podrán informar sobre nuestra verdadera fuerza —dijo el joven Skouras a Alan—. Deben de creer que somos por lo menos el doble de los que realmente somos.

El canadiense llenó una mochila de comestibles, y su cinto de municiones, cargando aun otro en bandolera y cambiando su fusil por una metralleta italiana.

—No valen gran cosa —le dijo Skouras— pero son mejores que un simple fusil, y como tenemos abundantes municiones para ellas ahora...

Luego recorrió el pequeño campo de batalla. En tan corto espacio de tiempo como duró el combate, más de un centenar de italianos habían sido muertos o heridos. Casi todos los ocupantes del primer camión estaban entre ellos, y pudo ver un teniente acribillado a balazos, un capitán con un tiro en el pecho y otro en la cabeza, y al comandante que mandaba el convoy casi enterrado por el alud que provocó la explosión y agonizante junto al camión destrozado. Habían sufrido un duro golpe... y ahora les iban a perseguir implacablemente, ansiosos de vengarse.

Se lo dijo al comandante cuando ya se retiraban, dejando los camiones inutilizados y a los soldados italianos desarmados e impotentes en la carretera. Skouras asintió con la cabeza.

—Seguro que lo harán. Siempre ocurre así... y casi siempre los burlamos. Ahora lo conseguiremos también. Y hemos ganado un buen botín, que nos hacía mucha falta. Con un poco de suerte, al anochecer estaremos en los bosques del monte Pandión... y enseguida contramarcharemos, metiéndonos por entre ellos durante la noche. Mañana por la mañana, ellos estarán batiendo toda aquella zona en nuestra busca... y nosotros a treinta kilómetros de allí, preparándoles otra sorpresa. Venga, vamos a ver cuántas bajas tuvimos.

Éstas habían sido seis muertos y catorce heridos, todos los cuales fueron puestos en camillas. Los guerrilleros avanzaban cargados con el botín, y apenas transpusieron las colinas, se dividieron en pequeños grupos que tomaron distintas direcciones. El de McGregor y los Skouras, formado como de costumbre por unos treinta hombres, caminó incansablemente durante un par de horas, hasta llegar a un barranco lleno de pequeñas cuevas.

—Aquí dejaremos parte de la carga —explicó a Alan el

comandante—. Tenemos docenas de escondrijos como éste en las montañas, y así, siempre contamos con comida y municiones a mano, sin precisar ir sobrecargados.

McGregor quiso ver los escondrijos, interesado. Resultaron ser pequeñas oquedades naturales de poca profundidad, donde los hombres habían de meterse a rastras. Pero tres de ellas se comunicaban, formando una cueva bastante grande y seca, donde el aviador vio armas, cajas de municiones y de víveres amontonados en un rincón. Los guerrilleros dejaron allí buena parte de su carga, y cuando salían al exterior, a sus oídos llegó el inconfundible rumor de un avión.

—¡Pronto, a esconderse!

Como liebres perseguidas corrieron todos a hacerlo entre las piedras y matorrales del barranco. Alan y Miguel lo hicieron juntos tras una espesa mata de madroños, mirando hacia el cielo.

—¿Cres que ya nos estarán buscando?

—Seguro. Tuvieron que oír la explosión y el tiroteo desde Armatolos. Irían a ver lo ocurrido, y se encontraron con lo que dejamos en la carretera. Enseguida habrán dado la alarma... ¡Ahí está! ¡Ojalá no nos descubran! ¡Péguese bien a las matas!

McGregor no se lo hizo repetir. Mejor que ellos conocía lo relativamente fácil que resultaba descubrir una concentración de hombres, volando a escasa altura. Su mayor esperanza estaba en lo quebrado del terreno...

El avión —un «Storch» de la Luftwaffe— llegó volando muy bajo y despacio, trazando círculos sobre el terreno. Parecía como si sus tripulantes sospechasen la presencia de los guerrilleros en el barranco, pues lo recorrieron longitudinalmente y a tan poca altura, que Alan pudo verles perfectamente. Pero ellos estaban en la zona de sombra y demasiado esparcidos. Poco después, el avión reemprendía el vuelo hacia el norte, ocultándose tras la cercana montaña.

—¡Uf! No nos vio —rezongó Miguel Skouras, levantándose—. Me dan rabia esos «chivatos». Por su culpa tenemos más de un mal encuentro...

Los guerrilleros se reunieron, ya más libres de impedimenta, y prosiguieron la huida a través del abrupto y boscoso terreno.

—Si todos nuestros compañeros de los otros grupos tienen suerte

—dijo el comandante, poniéndose al lado de McGregor y su sobrino — los enemigos van a llevarse el gran chasco.

—Ojalá la tengan... y nosotros —repuso el canadiense—. Aún no hemos escapado del peligro, me parece.

—Nunca se escapa en esta vida. Jugamos con la muerte al escondite, y todo es cuestión de suerte. Pero esta vez la tendremos, teniente; ya lo verá. ¿No cree en las corazonadas? Yo sí. Y ahora tengo ésa. Usted no se ha adaptado todavía a nuestra vida. Cuando lo haga, verá que tenemos más probabilidades que ustedes los aviadores de burlar a la muerte. Y después de todo, morir es sólo un accidente del servicio. Lo que importa es vencer... y saber aguantar.

CAPÍTULO VIII

Habían andado un par de horas más, desde que dejaron el barranco, y estaban terminando de cruzar un pequeño llano boscoso, cuando de repente ladró una ametralladora a su derecha, y las balas silbaron por entre ellos.

Dos de los guerrilleros de vanguardia, alcanzados de lleno, se derrumbaron. Otros tres, entre ellos el comandante, fueron heridos. Y el resto, con rapidez que demostraba lo muy avezados que se hallaban a tales situaciones de emergencia, se tiraron al suelo o corrieron zigzagueando, agachados, en busca de la protección que brindaban los troncos de los robles y encinas.

McGregor vio tambalearse al comandante y llevarse al brazo derecho la otra mano, y corrió hacia él, atrapándolo y tirándolo de cabeza tras un grueso tronco de encina. Él mismo se echó allí, justo cuando la ametralladora pespunteaba la tierra a cinco pulgadas de sus cuerpos. A ella se estaban sumando ahora descargas de fusilería y fuego de metralletas, todo proveniente del frente y el flanco derecho, donde el terreno se alzaba un poco, lleno de matorrales, a escasa distancia.

Los guerrilleros, por su parte, ya estaban contestando al fuego enemigo desde sus forzados parapetos. Alan se arrastró y arrastró al comandante, buscando mejor protección. Skouras le sonrió forzosamente.

—No se preocupe por mí, McGregor. Tenía razón usted. Mi corazonada me falló...

—¿Dónde le han dado?

—En el brazo. Pero no es cosa grave, pues puedo mover los dedos. Esta vez nos tocó a nosotros... Debe ser una patrulla no muy grande, pues de otro modo, nos habrían rodeado. Debieron avisarles los del avión... o tal vez han tropezado con nosotros casualmente.

—De cualquier modo, nos han metido en un aprieto —repuso el

canadiense, secamente; y descolgando su propia metralleta, envió una ráfaga de balas hacia los ocultos tiradores enemigos, aplastándose luego contra el tronco y el suelo, justo a tiempo de esquivar un par de balas.

—Este refugio es escaso para los dos —habló el comandante, mientras sacaba su pistola—. Procure arrastrarse hacia esa hondonada.

Señaló una que a McGregor le pareció ridículamente precaria. En realidad era sólo un pequeño desnivel del terreno. Pero uno de los guerrilleros muertos había quedado caído en su borde, junto a una piedra de regular tamaño, y entre ambos formaban un aceptable parapeto... si podía llegar allí.

—De acuerdo, aunque no creo que nos sirva de mucho —rezongó.

—Todo depende de nuestra suerte. A estas horas, otro de nuestros grupos ha de hallarse a un kilómetro escaso de aquí. Si oyen el tiroteo, se imaginarán lo que sucede. Eso significa un ataque por la espalda que no esperan, de seguro, nuestros enemigos.

Aquella noticia levantó el ánimo de Alan. Bueno, si era así... ellos podrían resistir veinte o treinta minutos.

—Ahí se queda.

—Cuidado. Espere a que disparen hacia otro lado.

McGregor se agazapó, mirando la escueta y cercana trinchera. Cuatro saltos y un aterrizaje en picado... si conseguía sortear las balas enemigas...

Alrededor volaban las balas. Como había dicho el comandante, la fuerza enemiga no debía ser muy grande, a juzgar por su fuego. Una ametralladora ligera, dos o tres metralletas, y el resto fusilería. Estalló una granada de mano en alguna parte, y luego otra. Un derroche tonto, pues mediaba demasiada distancia entre ambos enemigos. Los guerrilleros, rehechos, replicaban duro, a pesar de hallarse en desventajosa posición.

En un momento dado, disparó sus músculos hacia adelante. El salto le llevó tres yardas más allá, en pleno terreno despejado. Frente a él, desde unas matas y piedras, estallaron disparos de fusil en el momento que volvía a saltar. Una bala le arrancó una tira de tela de la hombrera izquierda, otra pasó rozando sus cabellos, otra chocó contra una cartuchera, haciéndole tambalearse. Desde las

encinas de aquella parte, varios guerrilleros dispararon protegiéndole. Cayó de cuatro manos, y volvió inmediatamente a saltar, quedando apenas a dos yardas de la zanja y el cadáver.

El siguiente salto fue más bien una limpia zambullida cuando la ametralladora enviaba en su dirección un enjambre de balas. Se lastimó la cara contra unas matas, y la mano izquierda al rozar un pedrusco. Instintivamente, se acurrucó... justo a tiempo. La ráfaga de balas pegó en la tierra donde un segundo antes estaban sus piernas, dio luego con lúgubre sonido en el cadáver del guerrillero, sacó esquiras de la roca y pasó llena de aullidos salvajes.

—¡Uf! —exclamó McGregor, respirando hondo. Sentía sudadas las palmas de las manos. Aquello era casi peor que una misión de bombardeo...

Con infinitas preocupaciones, se fue estirando a lo largo de su precario refugio y examinándolo al mismo tiempo.

Una vez dentro de él, no resultaba tan malo. Tendido a lo largo, las balas enemigas muy difícilmente podían darle, pues el borde sobresalía unas pulgadas de su cuerpo. Ahora estaban levantando surtidores de tierra o pasando de largo, muy cerca, eso sí, pero inofensivas. Por lo visto, uno o varios de los enemigos le habían tomado como pieza de caza particular.

—Bueno, pues no es cosa que me agrade —rezongó entre dientes—. Y voy a ver si os devuelvo el cumplido.

El cadáver del guerrillero y el peñasco, con las matas que crecían al borde del pequeño terraplén, formaban un regular «camouflage» para sus movimientos. Tardó tres minutos en colocarse en una posición incómoda, pero que le permitía otear sin mucho peligro.

El combate seguía estacionario, aunque, por su situación, los guerrilleros llevaban la peor parte. Vio los cuerpos de algunos de sus compañeros en posturas que no dejaban lugar a dudas, y a otros que parecían heridos. El hermano de Irene estaba ileso, disparando desde detrás de un tronco. Y el comandante le hizo un gesto amistoso desde el suyo.

Enfrente, los enemigos, quienes quiera que fuesen, no tenían prisa en forzar una decisión. Por lo visto, su plan era mantenerlos inmovilizados hasta que a ellos les llegasen refuerzos. Una bonita carrera contra reloj...

Sacando su metralleta con sumo cuidado, esperó hasta descubrir, por los fogonazos, el sitio donde se parapetaban aquellos que tanto interés demostraban por su salud. Y una vez los localizó, enviéles una ráfaga horizontal de balas.

Dominando el ruido de los disparos se alzó un alarido de agonía, y los que iban contra él cesaron de repente... para llegar luego más furiosos y en mayor cantidad, obligándole a encogerse cuanto pudo mientras las balas se clavaban sordamente en el cadáver, sacudiéndolo rompían la piedra, cortaban las matas y le llenaban de tierra y esquirlas. Verdaderamente, la cosa se estaba poniendo fea...

Y los guerrilleros del otro grupo no llegaban. Tal vez estuviesen aún muy lejos; acaso no les oyeran, o también hubiesen tropezado con el enemigo... y podían llegar antes también los refuerzos que esperaba éste. En aquella maldita guerra de emboscadas y sorpresas, todo era posible...

Volvió a disparar cuando el fuego contra él amainaba, aunque ya sin dar a nadie, y siempre teniendo que esconder el bulto a toda prisa después de sus disparos. Y cuando ya se estaba dando a todos los diablos por aquella incómoda situación de tablas, estalló de pronto un vivo fuego de fusilería, metralletas y granadas de mano sobre la posición que ocupaba el enemigo.

¡Habían llegado los otros guerrilleros! De las gargantas de quienes componían el grupo de Skouras surgieron salvajes alaridos de alegría, mientras arreciaban en sus disparos. Luego, súbitamente, el tiroteo cesó; sonaron llamadas en griego allá enfrente, y McGregor vio cómo sus compañeros salían de sus refugios, corriendo hacia adelante con las armas preparadas. Él mismo saltó fuera de la zanja con un respiro satisfecho y fue hacia el comandante, que ya se había levantado y le dijo.

—¿Ve cómo salió bien, al fin?

—Sí, por pelos. ¿Cómo está?

—Bien. Vamos allá.

Miguel Skouras se les reunió, lleno de excitación.

—¿Es grave, tío?

—No. Veamos quiénes eran nuestros atacantes.

Eran italianos. Una sección incompleta de tropas de montaña, exactamente veintinueve hombres al mando de un teniente. Ahora, todos estaban muertos o heridos.

—Tenemos que largarnos de aquí enseguida. Están llegando patrullas enemigas por tres sitios, y han tenido que oír el ruido del combate. ¿Es grave su herida?

—No. Recoged enseguida nuestras bajas, y también el armamento del enemigo. ¡Rápido!

Mientras le obedecían, Alan y Miguel le curaron el brazo; por fortuna, la herida era más aparatosa que de peligro. La bala cruzó limpia, rozando el hueso poco más arriba del codo, pero sin tocarlo. Un tiro de suerte...

No la habían tenido tanta los demás. Siete estaban muertos y heridos otros once, seis de ellos graves. Se les curó a toda prisa, y se hicieron unas angarillas con mantas y palos rápidamente cortados. Veinte minutos más tarde, los guerrilleros dejaban el campo de combate, y en él a sus muertos.

—No podemos detenernos a enterrarlos, y lo siento —dijo el comandante— pero los vivos son los que ahora importan.

—¿Cree que lograremos rehuir la persecución?

—Depende de la suerte que tengamos. Por lo general, los italianos no se muestran tan tenaces en perseguirnos como los alemanes. Estos de ahora, además, no saben cuántos somos. Es probable que esperen a reunirse los tres grupos antes de salir en nuestra busca. Si conseguimos escurrirnos por entre ellos, les sacaremos una buena ventaja.

Ahora avanzaban rápidamente terminando de cruzar el llano, y se metieron por una zona de monte bajo muy espeso, de quebrado terreno. El jefe del otro grupo se acercó al comandante, pero los escasos conocimientos del griego de McGregor, no le permitieron seguir sus rápidas palabras.

—Una de las patrullas enemigas viene casi en línea recta contra nosotros —le explicó el comandante—. Vamos a desviarnos hacia el barranco ese de la derecha, y a ocultarnos en él para dejarles pasar. No creo que nos imaginen allí.

—¿Y si lo hacen?

—Pues... peharemos.

Sí, claro, no quedaba otra cosa que hacer... El canadiense se encogió de hombros y siguió a los demás, ojos y oídos bien abiertos. Los guerrilleros apenas si hacían ruido en su marcha, a pesar de lo quebrado y espeso del monte. Rápidamente alcanzaron el barranco

y fueron desperdigándose a todo lo largo de él, y ocultándose entre los matorrales de jaras, madroños y otros arbustos salvajes, tan eficazmente, que sólo pisándolos se les podía descubrir. El hecho de que comenzara a caer la tarde ayudábales por otra parte, pues las sombras ya cubrían aquel lado del monte.

Alan se acurrucó junto a Miguel Skouras, tras una espesa mata de jaras. El muchacho estaba excitado, pero sin pizca de temor. El aviador ya había comprobado otras veces su valor y arrojo.

—¿No crees que nos descubran, Miguel?

—¿Ésos? Ni sonarlo. Además, nos tienen mucho respeto... —rió quedo— pasarán de largo, sin imaginar que les estamos tocando casi, ya lo verá. ¡Mire, ahí vienen!

McGregor volvióse para mirar a dónde Miguel le señalaba, y vio aparecer a unas cien yardas más abajo los cascos de un nutrido grupo de soldados italianos.

Venían desplegados por la ladera, y su extrema derecha iba justo a pasar a pocos pasos de los guerrilleros. Si torcían un poco... se meterían entre ellos. Y la cosa no sería entonces muy grata, pues venían más de cincuenta, y no estarían muy lejos las otras patrullas.

Los italianos no parecían tenerlas todas consigo, a juzgar por lo cauteloso y precavido de su avance. Era una suerte que llegaran por la parte baja, pues de lo contrario habrían descubierto las huellas de los guerrilleros. Venían recelosos, apretando nerviosamente las armas y escudriñando todos los matorrales.

El teniente les vio acercarse poco a poco, hasta poder ver claramente sus caras tensas, desencajadas, pálidas, y sus inquietos ojos. Debían de haber oído el rumor del combate, y el silencio de ahora les resultaría ominoso, aterrador... Él mismo se encogió instintivamente cuando uno de los italianos miró hacia su escondite. Si sospechaba o veía algo...

Pero no ocurrió lo que temía. El soldado —un muchacho imberbe, al que el uniforme venía grande— pasó sin desviarse hacia ellos. Los que venían detrás, tampoco lo hicieron. En todos los rostros, McGregor vio la misma tensión de hombres que presienten la muerte. Y a juzgar por lo que estaba sintiendo él mismo, su cara no debía diferir en expresión de la de ellos.

Luego de un lapso de tiempo que se le antojó enorme, los italianos terminaron de pasar, y se perdieron tras el próximo

repliegue del terreno. Los guerrilleros aún permanecieron ocultos unos minutos; y luego emergieron de sus escondites, reanudando la marcha.

—Les hemos dado esquinazo, como esperaba —dijo Alejandro Skouras—. Ahora vamos a hacerles correr y desconcertarlos un poco. En cuanto se haga de noche, cesarán de perseguirnos. No se atreven a meterse en el monte después que el sol se pone... Y al amanecer, nosotros estaremos fuera de su alcance. ¿Qué tal le parecen nuestros métodos, McGregor?

—Excelentes —repuso el aviador—. Sí, son excelentes... para enfermar del corazón —añadió para sí, mientras esquivaba unos zarzales.

CAPÍTULO IX

Escaparon a la caza de los italianos. Y escaparon mediante una maniobra audaz, sólo posible por sus conocimientos del terreno, la ayuda que recibían de los naturales, y el temor de los invasores a penetrar de noche en las montañas.

Contramarcharon desandando el camino en las horas nocturnas, y mientras los italianos les buscaban afanosamente en la zona cercana a la frontera búlgara, los guerrilleros se reagruparon muy hacia el sudoeste, en las estribaciones del monte Olimpo. Los heridos graves fueron despachados a refugios seguros, y los restantes, junto con otros grupos mandados por jefes autónomos, acamparon en las abruptas laderas del famoso monte, morada de los antiguos dioses. Allí conoció McGregor a los principales jefes de la resistencia griega, y fue presentado a ellos. Allí, también, se le dijo que en diversos puntos del país había aviadores y militares aliados caídos prisioneros que se habían fugado y estaban esperando el momento oportuno para ser evacuados a Egipto, y que dentro de pocas semanas se esperaba poder enviarlos, a él incluso, a la costa para pasarlos a un submarino inglés.

También supo noticias de Irene. Estaba sana y salva en el refugio secreto de las montañas, cuidando a los heridos graves. Y a las preguntas de Alan, el doctor Argopoulos —pues fue él quien trajo la noticia— contestó sonriendo socarronamente que la muchacha había cambiado mucho, y ahora siempre estaba pensativa y como concentrada en sí misma.

—Ha dejado de ser una niña, teniente... y me temo que por su culpa.

El canadiense nada dijo a esta clara insinuación; pero se fue a un rincón solitario, y allí se tendió boca arriba, poniéndose a pensar en Irene.

Estaba enamorado de ella. Ya no le cabía ninguna duda al

respecto. Estaba enamorado... y ésta era una dulce, gloriosa e inquietante verdad. Porque, ¿le quería ella también? Y aun siendo así, como para su alegría sospechaba, ¿qué hacer? La situación de ambos no era, ciertamente, muy agradable. Y sí llena de peligros, insegura... El tío de ella no veía con buenos ojos este amor; aunque nada volvieron a hablar respecto al asunto desde el día en que partieron de la cabaña en el bosque, Alan lo sospechaba. Y en parte, comprendía el punto de vista del comandante. Ellos eran de razas diferentes, él debía reintegrarse a su base cuanto antes... Lo más probable es que la muerte le cogiera un día en uno de sus vuelos. O a ella, y le estremecía esta suposición en aquella vida que llevaba. Y aunque así no fuera, tardarían años en volverse a ver... Podrían ocurrir muchas cosas en esos años...

Ahora, el aviador sabía que, ocurriese lo que ocurriese, jamás podría olvidar y dejar de querer a Irene Skouras. Pero... ¿Y ella? Probablemente, él era sólo el príncipe azul de los dieciocho años... y lo olvidaría más pronto o más tarde. Tal vez no... Sólo había un medio de saberlo, preguntándolo.

Pero ¿cómo? Ni siquiera sabía dónde estaba Irene. Y aun sabiéndolo, no podría ir sin ayuda, ni tendría guías sin el permiso del comandante Skouras. Y éste no se lo daría...

Poco después, llegó otro grupo de guerrilleros, y con él un oficial neozelandés de artillería, escapado días antes de un campo italiano de prisioneros. El hombre se llamaba Brackett y era un mozo jovial, de cara pecosa y cabellos rojizos. Le tendió efusivamente la mano al serle presentado.

—¿Conque usted es McGregor, de la aviación canadiense? Pues tanto gusto en conocerlo, muchacho. Yo soy Brackett, del 8.º ligero de los «Anzacs», y he pasado un año en un maldito campo de prisioneros, hasta que pude escapar con otros dos oficiales. Ellos tuvieron mala suerte...

A McGregor le resultó simpático el neozelandés, y por otra parte, le complació contar con un semicompatriota en aquellas circunstancias. Poco después, uno de los guerrilleros vino a buscarle de parte del comandante.

Éste estaba reunido con otros jefes de las guerrillas en torno a una pequeña hoguera. Y tras corto preámbulo, entró a fondo en la cuestión.

—McGregor, le he llamado para pedirle un favor. Se trata de algo particular. Uno de mis grupos va a partir para una operación difícil, y en él va mi sobrino. Le ha tocado en suerte, y yo no puedo permitirme favoritismos. Pero él es muy impulsivo, y demasiado joven. Me gustaría que le acompañase alguien a quién él respetara lo bastante, y pudiera tenerlo bajo control. Usted es ese alguien.

Por un momento, Alan se le quedó mirando, mientras sopesaba su proposición. ¿Había en ella una trampa? Como fuese, era hábil, pues no podía negarse.

—Cuenta conmigo, comandante —repuso serenamente.

—Gracias; no esperaba menos de usted. Se trata, como le digo, de una empresa difícil. Hay que volar la vía, al paso de un tren de material alemán. Cañones, municiones... Irá fuertemente escoltado y no es eso solo; el sitio donde hemos decidido volarlo es el más peligroso. Las patrullas enemigas pululan por allí, es terreno despejado, y a tres kilómetros está la ciudad de Heskera con fuerte guarnición alemana.

—¿Por qué volarlo allí, y no en otro sitio?

—Por varias razones. Allí descuidarán la vigilancia, por no creer que nos atrevamos a operar tan cerca de su base. Y en aquel sitio, la vía bordea un barranco profundo. Nada se salvará si consiguen hacer descarrilar el tren.

—Está bien. ¿Cuándo partimos?

—Esta misma noche. Mañana a las doce de la noche han de estar en el punto designado... Irán treinta hombres, aunque habrá otros tantos esperándoles en la linde de las montañas.

Brckett se enteró pronto del asunto, y fue a buscarlo.

—¡Eh, amigo! ¿Qué es eso de dejarme fuera de la fiesta? He sabido que se va a prepararles una buena a los alemanes. Y no está nada bien dejarme aquí, aburrido.

—Aquello va a resultar demasiado caliente, Brckett...

—Bueno ¿y qué? Ya tuve tiempo sobrado de descansar y pasar frío en el campo de concentración. Un poco de calor y movimiento no me vendrá mal. Así es que me voy con ustedes.

Y no hubo forma de impedirselo. Habló con el comandante y con el jefe del grupo a que pertenecía, obteniendo su consentimiento. Y horas después, los dos, con el joven Skouras, abandonaban el campamento de los guerrilleros mezclados a treinta

de éstos, elegidos por la suerte para la peligrosa operación.

Durante el resto de la noche caminaron entre las montañas, y al salir el sol, acamparon en medio del bosque, destacando vigías a todos lados. Sobre las diez, llegaron dos montañeses con noticias. Los alemanes andaban por la carretera, y algunas de sus patrullas exploraban las laderas de los montes cercanos. Por lo visto, últimamente habían sido reforzadas las tropas de ocupación en aquella zona. Y el día antes, diez guerrilleros y varios paisanos convictos de haberles prestado ayuda, habían sido fusilados en un pueblo cercano.

—Me preocupa el muchacho... Miguel Skouras —dijo Alan.

—Ya he notado algo. ¿Tiene un interés especial para usted?

—Su tío me pidió que viniera en esta expedición para cuidar de él. No me gustaría que le ocurriera algo...

—Eso no está en su mano. Deseche pues su preocupación... si es sólo ésa.

—¿Qué insinúa?

—Nada. Sólo que yo aprendí el griego en el campo, lo bastante para entenderlo bien. Y estuve oyendo algunas cosas. Parece ser que ese chico tiene una hermana muy linda... y a su tío no le agrada que la corteje usted.

—¿Quién le contó eso? —replicó Alan, violento.

—Nadie. Ya le dije que lo oí. Los guerrilleros griegos lo comentaban. La chica se ha enamorado de usted, y su tío trata de eliminarlo buenamente...

—No lo creo. En absoluto. Conozco lo bastante al comandante Skouras para saber que no obraría así...

—¡Hum! Puede... Uno nunca sabe cómo van a obrar estos sonriente griegos. Y otra cosa. El hermano está con usted. También lo oí decir. Le ha caído simpático. ¿Qué tal es la chica?

—Un ángel —repuso McGregor, con fervor que hizo sonreír al otro—. Y voy a confiar en usted, Brackett. Estoy sinceramente enamorado de ella, y no pienso perderla. Si me acepta, la haré mi esposa, le guste a su tío o no.

—¿Piensa llevársela cuando nos embarquemos?

—No lo había pensado, pero... sí. Me la llevaré, si ella accede a venir conmigo. No podría dejarla aquí, expuesta a... —se interrumpió, mirando fijo a Brackett—. Diga. En caso preciso

¿puedo contar con usted?

—Eso no se pregunta, hombre. Le ayudaré a raptar a su Helena ante las barbas de ese Agamennon. ¡Pues no faltaba más! Cuando llegue el momento, Clark Brackett les cubrirá a usted y su amada las espaldas. ¡Por vida de todos los dioses del Olimpo! Y ya tiene padrino para la boda, McGregor. Esto dará mucho más color a la aventura.

CAPÍTULO X

La noche era oscura, ventosa y fría para los comienzos de mayo. Los guerrilleros esperaban entre las sombras de una hondonada de terreno la llegada de sus espías y confidentes. Nadie hablaba ni se fumaba tampoco. Hallábanse justo en la linde del territorio peligroso, el valle de Heskeria, a la sazón muy recorrido por las patrullas alemanas.

Un leve ruido de pasos fue en aumento, hasta que entre las sombras brotó el ulular de un búho. Dos de los guerrilleros se materializaron a ambos lados de los que llegaban, cambiaron unas rápidas consignas con ellos, y luego los llevaron a dónde esperaban los demás.

Los recién llegados eran campesinos de media edad y dieron su informe al jefe del grupo.

—Hay una fuerte patrulla alemana guardando el puente sobre el arroyo y el transformador eléctrico. Están bien parapetados, y con ametralladoras pesadas. Entre el puente y la ciudad patrullan por la vía, una pareja cada doscientos metros. Y varios coches blindados, tres al menos, recorren la carretera. En Kovanitza hay una compañía motorizada para acudir a cualquier punto de emergencia.

—¿Y por el campo?

—Dos patrullas de un pelotón cada una aproximadamente, a esta parte de la carretera. La mayor parte de las fuerzas llegaron esta tarde.

—Parece ser que el convoy es de verdadera importancia... —comentó Brackett. Y el joven Skouras asintió.

—Pocas veces hay tanta vigilancia. Va a ser tarea difícil... pero la realizaremos.

El jefe del grupo continuaba interrogando a los informadores.

—¿Hay peligro seguro en el camino hasta la curva?

—No lo sabemos. De todas formas, algunos hombres están

apostados a lo largo de él. Tres gritos de búho avisarían la presencia del enemigo.

—Entonces, vamos. No hay tiempo que perder.

Tenían por delante seis kilómetros de terreno ondulado y cultivado, donde no resultaba tan fácil ocultarse como en las montañas; pero en compensación, podían avanzar más deprisa. Así lo hicieron en completo silencio, envueltos en la noche y escoltados por el ulular del viento. Tanta era la oscuridad, que apenas si veían la espalda del compañero precedente, y érales forzoso poner el pie donde ellos, procurando no desviarse, para evitar tropezones y caídas. Por fortuna, sus guías eran buenos conocedores del terreno y les llevaron por sendas y caminos entre los campos, con relativa rapidez. Al cabo de un largo espacio de tiempo, llegaron a una granja a oscuras y en silencio, donde les salieron al encuentro otros tres hombres. Éstos eran el dueño de la granja, su cuñado y un peón, los tres también de edad mediana.

—Amigos, esta noche hay mucho peligro —avisó el primero, evidentemente preocupado—. Los alemanes deben haberse oído algo, o va a pasar algún convoy muy importante, pues...

Tres ululares de búho llegaron en alas del viento, lejos, a la derecha.

—¡Los alemanes!

Una especie de estremecimiento sordo conmovió al grupo de guerrilleros.

—¿Crees que vienen hacia acá? —inquirió el jefe del grupo.

—Lo sabremos enseguida...

Esperaron, con los nervios tensos. El viento venía ahora cargado de sonidos agoreros... pero en su mayoría los producían la tensión y el peligro.

Luego, más cerca, volvió a ulular el búho.

—¡Están llegando al cruce de caminos! —exclamó, excitado el granjero—. ¡Tenéis que escapar!

—¿Dónde podemos emboscarnos?

—¡En la linde del trigal, entre la mies! ¡No! ¡Mañana lo descubrirían! ¡Basilio, guíalos al ribazo de los manzanos! ¡Allí estarán seguros, y no dejarán huellas!

El peón asintió.

—¡Vamos, seguidme!

Los guerrilleros así lo hicieron, mientras preparaban sus armas. Pero aún no habían andado treinta yardas cuando el viento les trajo un mido inconfundible de motores.

—¡No podemos llegar al ribazo! —jadeó el campesino.

—¡Está bien! ¡Llévanos a dónde podamos ocultarnos!

—¡Ahí delante, en la acequia! ¡Está seca!

La acequia distaba sólo unos pasos, y los guerrilleros llegaron a ella apresuradamente, tirándose a su fondo. No más que una pequeña zanja, pero su utilidad quedó demostrada, cuando un reflector portátil recorrió la negrura, alcanzando la luz al pasar sobre los tendidos guerrilleros con suficiente intensidad para descubrirlos.

Los motores llegaron frente a la casa, y como el reflector ya no estaba enfocado hacia allí, McGregor sacó la cabeza, viendo que dos coches pequeños se habían parado junto a la fachada, y de ellos estaban saltando soldados alemanes que aporreaban la puerta y rodeaban el edificio con las armas preparadas. El reflector seguía taladrando la negrura, ahora hacia el otro lado.

A los golpes respondieron desde adentro, y enseguida se abrió la puerta, metiéndose en la casa varios alemanes. Junto a Alan, Miguel Skouras comentó:

—Ahora lo registrarán todo de arriba abajo. Dios quiera que se limiten a la casa, y sólo sea rutina...

El canadiense lo deseó también «in mente». Si los alemanes los descubrían, probablemente ellos, los guerrilleros, los vencerían fácilmente. Pero el golpe quedaría fallido, y no sólo eso, sino que veríanse acosados implacablemente en su forzada retirada.

Durante veinte interminables minutos estuvieron esperando a que los alemanes terminaran registro e interrogatorio. Por fortuna, la inspección no rebasó las dependencias de la casa, y cuando salieron, marcháronse en la dirección por donde habían venido los guerrilleros. Cinco minutos después, el dueño de la granja estaba con éstos.

—Alguien ha debido dar el soplo —jadeó—. Han estado preguntándome acerca de vosotros, si os había visto hoy, durante el día, si esto, si lo otro... Han registrado todo, y nos han hecho saltar a todos de las camas. Basilio, ve corriendo a casa de mi primo Jason, y dile que cuando vayan a preguntarle conteste que te envié

para que le ayudases a recomponer unos aperos. He tenido que dar esa excusa para justificar tu ausencia. ¡Corre!

El criado no se lo hizo repetir. Y el granjero se volvió al jefe del grupo guerrillero, continuando:

—¡Sí, debe de haber un traidor! Saben que ibais a bajar esta noche para atacar el tren, aunque ignoran dónde, cómo y cuándo. Lo he deducido de sus preguntas...

—Bueno, pues con traidor o no, no nos vamos a volver atrás —terció Miguel—. Hemos venido a volar ese tren, y lo volaremos, cueste lo que cueste.

—¡Así se habla, muchacho! —Le apoyó Brackett—. No van a asustarnos por tan poco ¿eh?

—¿Qué opina usted, McGregor? —inquirió el jefe de la hueste.

El aviador sopesó su respuesta. Y luego dijo, lentamente:

—Usted es el jefe, Candaris. Pero a mi juicio, tan mal lo pasaremos si volamos ese tren, como si nos retiramos sin hacerlo. Y tal vez no estén tan sobre aviso...

—Entonces, no hay más que hablar. Adelante.

Los nuevos guías, o sea los que dieron el aviso de la proximidad de los alemanes, estaban junto a la granja. Y anunciaron que el camino quedaba libre hasta la carretera, aunque ésta y la línea férrea estaban extraordinariamente vigiladas.

Los guerrilleros prosiguieron su marcha con la mayor rapidez posible, y luego de caminar otro largo rato por terreno llano, comenzaron a subir repechos no muy quebrados. En la cima del tercero, se detuvieron.

—Ahí están.

Alan, cuyos ojos se habían acostumbrado a la oscuridad, vio los faros de un coche avanzar despacio por la carretera, y a su luz, el destellar de los rieles de la vía, todo a unas trescientas yardas escasas. Y poco después, los faros del coche mostraron las figuras de dos soldados alemanes caminando sobre la vía.

—El coche es blindado —advirtió el guía—. Y hay una pareja cada doscientos metros. La curva está ahí delante, y allí, la carretera se separa de la vía. Allá abajo, junto a aquella luz, están el puente y el transformador. Heskeria está al otro lado de la loma, a poco más de tres kilómetros.

—La dificultad está en cruzar la vía y la carretera sin que nos

descubran. Y tenemos que hacerlo. Son las once y cinco. A las doce y diez ha de pasar el tren. Tenemos una hora para intentarlo. Manos a la obra.

Los treinta y tres hombres se deslizaron hacia la carretera, evitando hacer el menor ruido. El viento les venía casi de cara, favoreciéndoles, aunque había amainado un tanto. Llegaron sin novedad a unos diez pasos de la carretera, y allí se agazaparon entre los accidentes del terreno.

—Esperaremos el paso del automóvil blindado para localizar las parejas de guardia —había dicho el jefe del grupo—. Luego cronometraremos lo que tardan en pasar su trozo de terreno.

Así lo hicieron. El blindado llegó a los pocos minutos, y a la luz de sus faros pudieron localizar las parejas.

—Como esperaba —expuso Candaris—. No se tropiezan. Y cada tres minutos dejan casi una distancia de doscientos metros entre una y otra pareja. Entonces es la hora de pasar. Grupos de cinco. McGregor, usted con uno, a la derecha. Miguel, tú con el otro. Los demás a cubrirnos. Andando.

Los hombres se escurrieron lo más rápidamente posible hacia sus puestos de partida. Y una vez calcularon haber recorrido la distancia prevista, Alan y sus cuatro compañeros se prepararon para el peligroso cruce. El más pequeño fallo podría producir la catástrofe... Tenían que jugárselo todo a un albur.

McGregor dejó pasar dos minutos. Luego saltó hacia la carretera.

Corrió agazapado, casi a cuatro manos, conteniendo el aliento y pidiendo a Dios que el viento borrara el ruido de sus pies. Parecía como si fuese corriendo sobre bombillas de cristal que estallaban al pisarlas con terribles ruidos. Pasó la carretera, saltó la cuneta y corrió sobre un pequeño trozo de terreno inculto, deteniéndose dos segundos junto al terraplén de la vía, con el dedo en el gatillo de la metralleta.

Ni vio ni oyó a los alemanes.

Rápido, saltó a la vía, estremeciéndose al pisar la machaca; puso el pie en una de las traviesas, saltó los rieles, y se lanzó al otro lado, corriendo a través del campo hasta llegar, jadeante, junto al tronco de un árbol...

Poco a poco, se le fueron reuniendo los otros cuatro. Aguardaron en tenso silencio durante un buen rato. Luego regresó el blindado,

mostrándoles los metódicos e impasibles alemanes sobre la vía, a menos de treinta pasos.

—Ni imaginan que estamos aquí —murmuró uno de los guerrilleros—. Dios nos protege.

Así debía de ser, por cuanto diez minutos después, el resto de los guerrilleros se les reunían sin novedad, y todo el grupo se juntó en una vaguada.

—Ahora a la curva —ordenó Candaris—. Que nos acompañe la suerte un poco más, y nuestra misión quedará cumplida. Mucho cuidado ahora, que tenemos el viento en contra.

Las quinientas yardas siguientes les costaron casi veinte minutos, pero las cubrieron también felizmente. Y así llegaron al sitio donde la vía férrea formaba una amplia curva, ceñida a la colina, y teniendo al otro lado un profundo barranco de escarpado borde, que la carretera salvaba por un puente estrecho, más al este. La ladera de la colina era suave, y el guía les llevó sin dificultades hasta un lugar cercano a la vía, donde unos peñascos podrían ocultarles.

—Son las doce menos veinte. Hay que poner las cargas.

Aquella era la parte más difícil de la operación. Había que acoplar las cargas de T.N.T. bajo los rieles y tender las conexiones, todo en los intervalos que dejaba el paso de los centinelas. Y era preciso quedar casi tocándolos mientras pasaban. Cualquier ruido, el que uno de los alemanes encendiese su mechero o tropezase con una conexión... y todo se iría al diablo. Había cuatro probabilidades entre diez de que tal ocurriera... pero había que hacerlo. Brackett y Mac Gregor tenían que ir a poner algunas de aquellas cargas.

CAPÍTULO XI

Se deslizaron casi reptando sobre las piedras y las matas, guiándose por el oído y el tacto. Alan iba delante, seguido del neozelandés. Y cada cinco o seis pasos, ambos se detenían a escuchar. Diez o doce yardas a su derecha, y otras tantas a su izquierda, estaban avanzando otras dos parejas, encargadas de poner cargas también. Y allí delante, los centinelas alemanes seguían su monótono paseo de guardia sobre la vía...

McGregor los vio pasar, el fusil apoyado en el ángulo del codo, y en silencio. Estaban preparados a todo, aunque no podían suponer que el enemigo estaba allí, junto a los rieles, conteniendo el aliento y esperando para realizar su audaz propósito...

Apenas las espaldas de los centinelas se perdieron entre la oscuridad, el canadiense avanzó con infinita cautela hasta el terraplén de la vía, deteniéndose un momento en espera de Brackett. Éste se puso a su altura, y le susurró.

—¿Listo?

—Listo.

—Vamos.

Subieron a los carriles. Con rápidas y ágiles manos, apartaron la machaca bajo ellos, al lado de una de las traviesas. McGregor dio a Brackett los pequeños y pesados paquetes de T.N.T., y éste los introdujo en los huecos, pegándolos al riel con cinta adhesiva, y también a la traviesa. Enseguida, volvieron a arreglar las piedras alrededor, y saltaron de la vía, agazapándose en la oscuridad. Un minuto después, los centinelas pasaban junto a las cargas todavía inofensivas.

Por tres veces repitieron la operación, en un juego audaz con el peligro y la muerte. Pero la fortuna es de los audaces, y las cargas quedaron colocadas.

Quedaba lo más difícil. Empalmar las conexiones y tender el hilo

de modo que los alemanes no tropezaran con él. Brackett se encargó de la primera operación, mientras el aviador escarbaba la tierra con su cuchillo haciendo un pequeño surco a través de la estrecha senda que bordeaba la vía, lo bastante profundo para meter en él el cable; inmediatamente lo tapó con la misma tierra a toda prisa, sujetándolo con dos de los trozos de machaca.

El viento le trajo el ruido de los pasos de los centinelas estando aún a media operación, y saltó rápido de allí, tumbándose pegado al suelo, cuando las siluetas de los centinelas se recortaban difusamente contra el cielo, muy cerca.

Y los cabellos se le pusieron de punta al verles detenerse justo sobre las cargas. Brackett no le había seguido; no tuvo tiempo. ¿Le habrían descubierto? ¿Habrían descubierto las cargas o tropezado con algún cable?

Fueron treinta segundos de pesadilla, inaguantables... Luego, los alemanes reanudaron la marcha y McGregor pudo respirar.

Cuando volvió a la vía, Brackett estaba allí, y rió quedamente a su pregunta.

—No me daba tiempo a cruzar la vía. Y tenía dos conexiones sin poner aún. Tuve que tirarme de cabeza al otro lado del terraplén, y pegarme a él conteniendo el aliento. Por fortuna, había unas matas... Durante unos momentos, cuando se pararon, me vi perdido... Si ese centinela llega a dar un paso a la derecha, hubiera tropezado con el cable suelto. Y si el otro lo hubiera dado a la izquierda, me cae encima...

Mientras hablaba con un hilo de voz, terminó de empalmar las conexiones y Alan de ocultar el hilo principal. Luego, los dos se marcharon a toda prisa, desenrollando el cable que el aviador llevaba. Y sin novedad alcanzaron el punto donde aguardaban sus compañeros, impacientes. Las otras dos parejas ya habían regresado, y los hilos fueron conectados al conmutador-detonador.

—Son las doce, y dos minutos —dijo Candaris—. El tren ya estará saliendo de la estación.

Los guerrilleros, agazapados en las sombras, esperaron. El viento silbaba ahora reciamente, sacudiendo las ramas de los árboles y levantando la tierra en molestos remolinos. A lo lejos, en la carretera, seguía patrullando el carro blindado...

—¡Ya viene!

Todos los ojos se volvieron hacia Heskeria. Desde allí una estrella azulada iba acercándose y cobrando vida por momentos.

Un minuto... dos... tres... La estrella era ya un foco de luz azul, y el ruido del tren llegaba distinto a los oídos de los griegos. Un tren pesadamente cargado, viniendo hacia la muerte y la catástrofe...

El encargado del conmutador puso sus manos tensas sobre él. Los segundos eran ahora como días... como años...

El tren llegó al arranque de la curva. Los centinelas, se tiraban a su paso fuera de la vía. Éste era el peligro ahora. Si tropezaba alguno con un cable...

El tren llegó, con estruendo de hierro y jadeos de las dos potentes locomotoras. Ahora estaba casi todo el convoy sobre el barranco; ya sólo cien yardas faltaban...

Fue en aquel momento cuando uno de los centinelas alemanes tropezó, o vio, uno de los alambres de conexión. El soldado había saltado de la vía al ver llegar el tren, y quiso la suerte que lo hiciera justo por donde estaba tendido el alambre. Debió comprender en el acto lo que significaba, porque se agachó rápido para romperlo, mientras gritaba desesperadamente previniendo a su compañero. Éste, si no le oyó, por el fragor del tren, sí vio al resplandor del foco de la máquina su acción, e interpretándola, intentó disparar para advertir del peligro al maquinista.

Desde su escondrijo, los guerrilleros no podían verles. Pero de todas formas, el esfuerzo de los centinelas fue tardío. La máquina llegó rauda a su altura, justo cuando el uno disparaba y el otro asía el cable. El estruendo del tren ahogó el disparo, más los guerrilleros vieron el fognazo y comprendieron.

—¡Ahora! —gritó Candaris. Y el guerrillero a su derecha apretó con fuerza el conmutador.

Casi en el acto, una violenta explosión y una cegadora llamarada dieron la impresión de que un volcán se había abierto de pronto bajo el tren. El centinela alemán casi había roto el cable cuando fue lanzado de espaldas por la onda explosiva. Las cargas estallaron casi simultáneamente bajo los primeros coches, en una sucesión de terribles y ensordecedoras explosiones. La máquina delantera salió fuera de los rieles destrozados, y se dobló sobre el barranco. La segunda precipitóse tras ella, mientras varios coches saltaban en

astillas por el aire con su cargamento, y los demás se empotraban unos con otros en medio de un estruendo infernal. Y de pronto, algo estalló con tal potencia que dejó reducidas a nada las anteriores explosiones; un chorro de fuego subió a lo alto, esparciéndose en el aire a impulsos del viento, y por todas partes pudieron verse los restos del tren, convertidos en informes masas llameantes, precipitarse en el vacío. Tanques, cañones, piezas de material, saltaban al espacio impulsados por las tremendas explosiones, y aquí y allá, enloquecidas figuras, humanas caían al suelo o corrían tambaleantes en medio de aquel infierno.

—¡Gran Dios! ¡Es... horrible!

—¿Qué llevarían en ese tren?

—¡Corramos ahora, es lo que importa!

Y tanto como importaba, pues chorros de fuego, proyectiles de todos calibres, gasolina ardiendo, pedazos de hierro y madera candentes, estaban volando por los aires. Los guerrilleros corrieron como locos bajo aquella lluvia infernal que alcanzó a algunos, hiriendo a seis y matando a otros dos, antes de que pudieran considerarse fuera de peligro.

Jadeantes, se detuvieron para cobrar aliento. Trescientas yardas atrás, el barranco donde había caído el tren semejava la boca de un volcán en erupción. Y por la carretera estaban acercándose vehículos a toda prisa.

—¡Dios! —exclamó Brackett—. ¡Por algo tomaron tantas precauciones!

—Este tren iba repleto de material de guerra...

—Sí. Y ahora, todos los alemanes de la zona van a darnos una caza endemoniada. ¡A correr, muchachos! ¡Pongamos la mayor distancia entre nosotros y este sitio, antes de que descubran por dónde fuimos y organicen la caza!

Ninguno se lo hizo repetir, y guiados por los dos campesinos se lanzaron a toda carrera a través del campo, en dirección a las montañas cercanas.

La misma excitación de la huida, tal vez el ensordecimiento producido por las explosiones, o el que vigilaran su retaguardia, les impidió oír a la patrulla alemana que llegaba a su vez a la carrera, hasta que la tuvieron encima.

Los alemanes, por su parte, venían con el viento de espaldas y

tampoco les oyeron. Ambos grupos se mezclaron en la noche, y más por el instinto que por otra cosa, comprendieron quiénes eran unos y otros. Alguien dio la alarma en alemán, otros lo hicieron en griego, sonaron disparos, y en menos de un minuto se habían enzarzado a ciegas unos y otros en feroz pelea.

McGregor vio emerger ante él dos negras silueta en el momento de oír la primera voz en alemán. A su derecha, Brackett gritó excitado:

—¡Maldición! ¡Alemanes!

Algo estalló en las manos de uno de los que venían contra él, y sintió el candente roce de la bala entre el chaquetón de cuero y la piel del costado. Saltó de lado, agachándose al tiempo que disparaba a su vez. El alemán se paró en seco con un gruñido sordo, y luego se derrumbó. Casi en el acto, vio venírsele encima al otro enemigo. Se tiró en zambullida, esquivando a medias el golpe de fusil, que le dio de refilón en el brazo, entumeciéndoselo, y golpeó a su vez con la metralleta. El teutón le cayó encima, gruñendo algo ininteligible. Así, a ciegas y como estaban, era imposible usar las armas de fuego para disparar. Por otra parte, el instinto primitivo de lucha se había apoderado de los dos hombres. Se enzarzaron pues en una lucha sorda rodando sobre la áspera tierra, golpeándose, mordiéndose, mientras, alrededor, los demás hacían poco más o menos lo mismo. Algún que otro disparo suelto se escapaba, pero la lucha era totalmente cuerpo a cuerpo y sin verse. Sonaban ayes, gritos, maldiciones en tres idiomas, y de vez en cuando, un estertor ronco o un alarido de agonía señalaba que uno de los contendientes había sido liquidado.

El alemán que McGregor tenía encima era robusto, y resultó un difícil enemigo. Sus manos buscaban tenaces la garganta del aviador, mientras éste a su vez le pegaba duro y procuraba escurrirse. Cuando ya casi lo había conseguido, el alemán le golpeó en la cara con el casco. El feroz golpe le partió los labios y le hizo sangrar la nariz, dejándolo atontado. Oyó la sorda exclamación de alegría de su contrario que le atenazó el cuello.

Casi por instinto alzó la mano... tropezando con la empuñadura de un cuchillo. Rápido, tiró de él, y lo hizo girar para colocarlo en adecuada posición. Y luego lo lanzó hacia adelante, con el impulso ciego de sus mermadas energías.

Sintió el cuchillo penetrar en la carne del alemán. Éste emitió un «¡Aagh!» ronco, aflojó la presión de sus manos, y un chorro de aire fresco alivió los agotados pulmones de McGregor. Jadeante, respirando penosamente, empujó al herido y lo derribó, poniéndose él mismo de rodillas. La sangre le brotaba de nariz y labios, llenándole la boca con su gusto acre. Se levantó del todo, tambaleándose. Vio por el rabillo del ojo venir hacia él una sombra, y se dispuso instintivamente a la defensa. Pero la sombra le habló en inglés.

—¿Quién rayos eres tú?

—Soy McGregor —repuso cómo pudo, lleno de alegría. El neozelandés se le acercó de un salto. Blandía un fusil por el cañón.

—¿Cómo va eso, Alan?

—Bien. ¿Y tú?

—Estupendo. ¿Puedes andar? Esto está que arde.

—¿Y Miguel?

—Debe andar por ahí. ¡Vamos contra ellos!

Ambos se lanzaron a la pelea. Ésta continuaba con igual violencia, aunque con muchos menos contendientes. Y una voz se alzó, gritando en griego.

—¡Muchachos, despejad el campo!

—Ya lo oíste, Alan —habló Brackett, quitando de en medio a uno que se les venía encima, mediante un expeditivo culatazo—. A correr tocan.

Sí, aquello era lo más sensato. No podían reconocerse unos a otros en medio de aquella oscuridad, y los alemanes no tardarían en acudir desde todos los lados sobre ellos. McGregor y Brackett avanzaron juntos con rapidez, esquivando cuerpos caídos o tropezando con ellos, rodando por el suelo, levantándose y volviendo a correr. Una de las veces, Alan recogió del suelo un fusil que tocaron sus manos. Y cinco minutos después dejaban muy atrás el lugar de la pelea y las fuerzas alemanas que les perseguían.

Alguien corría delante con pasos inseguros, cuyo ruido les llevaba el viento. Brackett le gritó algo, y el hombre se paró, resultando ser uno de los guías. Estaba herido en la cabeza y un hombro, aunque no muy grave.

—¡Tenemos que alcanzar las colinas! —les jadeó—. ¡Los demás se nos reunirán como puedan!

—¿Están muy lejos esos montes?

—A unos dos kilómetros.

—¡Pues a por ellos!

Es sorprendente el caudal de energías que un hombre puede desarrollar cuando la muerte le pisa los talones. El canadiense lo comprobó esa noche, bien a su placer... Durante un lapso de tiempo que se le antojó insufriblemente largo, corrió y corrió a través del campo, cayendo, tropezando, lastimándose... pero sin detenerse. En alguna parte, entre aquella masa de sombras, estaban sus compañeros... los que quedaran. Por todo alrededor, a distancias imposibles de averiguar, los alemanes, furiosos por su hazaña y ansiosos de capturarlos vivos o muertos, a toda costa.

Al fin, cuando ya sus pulmones parecían a punto de estallar, el sudor le empapaba el cuerpo y sus piernas semejaban de paja, el guía se detuvo, diciendo entre jadeos:

—Estamos... en las... colinas...

Sin hablar, los tres se tiraron al suelo, y allí quedaron jadeando angustiosamente, por unos minutos. Luego, Alan preguntó:

—¿Qué habrá sido de los otros?

—¡Cualquiera lo sabe!

—Los que hayan podido, habrán venido para este lado —dijo el guía—. Ya nos reuniremos... Ahora debemos continuar.

Se levantaron, y siguieron la huida, pero ahora casi al paso, pues su fatiga, el terreno cada vez más quebrado y en cuesta, y la cautela, les impedían correr. Poco después les pareció oír pasos a su izquierda y más abajo.

—Pueden ser de los nuestros...

—¿Cómo saberlo?

—Ahora lo sabremos.

El guía imitó el grito del búho. De un punto no lejano le respondió otro igual, pero con claros acentos humanos.

—Vamos hacia allá...

Poco después se reunían con otros dos guerrilleros, también despeados y lacerados. Los cinco prosiguieron el camino. Los recién llegados nada sabían de sus compañeros pero cuando alcanzaron una altura dominante y volvieron la vista atrás, supieron lo que les esperaba si no se daban prisa.

A lo lejos, veíase el resplandor del incendio del tren, todavía

activo. Y entre él y la base de las colinas, por todo el valle, algo parecido a una danza de luciérnagas.

—Vaya, nos están buscando con todos los medios —comentó Brackett.

Y uno de los griegos le contestó:

—Esperen a que sea de día y verán lo que es bueno.

—¿Habremos escapado nosotros solos?

—No creo. Como sea, hemos de llegar al pie del monte Konaris, donde nace el arroyo Lampion. Es el punto donde debíamos reunirnos en caso de dispersión. Y aún nos quedan tres horas de camino...

Apuntaba el alba, cuando el agotado grupo de fugitivos alcanzó la vertiente sur del monte Konaris. Y en el manantial donde nacía el arroyo, encontraron otros cuatro supervivientes del grupo, dos de ellos heridos. No hacía media hora que llegaron... y nada sabían de los demás.

Mientras unos a otros se restañaban las heridas y contusiones, Alan pensó amargamente en que había perdido la última oportunidad de conquistar al comandante Skouras... y tal vez también había perdido a Irene. Miguel, confiado a su vigilancia, debía de haber sido capturado o muerto por los alemanes. Y él lo había abandonado en el momento crítico. ¿Cómo explicar las cosas al comandante? ¿Querría aceptar alguna explicación?

No apareció ningún nuevo miembro del grupo en la hora siguiente, y ello confirmó los sombríos presentimientos del aviador. Todo estaba perdido... eso si lograba salir vivo de la despiadada caza a que no dudar les iban a dar los alemanes. Casi deseaba que los descubriesen. Al menos, no sufriría la vergüenza de confesar que dejó morir o capturar al hermano de la mujer que amaba sin hacer algo para impedirlo... buscando solo salvar la propia piel...

El grupo reemprendió la marcha antes de la salida del sol, ahora con la alerta cautela de bestias salvajes que se saben perseguidas a muerte. Estaban en un terreno quebrado pero poco boscoso, que si les dejaba al descubierto a veces, también les permitía ver a bastante distancia. Y fue el guía quién descubrió a los dos hombres que avanzaban por lo hondo de un barranco, a su derecha, ocultándose entre los matorrales.

—¡Eh! ¡Ahí van dos que parecen de los nuestros!

Los nueve se pararon, mirando. Y luego, uno confirmó, excitado:

—¡Lo son! ¡Uno es Miguel Skouras!

A McGregor le dio un vuelco el corazón. ¡Miguel estaba vivo!
¡Gracias a Dios!

El guía hizo bocina con las manos, y emitió una llamada montaraz que oyeron los de abajo. Se pararon, mirando hacia ellos, y luego iniciaron el ascenso. Diez minutos después, se reunían todos.

—¡Vaya, muchacho, qué peso me has quitado de encima! —gritó Alan, corriendo hacia Miguel.

El joven sonrió forzosamente. Estaba pálido, y tenía inerte el brazo derecho, y toda aquella parte de la chaqueta llena de sangre, así como arañazos y golpes en la cara.

—¡Hola, Alan! ¡Me alegro de verte! Creí que no nos volveríamos a ver.

—¿Estás herido?

—Un poco.

El poco era un balazo en la parte alta del hombro, y una cuchillada entre las costillas, por fortuna, todo más aparatoso que grave.

—Me dieron primero el tiro y luego la cuchillada —explicó, mientras le vendaban las heridas—. Por poco no lo cuento, a no ser por Candaris, que liquidó al alemán del cuchillo cuando iba a rematarme. Luego, a él le dieron de lleno, cuando escapábamos... Pudo llegar a la base de las colinas, pero allí quedó. Nosotros dos seguimos para acá, nos perdimos, y decidimos salir adelante... Fue un buen fregado el de anoche, ¿eh? Les hemos dado un disgusto gordo a los alemanes.

—Sí —dijo McGregor—. Pero ahora hay que procurar que no nos lo den ellos a nosotros. Ya hemos perdido las dos terceras partes del grupo, incluso al jefe. Ya lo verás.

CAPÍTULO XII

Y no los atraparon. Durante ocho días con sus noches huyeron por las montañas, perseguidos feroz e implacablemente por los ocupantes, con todos los medios de que éstos disponían. Pero unas veces la suerte, otras los naturales del país, que se exponían a la muerte para ayudarles, y otras su mejor conocimiento del terreno, les salvó. Una vez estuvieron cinco horas hacinados en una cueva de la montaña, mientras las patrullas alemanas recorrían los alrededores. Otras, tendidos en el techo de una granja, mientras un pelotón de italianos interrogaba a los dueños, y la lluvia les caía encima en una noche inclemente. Por lo menos veinte veces les faltó poco para ser capturados. Pero consiguieron salir de la zona peligrosa, y llegar a los lugares donde imperaban los guerrilleros, hambrientos, exhaustos, y con las heridas abiertas, e infectadas... pero vivos.

El décimo día después de la voladura del tren alcanzaron un campamento griego. Allí se les atendió lo bastante para que repusiesen sus fuerzas; y luego fueron llevados a dónde estaba el núcleo de la Resistencia en aquellos momentos, en los alrededores de Helicón.

Su hazaña era ya conocida, y también las repercusiones que tuvo. Habían destruido un importantísimo cargamento de material bélico, matando medio centenar de soldados alemanes de la escolta del tren, y la patrulla que tropezó con ellos, destruyendo la vía férrea y entorpeciendo el tráfico... pero sobre todo, abofeteando audazmente a las fuerzas ocupantes con la temeraria operación. Y éstas habían reaccionado violentamente, lanzándose a una ofensiva general contra los guerrilleros de aquella zona.

—Ha habido que evacuarla a toda prisa, y aun así, hemos tenido bastantes bajas —les comunicó el jefe del grupo que les cuidó y curó—. Hicisteis una buena labor, pero habéis calentado la olla al

máximo, y ahora hierve que es un gusto.

Llegaron al campamento general al amanecer. Por lo menos un millar de guerrilleros se había concentrado allí, y también estaban varios de los principales jefes. Ellos, incluido el comandante Skouras, salieron a darles la bienvenida y a felicitarles por su hazaña. Pero a McGregor no le pasó por alto la sombría expresión del comandante, y esto le llenó el corazón de negros presentimientos.

Miguel también lo notó, y apenas les dejaron solos, preguntó a su tío ansiosamente:

—Tú tienes alguna mala noticia, tío Alejandro. ¿Qué ha pasado?

El comandante les miró alternativamente, con ojos sombríos. A Alan le parecía ahora mucho más viejo. Y sólo una cosa podía ponerle así...

—Cierto, Miguel. Ha ocurrido lo peor que podía pasar.

El muchacho se puso intensamente pálido. Y McGregor tuvo la impresión de que se le helaba la sangre en el cuerpo.

—¿Irene...? ¿Le ha pasado algo a mi hermana?

—La han capturado los alemanes.

Alan se sorprendió respirando con alivio. Prisionera... Muy malo, ciertamente; pero aún estaba viva... y eso era lo principal.

—¿Cómo la apresaron? —inquirió roncamente.

Y el comandante se volvió a mirarlo, como si entonces se diese cuenta de su presencia.

—Ocurrió hace cuatro días. Alguien nos traicionó, o se descuidaron las precauciones... Lo cierto es que los alemanes rodearon el refugio donde teníamos los heridos, antes de que la guardia se apercibiese. Se intentó resistir, pero fue inútil...

—¿Cómo sabe que fue capturada, y no muerta?

—Ella, con otras nueve mujeres; hermanas, madres y esposas de mis hombres, que estaban actuando de enfermeras, fueron vistas cuando las llevaban a Koritza. Eran más mujeres, pero las otras debieron parecer en la refriega... Irene no parecía herida cuando la vieron.

Miguel abatió la cabeza con desaliento. El canadiense, por su parte, estaba ahora poseído de una extraña fiebre.

—¿Y qué hicieron para rescatarlas? —inquirió.

—Nada podía hacerse. Estaban bien custodiadas, y los alemanes

eran muchos.

—Y ahora ella está presa en Koritza. Tal vez torturándola...

Miguel gimió. El comandante pareció rehacerse e irguió la cabeza, mirando hosco a McGregor.

—¿Cree usted que me agrada esa idea, o que no pensé en ello? Quiero a Irene como si fuese a mi hija, bien lo sabe.

—Pero no movió un dedo para ir a salvarla.

—¡Está diciendo tonterías, teniente! Soy un militar, no un loco. Tengo el mando de estos hombres para luchar por mi patria, no para sacrificarlos inútilmente en pro de intereses personales.

—También yo soy militar, comandante Skouras. Y también amo a Irene —repuso violentamente Alan—. Y no pienso dejar que la torturen o la envíen a un campo de concentración sin hacer nada para evitarlo.

Por un instante, los dos hombres se miraron de hito en hito, hoscamente, mientras Miguel, Brackett, y otros jefes que oyeron sus últimas palabras y notaron la tensión, les contemplaban expectantes.

Luego, Skouras cambió de expresión, y habló despacio.

—Comprendo su estado de ánimo, McGregor. Creo que está sinceramente enamorado de Irene... pero créame, nada se puede hacer. En Koritza hay un regimiento alemán y otras tropas. Casi cuatro mil hombres. No podemos atacar la ciudad. Y aunque lo hiciéramos... de nada serviría...

—Ya lo sé. Y no me refería a eso cuando dije que pensaba hacer algo.

—¿A qué, pues?

—Donde mil son pocos, media docena tal vez sean bastantes. Deme cuatro de sus hombres, y yo veré lo que consigo.

Brackett se adelantó sonriendo.

—Me figuro que yo seré el sexto, ¿eh, Alan?

—Contaba contigo.

—¡Yo iré también! —estalló Miguel, excitado—. ¡Tienes razón, no vamos a cruzarnos de brazos!

—Tú te quedarás aquí, Miguel. No puedes venir, estando herido.

—¿Cómo que no? Esto no es nada y ella es mi hermana, ¿verdad? No irás a creer que voy a quedarme aquí, mientras vosotros os jugáis la vida por salvarla...

—Alan tiene razón, muchacho —terció Brackett—. Con el ala estropeada y ese ojal en el cuerpo, no nos servirías más que de estorbo, y serías un peligro. Sospecharían de ti enseguida...

Pero Miguel no era tan fácil de convencer; costó no poco conseguirlo, y si accedió a quedarse, fue a regañadientes. El comandante, visiblemente emocionado, interpeló al canadiense:

—¿Qué plan es el suyo, McGregor?

—No tengo ninguno, excepto meterme en Koritza, vestido de montañés o lo que sea. Una vez allí, ya veré sobre el terreno lo que más conviene.

—¡Hum! Es una locura... pero a veces las locuras tienen éxito, y ojalá Dios se lo conceda, muchacho. Voy a buscarle yo mismo cuatro hombres excepcionales.

Le costó poco encontrar voluntarios entre sus hombres, pues quién mas quién menos, había recibido algún favor o había sido curado alguna vez por su sobrina. Escogió cuatro buenos mozos, dos de ellos oriundos de la comarca de Koritza y se los llevó a Alan, que, con Brackett y Miguel, estaban formando y desechando un plan de acción tras otro.

—Aquí tiene sus compañeros, McGregor, Juan Botzaris, Konstantin Papanopoulos, Basilio Gonatas y Spiros Kalamai. Juan y Spiros conocen Koritza y sus alrededores como la palma de la mano.

Tras saludarse, los seis hombres comenzaron febrilmente los preparativos de marcha, pues al aviador se le hacía insoportable el tiempo perdido. Con todo, les fue preciso a él y Clark concederse algún descanso.

—Vamos Alan, es mejor que durmamos un poco y comamos algo, antes de volver a ponernos en campaña —le dijo el neozelandés—. Si no, de poco vamos a servir.

Comprendiendo que su camarada tenía razón, McGregor comió, y luego se tendió a dormir, aunque maldito si pudo hacerlo, obsesionado por el pensamiento de Irene prisionera y sujeta quien sabía a qué violencias y torturas.

Al anochecer, el grupo se preparó para marchar. Muchos acudieron a desearles suerte. Miguel, cuando estrechaba la diestra del canadiense, manifestó, con lágrimas en los ojos:

—Salva a mi hermana, Alan, y te deberé su vida.

Pero fue el comandante quien llegó más hondo en el corazón del

teniente, al decir:

—McGregor, los dos la queremos; yo como si fuese mi hija... tú como mujer. Si consigues, y Dios te ayude, sacarla de Koritza sana y salva, no me opondré a vuestro amor... porque la habrás ganado limpiamente.

Emocionado a su pesar, Alan miró recto a los ojos de Skouras.

—Señor, puede estar seguro de que la salvaré... o moriré intentándolo.

—Y yo también, por supuesto —terció Brackett, riendo—. Andando, Romeo. Ya estoy ansioso por conocer a tu Julieta.

CAPÍTULO XIII

Tres días más tarde, los seis hombres llegaban a una pequeña granja cercana a Koritza, propiedad de un primo de Botzaris. El hombre se asustó bastante al verle, pero tanto él como su esposa y sus suegros mostráronse dispuestos a ayudarles en lo posible. Por lo pronto, les prepararon alojamiento en el amplio desván de la granja.

—Aquí podréis estar relativamente seguros —dijo su primo— por tres o cuatro días. El enemigo tiene demasiadas fuerzas en la ciudad y sus alrededores para que los patriotas de la montaña se atrevan a llegar hasta aquí. Si vinieran patrullas, las veríamos llegar con tiempo suficiente, y disponemos de un buen escondrijo. Aquella parte de la bodega que tapamos ¿recuerdas? Bueno, pues abrí una trampa debajo de la mesa del comedor. Allí guardamos la comida que podemos ocultar a sus requisas. Aunque justos, cabréis bien... y no os encontrarán, que es lo importante.

—Tenemos que ir a Koritza, amigo —declaró McGregor.

Y toda la familia se sobresaltó.

—¡Eso es una locura! —exclamó el primo de Botzaris—. Los alemanes e italianos están furiosos por esas últimas hazañas, y no dejan pasar a nadie sin revisarle bien los documentos. Además, tienen intérpretes... traidores griegos, que descubrirían a ustedes dos enseguida. Y eso sería la muerte. Cincuenta guerrilleros llevan fusilados esta semana, de los que cogieron últimamente prisioneros.

—¿Sabe algo de las mujeres?

—¿Las que estaban en la montaña? Se dice que están interrogándolas duro, y van a fusilarlas también, o a mandarlas a Alemania.

El canadiense apretó los puños con rabia; Brackett, comprendiendo su estado de ánimo, le puso una mano sobre el hombro.

—Calma, Alan. Comprendo que es duro para ti, pero así es la guerra... Creo que convendría fuesen un par de nuestros amigos griegos a echar una ojeada a la ciudad, y ver qué puede hacerse... A ellos les será más fácil pasar inadvertidos.

—Lo mejor sería que todos os afeitaseis —aconsejó el granjero—. Esas barbas son peligrosas. Y también habéis de cortaros el pelo. Luego, tú, Juan, y Spiros, podéis llegaros a la ciudad. Pero nada de armas. Cachean a todo el mundo. Yo os dejaré ropas mías...

Así se hizo, y un par de horas más tarde, los dos griegos partieron hacia Koritza con los primeros rayos solares, mientras los demás quedaban esperándolos impacientes.

Regresaron al mediodía, y no podían traer noticias peores. La ciudad estaba llena de tropas alemanas e italianas, que la tenían convertida en un campamento militar.

—Hay lo menos cinco mil, y parece ser que están preparando una ofensiva contra los guerrilleros —declaró Botzaris—. Nos cachearon y abrumaron a preguntas, pero tuvimos suerte y conseguimos pasar, gracias a la documentación que llevábamos preparada. Bueno, visitamos a varios amigos y parientes de toda confianza, y averiguamos algo. Tienen a las mujeres en lo que era matadero, con una guardia fortísima. La hemos visto. Allí no hay quien pase. Y las están sometiendo a continuos interrogatorios para que declaren la composición y movimientos de las guerrillas, sus escondites, etcétera. Es mala cosa, pues alguna no lo podrá aguantar... A los hombres los tienen en el cuartel, y no pasa día sin que fusilen unos cuantos.

—Pues hemos de hacer algo, y pronto —dijo McGregor—. No hemos llegado hasta aquí para volvernos tranquilamente.

Pero por muchas vueltas que dieron a la cuestión, no hallaron un plan factible, ni siquiera una idea aprovechable en la práctica.

Al cabo de dos horas de discutir y barajar planes, el dueño de la granja indicó una posible solución...

—Sófocles Esfandiaris, el ventero, está en relación con los patriotas del monte, y es su enlace con los de la ciudad. Tal vez por medio de él se podría lograr algo...

—¿Es en la ciudad?

—No —repuso Botzaris—. Tiene la venta a una hora de aquí, junto a la carretera, en el cruce de la que va a Lampsaka. Le

conozco; es hombre entero y de agallas, a más de listo. Si alguien puede ayudarnos, es él.

—Pues entonces, vamos.

—¿Ahora? Es demasiado peligroso.

—Es posible. Pero siempre tendremos peligro. De día, no les cabrá en la imaginación a nadie que seamos otra cosa que campesinos. Y es preciso correr el albur. Usted dijo que por los alrededores de la ciudad hay poca vigilancia durante el día.

—Sí, pero...

No hubo forma de convencer al canadiense. La idea de que ahora mismo, Irene podía estar sufriendo torturas, casi le enloquecía. Cualquier cosa era preferible a la inacción. Y así, salieron de la granja por parejas, llevando al hombro herramientas agrícolas.

Botzaris y McGregor marcharon juntos. Eran las tres y media de la tarde, y lucía un fuerte sol. El valle y las montañas que lo rodeaban parecían llenos de luz y paz. La ciudad de Koritza apiñaba la blancor de sus edificios contra la falda de una colina. Viñedos y almendros, algarrobos y trigales casi maduros, olivares y yermos, alternaban. Veíanse pocos campesinos, y éstos detenían sus trabajos para verlos pasar, con gesto receloso. Más, por fortuna, no distinguieron patrullas alemanas o italianas.

—De día andan por la carretera, principalmente —expuso Botzaris— o están en las montañas. Esto lo consideran «pacificado».

Siguiendo sendas entre los campos cultivados que Botzaris conocía bien, y que zigzagueaban demasiado para el gusto de Alan, avanzaron sin tropiezos. Luego, Botzaris indicó:

—Ahora viene lo peor. Ocurra lo que ocurra, usted es mudo.

—¿Qué va a pasar?

—Tenemos que entrar en la carretera, y seguramente tropezaremos con alguna patrulla. Tenga preparada la documentación.

Antes de partir, se les había provisto de documentación hábilmente falsificada, allá en el campamento. Ahora iba a ser puesta a prueba...

Aún no habían andado cincuenta pasos por la polvorienta carretera, cuando dobló la próxima curva una pareja de soldados. Botzaris suspiró.

—Afortunadamente, son italianos. Hoy les toca servicio, los alemanes son más meticulosos. Tenemos suerte.

Los dos soldados se pararon al verles, apuntándoles con sus armas. Todo en su actitud indicaba desconfianza. Botzaris murmuró en voz baja:

—¡No se pare! ¡Siga con naturalidad!

Así lo hizo Alan, con todos los nervios tensos. Sujeta con un cordel a la pierna izquierda, bajo la rodilla, llevaba una «Luger» alemana y dos cargadores escondidos en las cañas de las botas del ejército griego. Botzaris iba armado también. Si no los cacheaban detenidamente...

—¡Alto! ¡Manos altas! —Chapurreó uno de los italianos, en pésimo griego—. ¿Dónde ir vosotros?

Botzaris avanzó dos pasos con gesto servil.

—Somos gente pacífica, sargento... «signori...», jornaleros del campo... Ahora vamos a tomar un vaso de vino a casa de Sófocles, antes de seguir el trabajo...

—¡A ver los papeles!

Los entregaron y el soldado les echó una ojeada, mientras su compañero les cubría. Enseguida se los devolvió.

—¡Hum! Vosotros dos habéis debido combatir en el ejército ¿verdad? Si no sois malditos guerrilleros. ¡Levantad los brazos, que os cachee! ¡Ojo con ellos, Luigi!

Mientras lo hacía con McGregor, miró desconfiado su boca.

—¿Qué te ha pasado a ti?

Muy en su papel, Alan emitió unos gruñidos guturales.

Y Botzaris acudió en su ayuda enseguida.

—Lano es mudo, sargento... Una explosión de granada en el frente lo dejó así... Lo de la boca se lo hizo el otro día un alemán, que creyó no quería contestarle...

Aquello pareció impresionar al soldado.

—¿Conque una granada? Bueno, después de todo... un soldado es un soldado. Andando, podéis iros.

Hasta que no doblaron el recodo no respiraron.

—Bien, parece que la suerte nos acompaña —comentó Alan.

—Sí, pudimos engañarles. Y nuestros compañeros aprovecharon la oportunidad. Ya estarán cerca de la venta.

Llegaron a ella sin novedad. Era un caserón destartalado, con

una parra ante la puerta, toda polvorienta, poyos a los lados, un abrevadero y un corral. Un hombre de cara ancha, cetrina, adornada con hermosos bigote negros, y en mangas de camisa, les miraba venir desde la puerta. Y cuando se acercaron, saludó a Botzaris.

—Me alegro de verte, Juan. Sois unos locos. Pasad pronto.

En la sala no había nadie. Una mujer de media edad limpiaba algo en un rincón, y se volvió a mirarles, curiosa, sonriendo a Botzaris.

—Vuestros amigos están en la cocina —indicó el ventero.

—Éste es el teniente McGregor, aviador canadiense, Sófocles.

—Me alegra conocerle. Pero me alegraría más que todos estuviéseis a cien kilómetros. ¿Cómo se os ha ocurrido venir en pleno día?

Pasaron a la cocina, donde ya estaban reunidos los otros guerrilleros, junto con dos hombres más. Alan miró a éstos con recelo, y el ventero se lo dispó.

—Son de confianza. Podéis hablar. ¿Qué os trae por aquí?

En pocas palabras, Botzaris se lo dijo. Y el hombre meneó la cabeza.

—Pues lo siento, pero no veo medio de hacer nada... Las mujeres están incomunicadas, y nadie puede acercárseles... Es demasiado peligroso...

—Tiene que haber...

Alguien entró corriendo en la sala. Todos se volvieron alarmados. Un muchacho como de catorce años apareció jadeante.

—Viene un automóvil con escolta de motoristas —anunció— por la parte de...

—Éste es mi hijo —presentó el tabernero—. Por si acaso, ustedes dos suban al piso. Él les esconderá. Los otros, salgan a la sala, que no sospechen.

Rápidamente se disolvió la reunión. El muchacho guió a Alan y Clark al piso alto, y por un pasillo a un cuarto pequeño y oscuro, lleno de trastos.

—¡Métanse ahí! Si hay peligro, subiré a avisarles. Entonces, levanten esa trampa del piso, y métense cerrando bien.

Marchó, dejándolos encerrados.

—¡Vaya, está visto que no podemos tener un rato de paz! —

murmuró Brackett, jovial—. Menos mal que pasarán de largo...

No pasaron. Tratábase de un automóvil escoltado por dos motoristas alemanes, y justo un poco antes de llegar a la ventase pinchó una de las ruedas del primero, obligando al chofer a frenar. El coche patinó, hizo un brusco viraje y metió el morro en la cuneta, no pasando la cosa a mayores por milagro. Pasaron los motoristas, virando para acudir en ayuda de los ocupantes, y el ventero salió también.

Del automóvil se apearon dos oficiales alemanes, un suboficial y el conductor. El de más graduación de los primeros comenzó a increpar al chofer, que aguantó en posición de firmes el chaparrón, mientras el otro, más joven, y el suboficial, examinaban la avería. Luego, el oficial más joven dijo algo a su superior, que si calmó la filípica al chofer, no así su mal humor.

El ventero se acercó en aquellos instantes, siendo contenido por los motoristas. El joven oficial se le aproximó, mirándolo de arriba abajo y le preguntó en chapurreado griego:

—¿Está muy lejos Koritza?

—A unos siete kilómetros, señor.

Traducida su réplica al de mayor graduación, un comandante, éste soltó un rotundo taco en su idioma. El chofer ya estaba examinando la avería, y se acercó a sus superiores con cara inexpresiva.

—*Herr Kapitän*, la rueda está totalmente estropeada; es preciso cambiarla, y antes hay que sacar el coche.

—¿Cuánto tiempo?

—Quizá veinte minutos...

El capitán se acercó al ventero.

—¿Tienes un sitio decente dónde esperar?

El griego no vaciló. Sabía lo que la más leve vacilación podía significar.

—Nada digno de ustedes, señor capitán... Mi posada es pobre... Pero puedo ofrecerles una silla y un vaso de vino...

—Sea por la silla y el vino —el capitán cambió unas frases con su jefe, y ordenó al suboficial—: *Herr Kumpfel*, quédese aquí, y avísenos cuando esté arreglada la avería.

Luego ambos oficiales se dirigieron a la venta, precedidos por su dueño.

Los cuatro guerrilleros y los dos campesinos, habían esperado con todos los sentidos en tensión. Ahora fingían beber por parejas en las mesas, servidos por el hijo de Sófocles. Al entrar los oficiales alemanes les miraron de reojo; y éstos, a su vez, con una mezcla de desdén y recelo.

—¿Qué hace esta gente aquí? —inquirió el comandante.

—Son campesinos de la vecindad. Como hace calor, vienen a echar un trago...

—Su puesto está en el trabajo. Y ahora mismo van a trabajar. Ayudarán a sacar el automóvil. ¡Herr Kumpf!

Fuera sonaron pesados pasos apresurados, y llegó el suboficial, que se cuadró mirando a los supuestos campesinos.

—¡A la orden!

—¡Llévese a esos hombres, y hágalos trabajar! ¡El coche tiene que estar listo para seguir camino cuanto antes!

El suboficial dio una orden desde la puerta, que atrajo a los dos motoristas, metralletas en mano. Y sin más explicaciones, los seis hombres fueron obligados a salir a la carretera.

—Y ahora, tú, danos lo mejor que tengas para beber... si es que tienes algo que valga la pena. No aquí. ¿No tienes una habitación decente y cómoda?

—Una arriba, que uso para la gente de calidad... Mi hijo les llevará, mientras yo preparo la bebida, señores.

—Está bien. Guíanos, muchacho. Y trae pronto ese vino. ¡Mira que ir a pinchar ahora, con la prisa que tengo!

CAPÍTULO XIV

En el interior del cuartucho, McGregor y Brackett aguardaban impacientes y preocupados por la larga demora. Habían oído vagamente el patinazo del coche, y no sabiendo a qué obedecía, estaban sobre ascuas.

—¿Qué crees que pasará?

—No lo sé. Y no me gusta estar aquí, como ratón en jaula...

Al fin, oyeron pisadas en la escalera y las voces de los alemanes. Entonces se prepararon para escapar.

Pero las voces y pasos se perdieron al cerrarse una puerta, y al poco, oyeron los ligeros del hijo de Sófocles.

El muchacho se detuvo junto a la puerta, y habló rápido, notificándoles lo ocurrido y pidiéndoles paciencia. Luego se alejó.

—Dos oficiales alemanes... —murmuró Alan.

—Y seis en total...

—No son de la guarnición de Koritza...

—Que me fusilen si tú no estás pensando lo mismo que yo...

—Podríamos dominarlos por sorpresa...

—Y presentarnos en la ciudad como flamantes oficiales alemanes...

—Es muy arriesgado... Ninguno de los dos hablamos alemán...

—Yo lo chapurreo decentemente... Aprendí en el campo... Podríamos intentarlo.

—También yo sé algo. ¿Crees que hay alguna probabilidad?

—Una entre cien. Ya es suficiente.

—Sí, tienes razón. Vamos allá.

Rápidos, extrajeron las pistolas, y abrieron suavemente la puerta.

El pasillo estaba vacío.

—Deben estar en una de esas habitaciones...

—¿Cómo atacamos?

—Por sorpresa. Esperarán al ventero con el vino, y no a nosotros.

—Pues no perdamos tiempo. Manos a la obra.

Llegaron junto a la cerrada puerta de la habitación donde esperaban los alemanes, oyendo sus voces a través de ella. Alan tomó el picaporte con la izquierda, mientras Brackett llamaba, y una voz gutural les contestó en griego:

—¡Entra!

Rápido, el canadiense abrió la puerta, y se plantó en el umbral.

—Si son ustedes sensatos, no se moverán ni gritarán —dijo en pésimo alemán.

La estancia era pequeña. Los dos oficiales estaban parados junto a la mesa que había en su centro; el comandante daba cara a la puerta. El hombre pareció encogerse mientras un gesto mezcla de sorpresa y rabia descomponía su rostro. Y llevó la mano a la pistolera.

—¡Levante esas manos, o lo abraso!

La orden no admitía réplica. El comandante obedeció, con la cara purpúrea, mirando a los recién aparecidos con ojos asesinos. Por su parte, el oficial que estaba de espaldas, ni se volvió, limitándose a alzar despacio las manos.

Brackett se adelantó, tras cerrar la puerta a su espalda.

—Imite la sensatez de su compañero, comandante, y salvará la piel —sugirió, mientras abría la pistolera del capitán y le desarmaba.

—¡Malditos bandidos! Si creen que van a salir con la suya...

—No son bandidos, comandante. Al menos, uno de ellos.

El capitán había hablado en correcto inglés, y su voz hizo estremecer a Alan, que le miró con asombro. Los otros dos ocupantes del cuarto también quedaron sorprendidos.

El alemán se volvió despacio. En su rostro agradable, rasurado, y sus ojos azul-gris brillaba una leve sonrisa.

—Hola, Alan. No esperaba tener este placer... —dijo, mirando al sorprendido McGregor.

Éste a su vez, repuso despacio:

—Ni yo tampoco, Rudolf. Confieso que eres la última persona a

quién esperaba ver...

—¿Qué significa esto, capitán? —El inglés del comandante era algo mejor que su griego—. ¿Quiénes son estos hombres?

—Ese que le apunta, no lo sé; este que lo hace conmigo se llama Alan McGregor, y es canadiense. Lo que hacen aquí ahora, lo ignoro.

—Yo me presentaré —declaró Brackett—. Capitán Clark Brackett, de la artillería neozelandesa y ahora fugado de uno de sus excelentes campos de prisioneros. No se mueva, comandante, mientras le aligero de peso.

Mientras tal hacía ante la silenciosa rabia del comandante, el capitán alemán interpeló al teniente:

—¿También tú escapaste de algún campo? No he visto tu nombre en las listas de prisioneros... aunque sí recuerdo el del capitán Brackett... al que suponíamos con los guerrilleros.

—No, yo no escapé. Soy aviador. Averiaron mi aparato, y tuve que descender en paracaídas...

—Hace seis semanas, en un valle al nordeste de aquí. Capturamos a tus camaradas. Ahora recuerdo.

—¿Qué fue de ellos?

—Uno murió de sus heridas. Los otros están camino de Alemania. ¿Cómo escapaste?

—Los guerrilleros me salvaron.

—Y ahora vais hacia la costa, a ver si conseguís huir... Bueno, siempre pensé que volveríamos a vernos algún día... aunque no imaginaba que en estas circunstancias. ¿Debo seguir con las manos altas?

—No es preciso, si me das tu palabra de no intentar nada.

—La tienes. No soy loco, y te conozco.

El comandante terció:

—¿De qué conoce a ese hombre, capitán Von Drenfeld?

—Somos viejos amigos, mi comandante. Le conocí hace años, en Canadá. Incluso estudiamos juntos una temporada...

—Basta de charla —intervino Brackett—. Ya que parece ser estamos entre amigos, dile al capitán lo que deseamos.

—Voy a hacerte una proposición, Rudolf. Si tú nos ayudas en una cosa, te garantizamos tu vida, la del comandante y la de tus subordinados.

—¿De qué se trata?

—Necesitamos que nos acompañes a Koritza.

El capitán les miró con suspicacia...

—¿A Koritza? ¿Para qué?

—Te lo diremos por el camino. Elige. O nos ayudas, o nos veremos obligados a quitar de en medio al comandante y a esos soldados.

—Y a mí...

—Sí... también.

—¿No puedes decirme de qué se trata?

—No. Sólo darte mi palabra de que no intentamos nada contra tus compañeros. Se trata de rescatar un preso. Piénsalo. Son vuestras vidas por la de él...

—Nos tienen en sus manos. Y si usted fía en su palabra...

—Sí fío. Aceptado... pero con una condición.

—¿Cuál?

—No respondo más que de mí. Y exijo que se nos deje libres si salís con la vuestra.

—Concedido. Ahora, vamos a empezar. Brackett, ata al comandante.

Rápidamente, y usando para ello el mantel hecho trizas. Brackett convirtió al comandante en un paquete, amordazándolo con una tira de tela.

—Es un poco incómodo, amigo, pero peor se está muerto —le dijo, a guisa de consuelo cuando terminó su labor, dejándolo bien amarrado a una silla.

Alan se dirigió a Von Drenfeld.

—Vamos abajo.

—Supongo que quieres que te sirva de señuelo para capturar a mis hombres...

—Así es. Me alegra que te muestres tan sensato.

—No puedo olvidar que una vez me salvaste la vida, y ahora vuelve a estar en tus manos...

En la sala, estaban Sófocles, su mujer e hijo, los tres puro nervios. El muchacho había oído lo que pasaba dentro del cuarto, y vio abierta la puerta del otro al subir con el vino, y bajó corriendo a advertir a sus padres. Ninguno de los tres osó decir nada mientras los dos camaradas y el alemán bajaban la escalera y atravesaban la

sala.

—Llama a tu suboficial desde la puerta.

Von Drenfeld obedeció. Y el suboficial vino a toda prisa... para pararse en seco ante las pistolas que le apuntaban, mirando alternativamente a él y a su jefe.

—¡No se mueva, amigo!

—Obedezca, Kumpfel.

Brackett se puso rápido a su espalda, y lo envió a dormir con un expeditivo golpe. Entre él y el ventero lo arrastraron a un rincón y lo despojaron rápidamente del uniforme y las botas. El muchacho miró desde la puerta.

—Están terminando de poner la rueda...

—Di a tus hombres que dejen venir a los griegos.

—¿Son guerrilleros?

—Sí.

—Vaya... Ha sido una buena trampa, lo reconozco... Y creí casual el pinchazo.

—Lo era. Todo casualidad pura, Rudolf, aunque no lo creas. Da esa orden.

Un minuto después, los seis griegos estaban mirándolos, estupefactos. McGregor ordenó, rápido.

—Tenemos que capturar a los tres de ahí fuera. Estad preparados. ¿Alguno de vosotros sabe conducir una motocicleta?

Botzaris sabía. Y Papanopoulos dijo que había conducido mucho en bicicleta, y podría atreverse.

—Bueno, pues vosotros dos os vestiréis los uniformes de los motoristas.

—¡Ya viene el chofer!

El chofer siguió la misma suerte del suboficial. Y los dos motoristas, cogidos de sorpresa cuando estaban encendiendo unos cigarrillos, ni tiempo ni deseos tuvieron de oponer resistencia al verse encañonados por media docena de armas. Poco después, todos estaban amarrados y en paños menores en compañía del comandante, con dos guardias de vista. Y Alan, Brackett, Botzaris y Papanopoulos, vestidos con sus uniformes, se disponían a emprender la arriesgada intentona.

Al subir al coche, que arrancó inmediatamente, McGregor señaló el banderín que llevaba sobre el motor.

—¿Pertenece al Estado Mayor?

—Estoy agregado a él. El comandante es de la Gestapo.

—¿Y a qué ibais a Koritza?

—A interrogar algunos prisioneros. A propósito. ¿A quién intentáis rescatar? Te anticipo que tu suicida plan no será fácil.

—Ya lo sé. Pero lo llevaré a cabo, cueste lo que cueste. Y te aconsejo que no me obligues a disparar contra ti, Rudolf; lo sentiría.

—También yo. Deberte la vida para morir a tus manos, sería una paradoja, ¿no crees?

—No perdiste el sentido del humor...

—Ni tú la audacia... Bueno, ¿quieres decirme de una vez a quién he de ayudarte a rescatar?

—A una muchacha.

—¿Irene Skouras? —preguntó Rudolf, interesado.

—¿Cómo lo sabes?

—Sólo había una muchacha entre las prisioneras capturadas el otro día. Las demás son de cierta edad. Y su nombre lo descubrimos ayer. Precisamente íbamos a interrogarla ahora, para descubrir el paradero de su tío.

—Rudolf, si la habéis torturado... —masculló Alan.

—No somos salvajes. Al menos... no lo somos la gran mayoría de los alemanes.

—Sabes bien que no me refería a ti. Pero amo a esa muchacha, y si hay algo que pueda hacer un hombre para arrebatárosla, lo haré.

—Siempre tan impulsivo cuando una cosa te interesa de veras... Bueno, tal vez lo consigas. No conozco a esa muchacha, pero debe ser muy linda... ¿Cuál es tu plan?

—Dices que viniste para interrogarla ¿no? Pues vamos a sacarla de donde la tengan. Dirás que la solicita el Estado Mayor. Y recuerda. Mi vida no me importa... ni ninguna tampoco, si pierdo a Irene.

—No necesitas repetírmelo. Bien, estoy en tus manos. Si no es más que eso lo que te propones... creo que el Mando sabrá comprender mis razones para dejarte salir con la tuya. Ya estamos en Koritza. Ahora, pide que vuestra increíble suerte os dure una hora más.

Así era, llegaban a Koritza. Trincheras y parapetos flanqueaban la carretera, y un nutrido pelotón de italianos hacía guardia. De la

misma nacionalidad eran los soldados que hallaron en la carretera. Y ahora, Von Drenfeld comentó:

—Sí, evidentemente tenéis suerte. Hoy les toca servicio a los italianos.

—¿Qué quieres decir?

—Los servicios se alternan, un día nosotros, y otro ellos, en las ciudades donde hay tropas de ambas naciones. Así, hoy son italianas las guardias, patrullas, etc., de la ciudad. Y eso os facilitará la tarea.

Un oficial italiano se acercó al coche cuando éste frenó y saludóles, chapurreando una pregunta en francés.

Con correcta frialdad, Von Drenfeld le contestó:

—Misión del Estado Mayor. Tenemos prisa. Vamos.

El oficial se mordió los labios, volvió a hacer un rígido saludo y se apartó, mientras el coche reanudaba la marcha. Alan esbozó una sonrisa irónica, diciendo con sorna:

—Parece que no te son simpáticos tus aliados...

—Siempre fuiste buen observador.

—Y tú a ese teniente tampoco. Creo que no os lleváis muy cordialmente... y me parece presumir la causa.

—Te la diré para ahorrarte trabajo. Los italianos están haciendo la guerra a disgusto, y hasta la fecha, más nos han servido de estorbos que de ayuda. Si en vez de estar ganando la guerra, como estamos, fuese al contrario, no vacilarían en abandonarnos, haciendo algo parecido a su jugada de la otra guerra. Como lo sabemos, no debe extrañarte nuestra actitud.

McGregor sabía eso, y otras cosas, pero juzgó prudente callar. Además, su atención se concentró en algo de más urgencia e interés para él. Estaban entrando en Koritz, metiéndose literalmente en la trampa. Durante los próximos minutos, sus vidas penderían de un hilo, y todo sería cuestión de puro azar.

El auto y las motos aminoraron la marcha. Los dos griegos se habían calado los cascos hasta los ojos, y a ambos les venía grande el uniforme. Sus ojos recelosos miraban a los soldados enemigos, las bocas de calle y los portales, temiendo ver surgir lo inesperado a cada instante. Brackett conducía con aplomo, la gorra sobre los ojos, y silbando entre dientes «Lili Marleen». El canadiense, a su vez, estaba pendiente de Von Drenfeld, que parecía incluso

divertido con la situación.

Las casas mostraban claras huellas de las luchas habidas alrededor de la ciudad durante el otoño de 1940 y la primavera del 41. Ruinas, semirruínas, escombros... pero las calles estaban limpias de obstáculos, aunque eran estrechas y retorcidas. Y en ellas veíanse casi tantos soldados ocupantes de ambas nacionalidades como paisanos... y muy pocas mujeres.

Los griegos miraban con hosca curiosidad al automóvil; los italianos, con indiferencia; los alemanes se cuadraban al ver el banderín, y algunos oficiales miraban curiosos.

—Tenemos que averiguar dónde están las mujeres —dijo McGregor.

—Juan, sabe dónde es —repuso Brackett.

Botzaris estaba, en efecto, guiándolos al matadero, pero buscando las calles extremas. Sagazmente, comprendía que el mayor peligro para ellos estaba en el centro, donde los ocupantes tenían sus oficinas y lugares de reunión. Poco después, arrimó la moto al coche, y señaló con un gesto a Brackett un edificio bajo y recio, que se alzaba en las afueras, al otro lado de una plaza pequeña. Brackett entendió.

—Ahí está el sitio.

Alan sacó la pistola del capitán, le quitó el cargador, vaciándolo rápido, y se la entregó.

—Toma. Podrían darse cuenta de que vas desarmado.

—No olvidas detalle, ¿eh?

—No. Y tú no olvides que, en caso de fallar nuestro plan, el primer muerto serías tú, y lo sentiría. Brackett, para ante la puerta... y que Dios nos ayude.

CAPÍTULO XV

La guardia exterior del matadero —una docena de soldados italianos— formó rápida al ver acercarse el coche. Y un teniente salió, mientras Brackett saltaba fuera y abría la portezuela... con la otra mano sobre la culata de la pistola.

Von Drenfeld salió calmosamente, y McGregor tras él. El teniente italiano, un individuo alto, moreno, de ademanes nerviosos, saludó, siendo correspondido.

—Recibimos noticias de su llegada, señores... —dijo en francés — y ya estábamos preocupados por su tardanza.

—Pinchamos en la carretera —repuso Von Drenfeld—. ¿Están esperándonos?

—Sí, señor. Vengan.

Les guió a través de un patio hasta una pequeña oficina, donde había un capitán italiano y un sargento de la misma nacionalidad. En el camino, los dos anglosajones observaron que en los tejados había puestos de ametralladoras. Ya antes de entrar vieron también centinelas en las esquinas del edificio. Y en el patio, ante una puerta cerrada, montaban guardia dos soldados con metralletas. Sí, estaban bien guardadas... y mucha sería su suerte si conseguían sacar a Irene.

Los italianos se pusieron en pie y saludaron, al verles entrar. Rudolf declaró:

—Soy el capitán Von Drenfeld, del Estado Mayor. Les fue anunciada mi visita.

—Se nos dijo que vendrían dos oficiales para interrogar a las prisioneras —repuso el capitán italiano, aguantándole la mirada luego a McGregor y Brackett, tiesos y silenciosos a los lados y un poco detrás del alemán.

Este repuso, en igual tono seco:

—Se decidió que viniera yo solo. Si desea saber... —Metió la

mano en un bolsillo de la guerrera y la tendió, con un papel doblado.

Pero el italiano denegó con un gesto.

—No hace falta. Personalmente, le he visto a usted en otras ocasiones, capitán. Por favor, siéntese mientras aviso a Comandancia para que vengan los agentes.

—No es preciso —cortó Von Drenfeld—. No vamos a interrogar más que a una sola de esas mujeres. La llamada Irene Skouras. Y el interrogatorio se hará en Comandancia, no aquí.

El italiano se mostró un poco confuso...

—Creí que... Se me dijo...

—Nos urge interrogar a esa mujer, capitán. Le ruego de orden de que nos la traigan. Nosotros mismos la conduciremos. Yo firmaré la orden de salida, mientras.

Como antes hiciera el oficial del control, el capitán se mordió los labios ante el tono autoritario de Von Drenfeld. Y miró hosco a los tres que suponía alemanes. Si notó la rara actitud del suboficial y el soldado, que parecían perros presa prestos a saltar, debió equivocarse su significado, pues se encogió de hombros y se volvió a su subordinados, ordenando:

—Sargento, llame al teniente Alfieri y dígame que traiga aquí la prisionera Irene Skouras. Prepare luego la orden de salida para que la firme el capitán.

Mientras sus dos órdenes se cumplían, un silencio tenso reinó en el despacho. El capitán italiano ya no se molestó en ofrecer asiento a sus «aliados». Clark y Alan eran todo ojos y tensión; Von Drenfeld sacó un cigarrillo y se volvió a pedir fuego a McGregor con una sombra de sonrisa dura. Éste se lo dio, y por un instante se cruzaron sus miradas. Fría la del alemán; cargada de amenazas la del canadiense.

A veces, cinco minutos son una eternidad. Y así parecieron a tres de los cinco ocupantes del despacho, los que tardó en llegar el teniente Alfieri seguido de dos soldados que conducían a Irene entre ellos.

Dominando el loco impulso de volverse de golpe, Alan lo hizo despatio, mientras Brackett y Von Drenfeld se volvían a su vez a mirar a la prisionera.

—Aquí está Irene Skouras, señores...

Fue un momento terrible.

La muchacha se paró en seco al ver el rostro de Alan bajo la gorra alemana, abrió la boca y los ojos, su propio rostro se quedó sin sangre, y se estremeció visiblemente. Por fortuna, los italianos atribuyeron al terror aquella reacción, y ella la dominó con bastante rapidez, al notar la mirada de McGregor.

Éste, a su vez, sintió una violenta oleada de furia, amor y compasión ante su aspecto. Tenía las ropas desgarradas y sucias, el pelo revuelto, y estaba enflaquecida.

Sobreponiéndose a sus impulsos, miró a Von Drenfeld y este hízoles un gesto que podía tener muchos significados. Luego se volvió al capitán italiano.

—Está bien. Firmaré la orden de entrega. ¿Está ya?

El sargento se la tendió. Y mientras Rudolf la firmaba, Alan se acercó a la muchacha, mirándola como si quisiera amedrentarla. Pero en realidad, enviándole un aviso que ella entendió.

Un minuto después, regresaban al coche, llevando delante a la prisionera entre los dos soldados italianos. El capitán jefe de la guardia se había excusado de acompañarles, pretextando trabajo, y el teniente marchaba abriendo marcha.

Los dos griegos disfrazados de alemanes seguían impasibles junto a las motos, manteniéndose apartados de los italianos. Éstos, y los paisanos y soldados que transitaban por la plaza, se volvieron a mirar la comitiva, pero por fortuna, se mantuvieron alejados. Y había sólo tres o cuatro alemanes entre ellos...

Botzaris abrió la portezuela trasera. Subieron Von Drenfeld y McGregor; Brackett lo hizo al volante, dando el contacto, y el alemán ordenó a los italianos:

—Súbanla aquí.

Irene fue subida al coche. Luego el teniente saludó, y se marchó hacia el edificio seguido por sus soldados.

—¡Aprisa, Brackett!

El neozelandés no necesitaba que se lo dijeran. Hizo virar al coche y lo lanzó hacia la calle fronterá, metiéndose por ella. Los dos griegos se pusieron delante con las motos, abriendo marcha. Y Alan se volvió a la temblorosa y aturdida Irene, dictándole con voz ronca de emoción:

—¡Gracias a Dios que la hemos salvado, Irene!

La muchacha no podía hablar. Estaba aturdida por la increíble liberación. Su busto subía y bajaba agudamente, y todo su cuerpo temblaba como una hoja batida por el viento. La violenta emoción que la embargaba, se desató al fin en una explosión de sollozos convulsivos que la sacudieron espasmódicamente. Rápido, el canadiense la rodeó con sus brazos, olvidando todo lo que no fuera ella.

—¡Cálmese, Irene, por amor de Dios! ¡Ahora está salvada!

—Sería conveniente que lo hiciera, señorita Skouras. Pueden verla en brazos de un suboficial alemán... y eso resultaría peligroso para todos...

La tranquila voz de Von Drenfeld calmó en seco la explosión nerviosa de la joven, al recordarle que aún estaban en peligro. Y a Alan le devolvió la sangre fría.

—Gracias por recordárnoslo, Rudolf —dijo.

—Es lo menos que podía hacer. Tu vehemencia de enamorado te ha puesto en peligro de perderlo todo. Pude atacarte mientras estabas abrazado a tu amada. ¿Te das cuenta?

—Sí, pudiste hacerlo. ¿Por qué no lo hiciste?

Irene había enrojecido al oír las frases del capitán respecto al enamoramiento de McGregor. Y ahora estaba mirando a los dos hombres con asombro, sin acabar de comprender.

—¿Qué significa...? ¿Es que no...? —balbució.

Y Von Drenfeld comprendió sus preguntas.

—Si lo que quiere saber es si soy uno de los guerrilleros de su tío, le diré que no, señorita Skouras. Soy el único alemán auténtico del grupo. Pero su enamorado Alan y sus amigos me llevan prisionero, como una especie de rehén.

—Ya le contaré, Irene, luego —intervino McGregor—. El capitán Von Drenfeld y yo somos viejos amigos, y quiso la suerte que tropezásemos con él cuando no sabíamos cómo sacarla de Koritza. Una gran suerte... Te agradezco tu actitud, Rudolf. No la olvidaré.

—No olvides que aún no estáis libres. Me figuro que no tardarán en averiguar la llegada nuestra a la ciudad y lo ocurrido en la prisión. Nosotros no somos tan tontos como los italianos, Alan, bien lo sabes. Nos estaban esperando en la comandancia para interrogar a tu amada, y pronto sabrán que hemos entrado y salido de la ciudad, llevándonosla.

—Bueno, ése es un riesgo con el que ya contábamos. Con diez minutos más de buena suerte, burlaremos a tus compatriotas. Siento haberte obligado a hacer este papel... pero no había otro remedio.

—No te preocupes por mí, sino por vosotros. Vuestro golpe ha sido muy audaz y afortunado, en todos conceptos. De mil veces novecientas noventa y nueve habrías fracasado. Pero aún no terminó la partida, Alan.

Estaban corriendo por una carretera que bordeaba la ciudad por su lado norte, y yendo hacia el sur a toda prisa; pasaron ante unos barracones que parecían ser alojamiento de tropas italianas, y frente a los cuales se alineaban una batería de antitanques. Luego, una compañía alemana que hacía ejercicios tácticos en unos campos. Y dos tanques ligeros parados junto a unas casas. El sol estaba ya acercándose a las cimas de los montes, a Occidente, y veíanse regresar campesinos griegos que miraban hosclos a los soldados y el coche «alemanes». Los diversos controles no les molestaron, en cambio, al ver el banderín sobre el motor, y pronto se vieron corriendo velozmente por la carretera principal.

A dos millas de la ciudad se cruzaron con un largo convoy de camiones, vacíos unos, y otros cargados y tapados con lonas, llevando todos un soldado encima, de vigía. Ahora nadie hablaba en el coche: Brackett, atento a conducir; Von Drenfeld, serio y pensativo; Alan e Irene evitando mirarse. Pero las manos de la joven estaban entre las de él, que las acariciaba inconsciente, y cada bamboleo del vehículo los apretaba uno contra otro. Por dos veces se cruzaron sus miradas, y ambas el rubor coloreó las mejillas enflaquecidas de Irene.

Llegaron sin novedad a la posada. Sófocles estaba en la puerta, todo él un manojo de nervios, y respiró con alivio al verles aparecer.

—¡Gracias a Dios que tuvieron suerte! ¿Les persiguen?

—Nadie. ¿Y aquí?

—Sin novedad. Los tenemos arriba... Mi mujer y mi hijo ya marcharon. Después de esto, nos irá la cabeza si continuáramos aquí...

—Llama a los hombres.

Los dos bajaron enseguida, y McGregor les ordenó:

—Partid hacia las montañas. Ya sabéis el punto de reunión.

¿Están bien amarrados los alemanes?

—Seguro. No se soltarán.

—¿No se les tocó un pelo, eh?

—Cumplimos sus órdenes. Están atados e incómodos, pero sanos.

—¿Qué vas a hacer conmigo? —inquirió Von Drenfeld.

—Llevarte con nosotros un poco más, para seguridad nuestra. Luego te soltaremos, y podrás volver a libertar a tus compañeros.

Reanudaron la marcha, mientras Sófocles y los otros se metían en los campos. Una milla más allá, metiéronse por un camino vecinal, y pararon el coche entre un grupo de árboles, junto a un alto ribazo, saltando a tierra. Los motores del coche y las motocicletas fueron inutilizados, y el grupo emprendió la marcha a pie, hacia las cercanas montañas.

Alan se acercó solícito a Irene.

—¿Cree que podrá seguir nuestro paso, Irene? Si no, haremos una camilla.

—No, gracias. Podré seguir...

—Cójase de mi brazo.

Durante la hora siguiente no hablaron. Era preciso vigilar y poner tierra por medio. Dos veces tuvieron que esconderse para evitar ser vistos por patrullas, pues aunque los uniformes alemanes les prestaban un buen «camouflage», la presencia de Irene era muy sospechosa. Al fin, con el sol ya puesto y las sombras espesándose sobre la tierra, llegaron a una vaguada entre colinas. Y allí, se detuvieron.

McGregor se volvió a Von Drenfeld, tendiéndole la mano.

—Estás libre, Rudolf. Puedes regresar con los tuyos. Cumpliste tu palabra, y yo la mía.

—Gracias, Alan. Somos enemigos, pero personalmente, te deseo suerte. A ti y a tu amada. No te guardo ningún rencor por lo ocurrido.

—Lo esperaba. Y espero también que algún día nos volvamos a ver de nuevo como amigos.

—Todo es posible. Tal vez vaya a Montreal a pedirle a tu madre un trozo de pastel. Si es así, confío que la señorita Skouras no me dará con la puerta en las narices.

Ella se ruborizó intensamente ante la clara alusión; pero replicó

bastante serena:

—No le recordaré como enemigo, capitán...

—Eso me alegra. Los pueblos pueden estar en guerra, pero nosotros no tenemos la culpa de ella y sus atrocidades. Repito que personalmente os deseo suerte... pero como oficial alemán, te advierto, Alan, que estaré persiguiéndoos dentro de dos horas... para capturaros. Adiós, muchacho. Me gustaría no volverte a ver hasta la paz. Adiós, señorita Skouras. Después de verla, comprendo que Alan haya jugado su vida en esta loca aventura. Él es un hombre muy afortunado. Hasta la vista, capitán Brackett...

Partió, avanzando a largas zancadas. Y desde lo alto de la pequeña colina, se volvió a saludarles con la mano. Los cinco le contestaron.

—Un gran tipo, sí señor, ese Von Drenfeld —comentó Brackett—. Decididamente me gusta. ¿Por qué rayos no serán así todos los alemanes?

—Creo que hay muchos como él —repuso el aviador—. Y sí, es un gran muchacho.

—¿Cómo le conociste?

—Estuvo hace cinco años en Montreal, con unos parientes. Entonces estudiaba técnica industrial. Nos hicimos muy amigos, y una vez le salvé la vida al caerse al San Lorenzo y quedar sin sentido por un golpe; hacíamos los dos una excursión de pesca, con otras personas. Ha sido una gran suerte tropezar con él... Vámonos, pues antes de dos horas estará persiguiéndonos. Y ya visteis que cumple su palabra.

CAPÍTULO XVI

Era ya avanzada la madrugada. Los fugitivos, tras larga y agotadora marcha nocturna por las montañas, habían alcanzado un lugar relativamente seguro, y ahora estaban reposando velados por dos de ellos que montaban guardia, atentos a cualquier señal de peligro.

Alan no podía conciliar el sueño, ni tampoco sentía el cansancio físico. Sus nervios excitados se lo prohibían. Había conseguido casi milagrosamente llevar a cabo una desesperada hazaña, sacando sana y salva a Irene de las garras del enemigo. Pero todavía no estaba terminada su tarea... ni ciertamente lo estaría nunca, al menos mientras la guerra durase.

La había salvado de momento, sí. Pero ¿y en adelante? Aun suponiendo que consiguiese llegar sin tropiezos al campamento central de los guerrilleros ¿qué? Volverían la zozobra, el eterno esconderse y huir, el peligro, la muerte siempre amenazando... Era aquél un juego demasiado duro, cruel y peligroso, incluso para un hombre...

Podrían volver a apresarla... y no se repiten los milagros. Podía ser muerta en cualquier encuentro, cazada como una alimaña, sufrir cosas peores que la muerte... ¡No podía, no debía ser!

Tenía que ponerla a salvo definitivamente, saber que estaba segura para vivir tranquilo él mismo. Y sólo había un camino; llevársela con él, en el submarino que había de recogerlo con los otros oficiales aliados. Pero eso sólo podría hacerlo si ella era su esposa. Como tal, adquiriría la ciudadanía canadiense... Sí, ésa era la solución.

Se levantó, nervioso. El viento murmuraba entre los árboles, y estaba alta Venus en el cielo añil. Algunos de sus compañeros roncaban a su alrededor. A Irene se le había preparado un lecho con hierbas y agujas de pino bajo un roble copudo, un poco más allá.

Debía estar durmiendo, agotada por la tensión nerviosa y la caminata nocturna... Había sufrido mucho desde que la capturaron...

Mientras huían, ella, andando apoyada en sus brazos con Brackett al otro lado, habíales referido su odisea. Los alemanes les sorprendieron, rodeando el refugio secreto, y había estallado una lucha atroz. Los guerrilleros, incluso los heridos, opusieron desesperada resistencia, sabiendo la suerte que les esperaba de todos modos...

Cuando los soldados enemigos entraron al asalto, vio caer a otras mujeres que como ella estaban allí, muertas o heridas, pues no se miraba su sexo en la furia del ataque.

Una granada de mano que estalló cerca de ella la dejó sin sentido, al ser alcanzada en la cabeza por una piedra desplazada por la explosión. Cuando lo recobró, estaba maniatada, y la llevaban en una camilla. Luego la subieron a un camión junto con otras mujeres capturadas, y la condujeron a Koritzza, encerrándola en un sótano antaño dedicado a almacenar desperdicios de reses. Desde entonces, y por días y noches, una pesadilla de hambre, malos tratos, interrogatorios enloquecedores... No sabía por qué milagro había resistido aquel horror. Pero otras no lo soportaron. Una, cuyo esposo había muerto en la refriega, había enloquecido. Otras cedieron, confesando lo que sabían... incluso el nombre de ella, Irene. Entonces —había sido la noche anterior— la separaron de las demás, encerrándola aparte y sola, para «ablandarla» con miras a un nuevo interrogatorio...

—No lo habría podido resistir... —había dicho, apretando nerviosamente el brazo de McGregor. Y él se juró entonces que, como fuese, la sacaría de Grecia enseguida.

Ahora se acercó despacio a dónde ella dormía, ansioso de contemplarla, saberla libre, cerca y bajo su amparo.

—Alan...

La suave llamada lo detuvo, llevándolo luego junto a la muchacha.

Estaba acostada, pero despierta. Y se incorporó sobre un codo al verle llegar a su lado.

—Creí que dormía...

—No puedo. Quisiera... pasear un poco.

Él no halló nada extraño en la propuesta. Al contrario, se alegró. Así podría decirle...

—No veo inconveniente. Venga.

Le tendió las manos, ayudándola a levantarse. Irene se cogió de un brazo suavemente, y avanzaron unos pasos más allá de los hombres dormidos.

Entonces, ella señaló una pequeña extensión despejada, al otro lado de la cual se alzaban unos pinos.

—Vamos a sentarnos allí...

Ya en el lugar indicado, Irene se sentó, recostando la espalda en el tronco. Sus ojos reflejaban las lejanas estrellas...

—Alan ¿por qué dijo el capitán alemán que yo era su amada?

La pregunta, queda, suave y serena, le cogió de sorpresa. Miró a la muchacha, y tardó casi medio minuto en contestar.

—Porque ésa es la verdad.

—¿Quiere decir... que usted... me ama?

—Con toda mi alma. Y creo que desde el primer momento que la vi, como un ángel descendiendo del cielo para curarme.

—¡Oh!

Fue más un suspiro que una exclamación. Quedaron en silencio, casi tocándose sus cuerpos. El suave aliento de la joven rozaba como una brisa cálida el rostro de McGregor. No podían apenas verse... pero no hacía falta tampoco.

—Irene...

—¿Qué?...

—¿Me quieres? ¿Querrás ser mi esposa en cuanto sea posible?

Por toda respuesta, una mano pequeña, tibia y temblorosa, se aferró a Alan. Éste pasó su brazo por los hombros trementes, y levantó la cara de Irene, tomándola por la barbilla.

—¿Me quieres, Irene?

—Yo... ¡soy tan feliz...!

Suavemente, con unción de rito, se juntaron sus labios. Los de la muchacha sabían a menta y pino montañoso, a rocío y a miel... Los brazos de McGregor la ciñeron con fuerza y ternura, mientras las manitas de ella se asían temblorosas a él, como buscando cariño y protección...

Un minuto... o un siglo ¿qué importaba el tiempo? Después, él la separó un poco, sin soltarla.

—¡Mi vida!... Tienes que repetirme que me quieres, Irene. Es tan maravilloso saberlo... oírtelo decir...

—¡Tonto!

Volvió a besarla; la besó en los ojos, en la garganta temblorosa, en las manitas... Y otra vez en la boca, golosa, ansiosamente, como si temiera perderla en el próximo instante para siempre. Y ella se abandonó a sus besos, correspondiéndolos con alma y vida, con toda la gloriosa potencia de su primer e ilusionado amor.

Luego, acurrucada contra su pecho y mientras él la mantenía entre sus brazos, le fue contando con una encantadora mezcla de timidez y fuego cómo se había conmovido al verle por primera vez, barbudo, demacrado y devorado por la fiebre, de un modo tal como jamás lo estuvo antes por nadie. Y cómo sintió una extraña sensación íntima cuando los ojos de él, vidriosos de fiebre, se clavaron en los suyos mientras le curaba.

—Yo no sabía qué era amor, Alan... El amor era para mí una cosa nebulosa e incierta... Aquella noche casi no pude dormir, pensando en ti... y tampoco las siguientes. Luego tú empezaste a decirme cosas, y a mirarme de un modo que llenó de inquietudes mi ser. Y una noche, pensando en todo ello, me di cuenta de que estaba enamorada de ti... y ya era una mujer. Desde entonces, he sufrido mucho, pensando que tú no podías quererme... o no del modo que te quería yo. Y todo este tiempo que no te he visto he buscado noticias tuyas por todos los medios. El doctor... y otros, se dieron cuenta de lo que me pasaba, y eso me azaró mucho, pues me gastaban bromas o me daban consejos que me hacían sufrir. Supe que mi tío te llevó con él para apartarte de mí, porque notó mi cambio y supuso la causa; pero yo sabía que nada ni nadie podía ya evitar que te quisiera. Y Dios ha oído mis plegarias... Ahora, mi tío no se opondrá a que nos casemos.

—Ni él, ni nadie te podrá separar ya de mi lado...

—... Hay un sitio donde podremos casarnos pronto, Alan. Se trata del monasterio de Bistritza, en las cercanías de Trikala. El prior es un santo varón, y me quiere mucho. A veces, pasé temporadas escondida allí.

La luz del alba estaba expandiéndose sobre la tierra dormida, y la brisa mañanera despertaba a los pájaros. El aire estaba impregnado de aromas silvestres, y todo envuelto en una suave paz.

—Parece increíble que haya guerra, matanzas... —murmuró Irene, soñadoramente—. Es tan hermoso este momento...

—Tú eres hermosa. Como la misma aurora. Y la guerra terminará un día u otro. Entonces tú y yo viviremos felices allá en el Canadá... o aquí, como prefieras.

—Prefiero el Canadá... pero también Grecia.

—Entonces, viviremos aquí y allí.

—Tienes que hablarme mucho del Canadá, de tu familia, si la tienes...

—Sí. Madre y una hermana aun soltera. Te gustarán.

—¿Y yo a ellas?

—Seguro. Tú gustarás a todos. Ya verás cuán felices seremos...

—Yo lo soy ya... Si pudiera saber de papá... y mi hermano León... A ellos le gustaría tanto saberme feliz...

—Los hallaremos, y los recobrarás. Ahora, en cuanto nos casemos, te llevaré conmigo. Embarcaremos en el submarino que ha de venir por mí, y quedarás en Alejandría mientras yo vuelo. Vivirás con la esposa de mi amigo Shelton...

—No me hables de separación ni de guerra, Alan, ahora. Háblame de ti, tu juventud, el Canadá...

Así lo hizo él, poniendo en sus pupilas toda la emoción que sentía en aquellos instantes, mientras ella le escuchaba en silencio, mirándolo arrobada. Le habló del anchuroso San Lorenzo, de Montreal, los inmensos bosques y los azules lagos, de la nieve invernal y la Universidad, de su familia y sus amigos, de su carrera de ingeniero aeronáutico... mientras el día iba llegando poco a poco, trayendo a la tierra la luz, y a ambos les rodeaban acechantes la muerte y el peligro.

Un poco más lejos, Brackett guiñó un ojo a Botzaris, cuando, éste le fue a relevar.

—No los molestes para nada, amigo. Para esos dos, no existen ahora la guerra, los alemanes, el peligro, nosotros... ni nada. Están borrachos de amor y ciegos de felicidad. Y no mires hacia ellos, te lo aconsejo. Se te pondrán los dientes largos.

CAPÍTULO XVII

Setenta y dos horas más tarde, y tras burlar la obstinada persecución enemiga con una serie de marchas y contramarchas, moviéndose durante la noche y pasando las horas diurnas en los más inverosímiles escondrijos, tuvieron la primera noticia del desastre.

—Los alemanes lanzaron una ofensiva contra los guerrilleros en la zona del Helicón —les dijo un viejo campesino conocido de Basilio—. Tuvo que haber traición, o tal vez «cantaron» los prisioneros que tenían. Lo cierto es que rodearon la región, y avanzaron por veinte puntos distintos. Había varios centenares de guerrilleros, y muy pocos pudieron escapar. Tenían cortados todos los caminos de huida...

Irene palideció intensamente.

—¡Mi hermano y mi tío! —gimió—. ¡Dios mío, estarían allí!

Apretando los dientes. Alan asintió sombrío.

—Sí, estaban. Al menos, cuando nosotros salimos. Tenemos que averiguar más detalles. Es preciso que nos diseminemos, y procuremos dar con quien nos los pueda facilitar. Marcharemos por parejas o grupos de tres, y nos reuniremos esta noche en un punto determinado, con los informes recogidos.

Así lo hicieron. Andando en parejas, incluso podían atreverse a caminar de día. McGregor, Brackett, Botzaris e Irene —que se había agenciado unos pantalones masculinos y una deteriorada chaqueta— marcharon juntos a través del espeso bosque que cubría la zona. Por dos veces esquivaron patrullas enemigas de exploración, que pasaron muy cerca de donde ellos estaban escondidos. Y sobre la media tarde, en las afueras de una pequeña aldea, obtuvieron nuevas noticias de unos carboneros.

—Sí, ha sido una gran desgracia... los alemanes tenían noticias detalladas de dónde estaban los patriotas, y muy pocos pudieron

escapar, filtrándose de noche por entre sus líneas, después de estar peleando todo el día... Esta mañana dimos nuestras comidas a un grupo de siete, tres de ellos heridos, que encontramos allí, en ese monte. Les indicamos un buen escondrijo, una cueva casi en lo alto... Bueno, sí puedo acompañaros, pero no mucho. Sólo hasta dejaros en buen camino. Ha habido muchos alemanes por esta parte todo el día...

El hombre les guió por lugares casi impenetrables hasta un barranco al pie del monte. Desde allí, les señaló una roca salediza, bastante más arriba, en la ladera.

—Subid hasta esa roca, y luego la rodeáis a la derecha. Veréis un bosquecillo de pinos. Detrás hay un cantil. Pegados a él, llegaréis a un sitio con mucha maleza donde nace una fuente. Subís unos cien pasos hasta una espesura de madroños. Allí está la cueva, tapada por ellos.

Tras darles las gracias, emprendieron la dura subida. Les llevó una hora larga alcanzar la fuente. Allí, Botzaris indicó, señalando el madroñal:

—Deben de tener a alguien vigilando, y ya nos habrán visto. Mejor será que suba yo a advertirles quiénes somos.

Así lo hizo. Se paró junto a los madroños, habló algo, y casi enseguida salió un hombre armado con fusil, que, sin dejar de apuntarle, miró hacia el grupo. Los dos cambiaron unas rápidas frases, y luego el del fusil se volvió a decir algo a los de la cueva, bajando a la fuente con Botzaris.

El guerrillero miró a Irene, y pareció descargarse de tensión.

—Todo no ha de ser malo —dijo—. Me alegro mucho de que pudieran rescatarla, señorita... ¿Se acuerda de mí? Una vez me curó un balazo.

—Sí... ¿Sabe algo de mi hermano y mi tío?

Estaban saliendo hombres armados de entre el madroñal, y viniendo hacia ellos. El guerrillero nubló el gesto.

—Su hermano está bien... Pero su tío...

—¿Qué...? ¿Ha muerto...?

—Aún no, que nosotros sepamos. Le malhirieron cuando ordenaba la resistencia después de la primera sorpresa. Hubo traidores... Por la noche, conseguimos sacarlo a través de las fuerzas enemigas... Lo llevaron, su hermano y unos pocos, al

monasterio de Bistritza... por si podía hacerse algo. Los demás nos diseminamos para escapar mejor.

—Bistritza está a unos treinta kilómetros de aquí —dijo Irene, volviéndose a Alan—. Tenemos que ir enseguida.

—Iremos, no temas.

—Tengan mucho cuidado. Está todo minado de enemigos. Nosotros vamos hacia el sur, a reunirnos en las montañas alrededor de Lamia. Allí arriba nada habrá que hacer por algún tiempo. Apenas si logramos escapar uno de cada diez...

Una hora más tarde, se separaban de los otros guerrilleros, emprendiendo la marcha hacia el punto donde habían de reunirse con sus compañeros. Sólo encontraron dos hombres. Y Spiros les dijo que Basilio y uno de los campesinos de Koritza que huyeron con ellos, habían tenido la desgracia de tropezar con una patrulla, siendo muertos por ella al resistir.

—Lo supimos porque un pastor nos trajo el aviso. Mala suerte la suya...

No habían obtenido noticias del paradero del comandante, aunque sí de la catástrofe del Helicón. Al parecer, era unánime la opinión de que los guerrilleros habían sido traicionados. La batalla se había desencadenado al día siguiente del rescate de Irene. Y los alemanes habían llevado a la zona casi todas sus fuerzas disponibles, incluso desguarneciendo las demás.

—Les escoció nuestro golpe al tren de municiones —comentó Brackett, sombrío—. Bueno, vamos para ese monasterio...

Tardaron toda la noche en atravesar la zona montañosa sin tener tropiezos, por fortuna. Y, con el alba, llegaron al pequeño valle donde se hallaba el monasterio de Bitritza.

El lugar era verdaderamente encantador. Entre dos hileras de altas y quebradas montañas, cuyas laderas estaban pobladas de densas espesuras de pinos, robles, encinas y avellanos, un estrecho y llano valle, de no más de media milla en su parte más ancha, regado por un afluente del Vardar. El monasterio se alzaba en un recodo del monte, resguardado de los vientos norteños, y era una maciza construcción de piedra con oscuros tejados, rodeado de huertas y frutales.

Cuando los fugitivos llegaron al borde del bosque, una campana comenzó a tocar lentamente. Irene se santiguó con devoción, y

deteniéndose, murmuró una oración, así como los otros griegos. Había paz en la hora y el ambiente, el cielo y el paisaje.

—A veces, parece mentira que haya guerra —murmuró Brackett.

—Pero la hay. Los hombres somos así de salvajes...

Avanzaron hacia el monasterio, y Botzaris llamó, tirando de un cordel junto a la puerta. Dentro, alejada, sonó una campanilla. Pero pasaron los minutos sin que nadie apareciese a abrir. Hubiérase dicho que el monasterio estaba deshabitado, o durmiendo sus habitantes, a no ser por el anterior sonar de la campana.

—Estarán escondiéndose —comentó Irene—. ¿Crees que habrá muerto mi tío?

—Pronto lo sabremos.

Dentro sonaron pasos pausados. Y una ventanita se abrió en el portón, mostrando la recelosa y barbuda cara de un monje, que escudriñó al grupo.

—La paz del señor sea con vosotros —dijo—. ¿Qué buscáis a estas horas en el monasterio?

Irene se adelantó.

—Mi tío y mi hermano están aquí, padre. Soy Irene Skouras.

El monje pareció sorprenderse alegremente.

—¡Dios sea loado! Sí, usted es Irene... ¡Santa Sofía nos bendiga! Voy... voy a abrirles...

El buen hombre describió los cerrojos ensartando alabanzas a los santos, y les dejó pasar.

—¿Cómo está mi tío? —inquirió, ansiosa, Irene.

El monje movió apesarado la cabeza.

—Muy mal... Se nos muere, hija... Lo trajeron anoche; la herida era muy grave y ha perdido mucha sangre. Pero Dios ha querido darle antes de morir la alegría de volverla a ver y saber que está salva... Vengan, vengan.

Les guió por los corredores, apenas iluminados por la difusa luz del alba que entraba por los ventanales...

—Creímos que era el enemigo. ¡Dios me perdone! También son hijos suyos, pero dejados de su mano... La comunidad está en el rezo, menos el hermano Antonio, que ya sabe tiene conocimientos de medicina, y está con su tío y los otros heridos. Los tenemos en la cripta, por si acaso...

Una alta y venerable figura se les apareció por una de las

puertas, al otro lado de la cual había claridades de cirios y sonaban murmullos de rezos.

—¿Quién ha llegado, hermano Juan? —preguntó una voz grave. Las negras vestiduras y el alto sombrero, junto con las grises y luengas barbas, daban al monje un impresionante aspecto en la difusa luz.

—Es la señorita Skouras, padre. Con unos amigos.

Se movió hacia adelante la imponente figura. Y McGregor pudo ver un rostro venerable, ahora conmovido por la alegría.

Irene se adelantó impulsiva, a besarle la mano.

—¡Padre Cesáreo!

—Bienvenida a Bistritza, hija. Dios ha escuchado mis oraciones, permitiendo que fueras salvada, y vinieras a endulzar las últimas horas tu tío...

—¿No hay esperanza, padre?

—Ninguna, por desgracia. Ahora está en las manos de Dios y a punto de rendirle sus cuentas. Estamos rezando por su alma. Pero ven, los minutos corren, y tanto él como tu hermano deben saber tu salvación. ¿Cómo fue posible ese milagro, hija? No esperábamos verte... al menos en mucho tiempo.

—Estos amigos me salvaron con un golpe de audacia... Padre, quiero... Éste es Alan McGregor... nos queremos... y queremos casarnos...

—Así es, señor —añadió el canadiense, conmovido, poniendo una mano sobre el hombro de Irene—. ¿Podría usted celebrar la ceremonia?

El abad les miró con expresión cariñosa y comprensiva.

—Ésta es la vida... ella y la muerte van siempre unidas, y de la una viene la otra como el día de la noche... Sí, puedo casaros, hijos. Os casaré cuando tu tío, Irene te haya concedido su autorización. Venid.

Atravesaron la estancia y penetraron en el templo, donde una docena de frailes rezaban; doblaron por un pasillo, y el abad abrió una pequeña puerta, mientras el hermano portero le entregaba una vela encendida.

—Tu tío y sus acompañantes están en la cripta. No podemos estar seguros de nada... Tened cuidado al bajar.

Los escalones eran resbaladizos, y retorcida la escalera. Llegaron

por fin al final. La cripta era ancha y baja, formada por estrechas galerías separadas por arcadas de robustas columnas. Hacía frío allí dentro, y reinaba una casi completa oscuridad, aunque al fondo se veían débiles luces.

—El monasterio tiene ocho siglos —explicó el abad a McGregor y Brackett—. Muchos príncipes y grandes señores yacen aquí enterrados. Y durante la dominación turca sirvió muchas veces de refugio y escondite a los cristianos. Ahora ha vuelto a servir. Existen pasadizos y estancias secretas que los alemanes e italianos ignoran. Varias veces vinieron a registrar, y nada hallaron. Eso casi les ha convencido de nuestra neutralidad.

Alguien se estaba acercando a ellos. Y al estar dentro del círculo de luz de la vela que portaba el abad, vieron se trataba de Miguel Skouras y otro guerrillero.

Irene se lanzó hacia adelante.

—¡Miguel!

—¡Hermanita...! —Miguel se paró en seco, como si no creyese a sus sentidos. Y luego corrió a abrazarla estrechamente con su brazo sano—. ¡Irene! ¡Gracias a Dios!

Los dos hermanos permanecieron abrazados un instante. Luego. Irene advirtió el brazo en cabestrillo, y recordó lo que McGregor le dijera acerca de sus heridas.

—¿Cómo te encuentras, Miguel? Tus heridas...

—No son nada. Pero tío Alejandro... se está muriendo. Le vas a dar su última alegría...

Entonces reparó en Alan y Clark. Y fue hacia ellos.

—Gracias, hermanos... —dijo roncamente. Le brillaban los ojos de un modo sospechoso—. No sé cómo lo hicisteis, pero... gracias.

—No hay de qué, Miguel. Te dije que la rescataría o moriríamos en el empeño. Nos ayudó la suerte...

Irene se puso junto al canadiense. Sus mejillas aparecieron coloreadas a la luz.

—Miguel... Alan y yo... nos queremos...

—Ya lo sabía, hermanita. Andad, vamos a ver al tío. Le queda ya muy poca vida...

Avanzaron hasta el fondo de la cripta. A la débil y vacilante luz de unas lámparas de aceite, veíanse hasta una veintena de guerrilleros, la mitad heridos. Sus armas estaban arrimadas a la

pared. Sobre una mesa de piedra, en un lecho improvisado con prendas diversas, estaba tendido el comandante. Un monje de negras barbas, cubierto con un batón el traje talar y remangados los brazos, hallábase a su lado, colocándole gasas sobre el desnudo pecho.

En todos los rostros se pintó la sorpresa al reconocer a Irene.

La muchacha se acercó despacio, con los ojos llenos de lágrimas, a su tío. McGregor y Brackett se pusieron a su lado.

El comandante tenía los ojos cerrados y respiraba con dificultad. La crecida barba hacía resaltar la terrosa palidez de su cara. La muerte estaba allí, poniendo sus marcas en el enérgico semblante del soldado.

Sobre el lado izquierdo del pecho, el blanco vendaje se tornaba carmesí. La mirada de Irene chocó con la del fraile, y éste denegó lento con la cabeza.

—La bala casi lo atravesó de parte a parte. Está alojada junto al omoplato izquierdo, y tiene el pulmón horadado. Ha perdido demasiada sangre... No hay esperanza...

La diestra de Irene se posó en la frente del moribundo, mientras la muchacha se inclinaba sobre él, arrasados de lágrimas los ojos.

—Tío Alejandro... soy yo, Irene...

El comandante abrió los ojos, cesando de respirar. Y sus pupilas ensombrecidas por la muerte se fijaron en el rostro acongojado de su sobrina.

—¿Irene...? —Había incredulidad en su mirada—. ¿Es... posible...?

—Sí, tío. Sana y salva...

Alan se inclinó sobre ella, y dijo a su vez:

—Le prometí salvarla, o perecer intentándolo, comandante. La suerte nos ayudó.

—Gracias... Señor... —Por un instante, los ojos del moribundo se cerraron.

Irene emitió un grito le alarma.

—¡Tío Alejandro...!

—Aún no, hija... —susurró el comandante, abriendo de nuevo los ojos—. Dios ha querido permitirme... esta alegría... antes de llevarme... con él.

Irene le cogió la mano con ternura, llorando quedamente. Los

guerrilleros estaban rodeando la mesa con caras sombrías. El moribundo pareció cobrar energía, y sus ojos brillaron algo más, al mirar a McGregor.

—Alan... quiero decirle cuánto... se lo agradezco... Se ha ganado...

—Nada me tiene que agradecer, señor...

Volviendo la vista a su sobrina, Skouras siguió:

—Irene... él te ama... y es todo un hombre. ¿Y tú?

—Yo también... —asintió arrebolada—. Queremos casarnos...

—¿Está ahí el abad?

—Aquí me tiene, comandante.

—Padre... quiero que los case... hoy mismo... ahora... Quiero saber que Irene... tiene un defensor, ahora que yo... me voy...

—No veo ningún inconveniente, si ellos lo desean también.

Por toda respuesta, McGregor pasó su brazo alrededor de la cintura de Irene.

—No tenemos otro deseo, padre.

El comandante volvió a hablar. Se iba por momentos.

—Alan... antes del... ataque... llegó un aviso. Un submarino inglés... estará el día 5 en... la bahía de Lerna. Tienen que ir usted y Brackett... Llévase a Irene... y a Miguel...

—Vendrán con nosotros, desde luego.

—Gracias... Ahora... puedo morir... tranquilo...

Cerró los ojos, y dobló la cabeza. Creyendo que había muerto, Irene sollozó, abrazándolo. El monje de la barba negra la separó, y auscultó al comandante.

—Aún vive —dijo al incorporarse—, pero durará poco ya. Es un desmayo del que tal vez no salga.

Sonaron roncosp murmullos. Había lágrimas en los ojos de muchos guerrilleros. El abad se volvió a Irene, a la que sostenía McGregor.

—Voy a prepararlo todo, hijos, para vuestra boda. Tal vez él pueda aún verla...

Marchó hacia la salida. Irene volvió a acercarse al moribundo. Y los demás también.

—¿Cree que podrá recuperar el conocimiento, padre?

—Está en manos de Dios...

El comandante volvió a abrir los ojos. Pero ya no veían.

—Irene... Miguel...

—Estamos aquí, tío...

—Dadme la mano... Alan también...

Le obedecieron. Estaban heladas.

—Mis hombres...

—Todos aquí, comandante... —contestó una voz sospechosamente ronca.

—Muchachos... seguid luchando... por Grecia... hasta la victoria... Irene, Miguel... hijos... que Dios os bendiga... y os permita... salir con bien... Dios os bendiga... a to... ¡Grecia...!

Un estremecimiento le sacudió, crispáronse sus manos sobre las de sus sobrinos y Alan, y se le dobló la cabeza ligeramente, mientras una gran paz llenaba su rostro.

Irene gimió desgarradoramente. Sonaron sollozos varoniles en la cripta. Y luego se alzó la voz lenta del monje.

—Ha muerto un soldado y un patriota... Señor Todopoderoso, acoge su alma y perdona en tu infinita misericordia sus pecados, permitiéndole gozar de tu bienaventuranza...



Ha muerto un soldado...

Uno tras otro, los guerrilleros estaban cayendo de rodillas alrededor del muerto. Irene se arrodilló también, sollozando quedamente. Y McGregor y Brackett lo hicieron a su lado, sintiendo un nudo apretar sus gargantas. Sobre sus cabezas inclinadas, la voz del monje siguió sonando grave y emocionada.

—Padre nuestro que estás en los cielos...

Y un coro de voces quedas se sumó a la oración por el hombre que había muerto por su patria, y con su nombre en los labios.

CAPÍTULO XVIII

Era ya cerca del mediodía. La campana del monasterio había doblado a muerto por la mañana, y, de algún modo, los habitantes de la próxima aldea se habían enterado de por quién. A lo largo de aquellas horas habían llegado al monasterio hombres y mujeres recelosos, que rezaban durante un rato por el difunto, pasando luego a contemplar su cadáver, instalado sobre un pequeño catafalco y vestido con hábito talar, precaución necesaria que se había tomado por orden del abad. Los guerrilleros permanecían escondidos en la cripta, pues las gentes del pueblo habían traído aviso de que fuerzas invasores patrullaban por el valle y las montañas, en busca de guerrilleros fugitivos. Y ahora iba a celebrarse la ceremonia de matrimonio de Irene y McGregor.

Sólo ellos, Brackett y Miguel estaban arriba, en la iglesia, pues el abad no había permitido subir a los demás.

—Sería demasiado arriesgado. Los alemanes están cerca, y pueden presentarse en cualquier momento...

Incluso para los cuatro habían tomado sus medidas. Uno de los monjes había bajado al pueblo al salir el sol, regresando más tarde con un paquete de ropas. Un traje completo de novia, al estilo típico de la región, para Irene, y otro de varón para McGregor. También dos trajes para Brackett y Miguel, que iban a actuar de padrinos.

—Es preciso tener presentes todos los detalles, hijos —les señaló el prior, al llevarles los trajes—. Los alemanes pueden comparecer durante la ceremonia, y sospechar al ver unos novios tan mal vestidos. Además, vendrán unos cuantos amigos de toda confianza, para completar el aparato.

Irene sonrió, a través de sus lágrimas.

—¡Qué bueno es usted! Me habría parecido que faltaba algo, de haber tenido que casarme vestida de hombre...

—Ya lo sabía... por eso lo pedí. A ustedes dos —habló a Alan y

Clark— les ayudarán a vestirse, pues esos trajes son algo complicados...

En una de las celdas, Miguel y uno de los monjes ayudaron a ambos a embutirse en los trajes típicos de la región; Brackett se permitió una broma sobre la apariencia que presentaban con ellos puestos.

—¡Vaya un trajecito, Alan! Debería haber un espejo por aquí, para que te vieras el tipo. ¡Sensacional! ¡Y yo que me reía de las falditas de los escoceses! Estas enaguas que luces, las superan con mucho, amigo...

McGregor se miró dubitativo las piernas enfundadas en blancas medias y los zapatos con hebillas de plata.

—¡Hum! ¿Es preciso que salga así? Debo parecer un bailarín de *ballet*, o una máscara de carnaval...

—Aquí nadie notará nada, Alan —dijo Miguel, esbozando una sonrisa—. Si te portas con naturalidad, nada sospecharán los germanos, si vienen. Tienes toda la apariencia de un novio del país...

Llamaron a la puerta, y entró el abad, dirigiendo una mirada aprobadora a los dos camaradas.

—Parecen dos griegos auténticos, y me alegro de ello. Acaban de decirme que los alemanes están en el pueblo.

—Entonces... ¿No sería mejor aplazar la boda hasta que se vayan? —inquirió Brackett.

—Tal vez no suban hasta aquí. Y aunque lo hicieran, de una boda no pueden sospechar. Aparte que no creo les agrade la idea a los novios...

—Si hay peligro para Irene, señor, prefiero aplazarla. Podemos celebrarla en cualquier otro momento...

—El peligro está para ustedes en todas partes y a cualquier hora. Y nada ocurre sin que sea la voluntad del Señor... Hay que celebrar las exequias del comandante, enterrarlo... y ustedes deben partir esta noche, si quieren llegar a tiempo a dónde les esperará el submarino. Les casaremos ahora, y con la ayuda divina, nada malo nos ocurrirá, pues nada malo a sus ojos hacemos.

—Dios le oiga, padre. Bien, ya estamos dispuestos.

Salieron de la celda, encaminándose a la iglesia, y esperaron en la puertecilla que daba acceso a ella. Había una cincuentena de

griegos de ambos sexos orando, la mayoría mujeres, y estaba también gran parte de la comunidad. La luz entraba tamizada por las hermosas vidrieras de colores, y hacía resaltar las hieráticas pinturas de los retablos bizantinos.

El abad se había marchado para revestirse las ropas litúrgicas, y el novio y los padrinos entretuvieron la espera fumando un cigarrillo. McGregor estaba nervioso, y Brackett le dirigió algunas pullas. En cuanto a Miguel, en su ánimo luchaban el pesar por la muerte de su tío, y la alegría por la inminente boda de su hermana. A los tres les embargaba la tensión y el temor de que se presentaran patrullas invasoras de un momento a otro.

Al fin se les acercó un monje.

—La novia espera en la puerta frontera. Ya pueden venir.

—Andando, muchacho —le dijo Brackett—. Valor y de cabeza.

Por la puerta aludida apareció Irene, seguida por las dos mujeres que la habían ayudado. Y a su vista, al canadiense se le cortó el aliento, mientras Brackett no podía evitar un leve silbido.

—¡Dios, qué preciosidad! Eres el hombre más afortunado del mundo, amigo...

Realmente, Irene estaba linda sobre toda ponderación con el pintoresco traje regional.

Miguel avanzó a su encuentro, tomándola de la mano, y la llevó junto a McGregor. La tímida sonrisa de la joven, y la mirada rápida que le dirigió, le hicieron el efecto de una botella de coñac viejo.

Maquinalmente echó a andar a su lado. La muchacha olía a fragancias montañosas. A los lados, los espectadores les miraban con curiosidad y simpatía, entre murmullos. El abad les esperaba ya frente al altar.

Llegaron frente a él, y a una señal suya se arrodillaron al igual que los padrinos. Y con voz lenta y grave, el abad habló.

—Hermanos en Dios. Estamos aquí reunidos, en medio de los honores y desventuras de una guerra cruel, para realizar el más grande y hermoso de los sacramentos instituidos por la Ley Divina. Para unir en amor con el sagrado lazo del matrimonio a un hombre y una mujer que van a fundar una nueva familia y un hogar nuevo. En estos días de dolor y tristezas, es cuando una ceremonia como esta alcanza todo su significado de esperanza y de fe. Porque ella, uniendo a dos seres que se aman, nos dice que sobre todos los males

con que el Señor nos aflige y nos prueba, está siempre una promesa de paz y de ventura. Roguemos pues ahora por la felicidad de los que van a unirse en matrimonio, como más tarde rogaremos por los que ya están en el seno de Dios...

La ceremonia nupcial dio comienzo. A McGregor, aquello se le antojaba como un sueño. Increíble, fantástico, parecía todo a su alrededor. El esplendor del altar, el túmulo con el cadáver del comandante a su derecha, la majestuosidad del monje oficiante, Irene, tan hermosa como un ángel del cielo, arrodillada a su lado... Por un instante temió que alguien iba a sacudirle, despertándolo con el aviso de que había que salir huyendo, atacar a un enemigo que se aproximaba.

Pero nada de eso ocurrió. La ceremonia nupcial siguió su curso normalmente, y poco más tarde, el prior pronunciaba las solemnes palabras.

—... yo os declaro marido y mujer. Que Dios os bendiga y haga feliz y fructífera vuestra unión, hijos míos...

Se incorporaron. Irene estaba radiante de belleza y felicidad. Pero al ir Alan a besarla, Brackett se le interpuso jovialmente.

—¡Eh, un momento! ¡Que tú tendrás tiempo de hacerlo! Escuche, padre abad, yo no sé cuáles serán las costumbres griegas en este caso. Pero en Nueva Zelanda, el padrino es el primero en besar a la novia.

—Puede seguir su costumbre, si el novio no se opone.

—¡Que lo intente!

Y uniendo la acción a la palabra, besó a la sonrojada Irene ante las sonrisas de todos.

Fue en ese momento cuando apareció corriendo el monje portero. Y desde la puerta, lanzó el temido anuncio:

—¡Los alemanes! ¡Vienen por el camino, y han rodeado el monasterio!

De primera intención, se armó un revuelo de pánico que cortó la voz autoritaria del abad.

—¡Quietos todos, y respetad la iglesia! No estamos haciendo nada peligroso, ni tampoco podemos echar a correr a tontas y locas. Si os vieses huir o esconderos, sería mucho peor que si os encuentran rezando tranquilamente.

—Pero ¿y nosotros? —inquirió McGregor—. Pueden haber

seguido nuestra pista, o descubrir que Brackett y yo no somos griegos...

—No es tan fácil... y de todos modos, ya están ahí. No queda otro camino que confiar en la divina Providencia y su misericordia... Volved a arrodillaros.

Los alemanes estaban allí ya. Resonó el ruido de coches al detenerse, órdenes guturales, y rumor de pasos apresurados en la entrada. Casi enseguida, aparecieron un oficial, un sargento y varios soldados armados en la puerta.

Los alemanes estaban allí ya. Resonó el ruido de coches perplejos. Fuera retumbaban sus voces y el ruido que producían violentando puertas. Tras una corta vacilación, el oficial enfundó su pistola, dio una orden al sargento que la transmitió a los soldados, los cuales se abrieron a lo largo del muro, cubriendo con sus armas a los griegos, y avanzó por el pasillo con pasos firmes. Era un hombre joven, de acusadas facciones y fríos ojos grises, que miraban desconfiados y alerta alrededor.

El abad avanzó a su encuentro, haciendo a los novios y padrinos un leve gesto de cautela con la mano.

—Estoy oficiando, señor oficial... —dijo gravemente.

Y el alemán —un teniente— replicó con voz dura:

—Y nosotros buscando guerrilleros.

—No es éste el sitio más apropiado para esa tarea...

—Yo sé por experiencia que cualquier sitio en este maldito país es, o ha sido alguna vez, seguro escondite para ellos. Tenemos que registrar el monasterio y cachear a todo el mundo. ¿Qué ceremonia estaban celebrando?

—Un matrimonio...

—¡Hum!

La dura y suspicaz mirada del teniente se clavó en el silencioso y tenso grupo al pie del altar... fijándose luego en el túmulo y el cadáver del comandante. Lo señaló con un gesto de cabeza.

—¿Acostumbran a casar a la gente poniéndoles un muerto delante? ¿Quién es?

—Un hermano que ya reposa en la gracia de Dios.

—No me gusta esa respuesta. ¿Quién es y cómo se llamaba?

Todos tenían, ahora, la vista fija en el abad. Así, no percibieron la entrada de un nuevo oficial alemán, hasta que éste avanzó por el

pasillo llamando:

—¡Teniente Pfeifer!

El teniente giró rápido cuadrándose.

—¡A la orden!

—¿No le enseñaron a quitarse la gorra al entrar en un templo?

El teniente cambió de color. Y sin replicar, se quitó la gorra. Aunque habían hablado en alemán, su acción, y el que el recién llegado llevara la suya bajo el brazo, dieron claramente a entender a los griegos lo que pasaba. Y el nuevo personaje acaparó toda la atención.

Pero de nadie como de tres de las personas que se hallaban al pie del altar.

Porque el oficial de mayor graduación, no era otro que el capitán Von Drenfeld.

CAPÍTULO XIX

Von Drenfeld llegó junto al prior y el humillado teniente.

—Vaya a inspeccionar el convento, teniente Pfeifer —ordenó seco—. Pero sin olvidar que esto es un monasterio. Si encuentra señales de que hay o ha habido guerrilleros aquí, venga enseguida a comunicármelo.

—Sí, señor.

El teniente dio un seco taconazo, y salió de la iglesia. Von Drenfeld se dirigió al prior.

—Disculpe al teniente. Hasta cierto punto, su actitud es comprensible. Los guerrilleros matáronle un hermano hace poco.

—La guerra es cruel para todos...

—Cierto. Y los soldados tenemos deberes que cumplir. Sospechamos que este monasterio sirve de refugio a los guerrilleros fugitivos. Tengo órdenes de registrarlo de arriba abajo. Y si encontramos guerrilleros, o huellas de su presencia aquí... va a ser una mala cosa para ustedes.

—Pueden registrar cuánto quieran. El hermano celador les guiará...

—No es preciso... —Sus ojos, que recorrían la iglesia, se clavaron en las cuatro personas situadas al pie del altar... tres de las cuales le daban la espalda, y tenían la sensación del que siente de pronto hundirse el suelo bajo sus pies—. ¿Estaban celebrando un casamiento?

—Así es.

—¿Y ese cadáver de junto al altar? Resulta un fúnebre adorno, ¿no cree?

—La muerte y la vida van siempre juntas.

—¿Quién es el muerto? ¿Alguien del pueblo?

—No.

—¿Un monje, acaso?

—Tampoco.

—¡Ah...! —Von Drenfeld le miró fijo—. Es una suerte hallar un hombre que no miente, aquí en Grecia.

—Cuando la mentira no beneficia a nadie, no es lícito mentir.

—En este caso, puede perjudicar a ustedes.

—No veo por qué...

Von Drenfeld se acercó al catafalco. Los tres vueltos de cara al altar sintieron sus pasos... pero no vieron cómo se envaraba de pronto, conteniendo el aliento, al mirarles. No obstante, sí notaron cómo se detenía... y algo se heló en sus espaldas.

Pero el capitán prosiguió su marcha enseguida. Y una curiosa sonrisa florecía en sus labios ahora.

Llegado junto al cadáver, lo examinó atentamente. El abad iba detrás de él, y se le puso al lado.

—¿Quién es?

—Lo encontramos moribundo. Tenía una herida en el pecho. Intentamos curarle, pero fue inútil.

—Supongo que sabrá a lo que se exponen quienes albergan y ayudan a los guerrilleros...

—Lo sé. Pero nadie ni nada nos impedirá prestar nuestro auxilio a aquellos que llegan a nuestra puerta hambrientos, heridos o enfermos, sin mirar su raza o religión. Y mucho menos dejar sin sepultura y rezos a un hermano que viene a morir a la casa de Dios. Usted, que es militar, me entenderá si le digo que nos asusta menos la muerte que el incumplimiento de nuestro deber.

En la iglesia, fuera de sus voces y los ruidos externos, se podía oír el vuelo de una mosca. Las gentes del pueblo estaban pendientes del diálogo entre el prior y el capitán invasor. Y al pie del altar, McGregor, Irene y Brackett, dando a medias la espalda a Von Drenfeld, se miraron ahora. En los ojos de los tres latía la misma sombría desesperación.

—Tenía que ser él...

—¡Estamos perdidos...!

—Si al menos tuviera un arma...

—Nos ha reconocido. ¿Notasteis cómo se detuvo? Y ahora está jugando con nosotros... regodeándose en su triunfo...

—Y nada podemos hacer... ¡Por qué haría yo caso al abad!

Sus voces eran simples susurros contenidos que ni el mismo

Miguel, preocupado porque no se notase la rigidez de su brazo derecho, despojado del cabestrillo y colgante a su costado, descifró.

Y los tres estaban aplastados por una amarga desesperanza. Entre los miles de oficiales alemanes en Grecia, había tenido que ser Von Drenfeld el que mandase la fuerza que rodeaba y registraba el monasterio. Él, que lógicamente desearía la revancha, herido en su orgullo de militar y alemán; que tal vez tuvo que soportar una dura reprimenda de sus superiores por haberse prestado dócilmente a ayudarles en Koritza, sin hacer nada para capturarlos e impedir el audaz rescate de Irene... Ahora estaban literalmente en sus manos, pues cualquier intento de huida, siendo como eran blanco de todas las miradas, sería tanto como suicidarse, sin armas y con media docena de soldados alemanes cerca. Claro que morir así valía más que las torturas que a no dudar se les infligirían... pero no estaban ellos solos. Había los monjes y los campesinos, todos los cuales pagarían también...

Von Drenfeld giró, acercándose despacio a dónde ellos estaban. Su rostro seguía impasible, pero en sus ojos brillaba una chispa burlona.

—Conque éstos son los novios —dijo, con leve ironía—. Parece ser que interrumpimos su boda. A ver, levantad las cabezas. ¿De qué tenéis miedo?

Los tres obedecieron. Irene, pálida como una muerta bajo el negro velo con que había cubierto su cabeza, se apretujó instintivamente contra McGregor, que le rodeó los hombros con su brazo y se irguió cuan alto era, mirando desafiante al capitán. Brackett, a su vez, hizo lo mismo, esbozando una dura sonrisa y apretando los puños.

Por un instante que pareció un siglo las miradas de los tres chocaron con la impasible de Von Drenfeld.

—Una novia muy linda... y tremendamente asustada —habló al fin el capitán. Y había en su voz una mezcla de simpatía y burla. La última se acentuó, así como el brillo de sus ojos, al mirar a McGregor—. Y un novio muy buen mozo y pintoresco con esas enaguas rizadas. Sí, estás muy guapo... deberías hacerte una fotografía y guardarla como recuerdo.

Alan apretó los dientes. Estaba claro que Von Drenfeld quería divertirse un rato a su costa. Iba a hablar, cuando algo en su

interior le detuvo.

—No debes estar tan asustada, muchacha —dijo Rudolf a Irene, con deferencia—. Casarse no es un delito, que yo sepa, y no vamos a llevarnos a tu novio... ni a tus padrinos.

Se volvió despacio hacia el intriguado abad.

—Supongo que estos cuatro serán del pueblo también... No, no me lo diga. Suponiendo que no fuese así, o usted se vería obligado a mentirme, para hacer una buena obra, o yo a estropear la luna de miel a esta interesante pareja. Y no quiero cargar su conciencia, ni la mía, con semejante paso. Termine de casarlos, y que se marchen a su casa pronto... dondequiera que esté. Tal vez vaya algún día a pedirles una taza de café, y no quiero que guarden de mí un mal recuerdo, sobre todo esta linda muchacha.

El teniente Pfeifer apareció en la puerta de la iglesia, avanzando por el pasillo hasta donde se hallaba su superior. Echó una escrutadora ojeada a los novios, deteniéndola en Irene. Von Drenfeld le interpeló:

—¿Y bien? ¿Hallaron algo?

Arrancándose a la contemplación de la muchacha, el teniente se cuadró.

—No, señor. Hemos registrado todo el convento, incluso la cripta, sin hallar nada. Sólo resta interrogar a esta gente.

—No hace falta. Son vecinos del pueblo, y han venido a asistir a una boda y a los funerales de ese cadáver.

El teniente no parecía convencido.

—Pero, señor, puede ser una añagaza... ya sabe que...

Fríamente, Von Drenfeld le cortó.

—Teniente, cuando usted mande en jefe una fuerza, será quien de las órdenes. Por el momento soy yo quien decide lo que se ha de hacer; y para calmar sus recelos al respecto, debería bastarle ver que casi todos son mujeres y viejos. Hemos venido a buscar guerrilleros. Si no están aquí, donde se hallen. Vaya a dar orden de que se reúna la fuerza y monte en los camiones.

Pálido ante la reprimenda, el teniente asintió.

—Sí, señor. A la orden.

Marchó de allí a grandes zancadas. Von Drenfeld se volvió al abad y las cuatro personas inmóviles junto a él.

—Señor, voy a creer que no hay guerrilleros en este

monasterio... excepto ese muerto. A propósito ¿de veras no dijo su nombre antes de morir? Pudo haberlo dicho, haga memoria. Comandante Alejandro Skouras, por ejemplo.

Si algo sacudió interiormente al abad, no apareció en su cara.

—Podría haber sido ése su nombre, capitán —repuso despacio—. Pero no nos lo dijo.

—Ya... Bien, entiérrenlo, y termine de casar a esa pareja. Volveré mañana por aquí... y no me gustaría encontrar enemigos de Alemania en este monasterio.

Sin más, dio vuelta, marchando hacia la salida de la iglesia. La última frase la había pronunciado en inglés, dejando perplejo al abad. Al llegar a la puerta, dio una orden seca, y los soldados salieron tras él. Afuera sonaban los motores de los vehículos y el ruido de voces y armas de la tropa.

En la iglesia, por unos segundos, pareció haberse hecho el vacío. Y luego se expandió un suspiro hondo de alivio colectivo, que llegó a la alta bóveda.

En el mismo instante, Irene, incapaz de soportar por más tiempo la tensión, se desmayó.

Mientras McGregor la sostenía en sus brazos, para evitar que cayese al suelo, los demás corrieron en su auxilio. Sin aceptarlo, él la levantó en vilo, llevándola a uno de los bancos. Las gentes del pueblo se acercaron solícitas, y uno de los monjes fue en busca de un cordial. El abad miró a Brackett, y le dijo:

—Se ha portado muy extrañamente ese capitán... Por un momento, me dio la impresión... de que les conocía.

—¡En mi vida he pasado tanto miedo! ¿Qué si nos conocía? ¡Y tanto! ¡Como que era el único oficial alemán en toda Grecia que podía reconocernos!

—¿Es posible? —se asombró el monje.

—¡Y tan posible! Él fue quien nos ayudó a rescatar a Irene en Koritza... Le obligamos a punta de pistola.

—Pero... ¿cómo, entonces, les ha dejado libres... incluso avisándoles? No lo entiendo...

—Se lo explicaré. Él y McGregor eran amigos hace años, allá en el Canadá, y Alan le salvó la vida una vez. Ahora, acaba de pagarle con réditos la deuda. ¡Y por Dios, que se ha portado como un hombre de honor!

Lentamente, los ojos del abad se desviaron de Brackett hacia el gran crucifijo en el centro del altar.

—Los caminos de Dios son infinitos —murmuró— y grandes su Bondad y su Misericordia...

EPÍLOGO

Aquella misma noche y tras dar sepultura al comandante Skouras, Irene, McGregor, Brackett y Miguel, abandonaron el monasterio junto con Spiros y otro guerrillero. Éstos serían sus guías en el viaje. Cuatro noches después, y tras sortear con fortuna no pocos peligros, alcanzaron una zona que los invasores suponían limpia de guerrilleros. Allí, y en determinado punto de los montes, reuniéronse con media docena de aviadores y oficiales aliados que tenían también que embarcar en el submarino. Spiros y el otro guerrillero se despidieron, quedándose en el campamento, y ellos se unieron al nuevo grupo en su huida hacia la libertad.

La noche del 4 al 5 de junio, el grupo llegó sin novedad a la pequeña y profunda bahía de Lerna, donde ya esperaban otros militares aliados rescatados del Eje, hasta el número de treinta, ellos incluidos. Miembros de la Resistencia montaban guardia en las rocosas alturas que cerraban la bahía, y el grupo de fugitivos se cobijó entre las rocas, cerca de la pequeña playa.

—Los italianos vigilan poco esta parte de la costa —les advirtió el jefe de los guerrilleros de escolta— pero aun así, conviene tomar precauciones. El submarino estará aquí a las dos y diez. En veinte minutos han de estar todos ustedes a bordo, pues no podemos arriesgarnos demasiado.

Había allí aviadores y militares de casi todas las graduaciones y nacionalidades: americanos, británicos, canadienses, neozelandeses, australianos... McGregor y Brackett hallaron paisanos y uno o dos conocidos. Y en cuanto a Irene, causó sensación al presentarla el primero como su esposa.

—¿De modo que le derribaron y fue a encontrar a la mismísima Diana? —preguntó un mayor inglés, escapado de un campo italiano de prisioneros, provocando el sonrojo de la joven—. Pues puede decir que hizo el más afortunado de sus aterrizajes.

—De eso estoy seguro —repuso Alan, sonriendo.

Otro de los aviadores, comentó:

—Será un placer llevarla con nosotros en el viaje, aunque tal vez el comandante no ponga buena cara. Faldas a bordo dicen que es mala suerte...

—¡Bah! Tonterías —terció Brackett— y en este caso, no veo las faldas por ninguna parte, pues va con pantalones.

Todos rieron, aumentando el azoramiento de la muchacha.

—Mientras no se les ocurra a los italianos asomar las narices por aquí... —apuntó otro—. No me agradaría ser cazado de nuevo, justo ahora...

—No seas pájaro de mal agüero, hombre... ¡Vaya una idea!

Afortunadamente, nada ocurrió hasta las dos y diez. En esa hora, de uno de los acantilados de la costa surgieron tres destellos intermitentes de luz. Y casi enseguida, llegó el jefe de los guerrilleros.

—¡A la playa! Por grupos de diez.

Todos se mostraron unánimes en enviar al matrimonio en el primero. Y así, corrieron a la orilla del agua, esperando ansiosamente.

Minutos después, dos negras masas se destacaron bailoteando sobre las olas. La impaciencia no permitió más espera a los fugitivos, y se adentraron al encuentro de los botes de goma, cada uno de ellos tripulado por dos marineros. McGregor tomó a Irene en brazos, a pesar de sus protestas.

—No quiero que te mojes —y la metió en uno de los botes, subiendo él acto seguido.

Los marinos parecieron sorprenderse al ver a la muchacha, pero nada dijeron. Y los dos botes se despegaron de la orilla.

A doscientas yardas de la playa, aguardaba el submarino. Los botes atracaron a su costado, y sus ocupantes fueron izados a bordo. Un oficial se les acercó a darles la bienvenida, y quedó perplejo al ver a Irene, cuyo flotante cabello no dejaba lugar a dudas acerca de su sexo.

—¿Una mujer?

—Es mi esposa —declaró Alan—. Señora McGregor.

—¿Inglesa?

—Griega. Nos hemos casado hace unos días.

El oficial meneó la cabeza.

—Tendrán que ver al comandante... no esperábamos mujeres a bordo.

El comandante del submarino era un inglés típico, de unos treinta y tantos años. Sacudió la cabeza al ver a Irene y ser informado del caso.

—Esto es un mal asunto. Tengo órdenes de no llevar mujeres en estos viajes. Lo siento, señora, pero habrá de volver a tierra.

—Si ella regresa, yo me iré con ella —habló seco McGregor.

Y Brackett se adelantó a su vez.

—Oiga, comandante ¿no puede enviar al diablo las ordenanzas por un momento y ser humano? La señora McGregor ha perdido a sus padres y un hermano, capturados o muertos por los nazis. Su tío, uno de los jefes más bravos de la Resistencia griega, murió hace días. Se han casado hace poco más de una semana, y por luna de miel no han tenido más que temor, huida y sobresaltos. ¡Y por Cristo, que si la desembarca, me voy con ellos yo también! Prefiero pelear con esos muchachos de ahí, a hacerlo donde los hombres se preocupan más de las ordenanzas que del corazón.

El comandante sonrió a su vehemencia.

—También yo tengo corazón, capitán. Y una esposa. Bien, creo que por una vez, no me irán a regañar mucho. Puede quedarse, señora. Veremos de encontrarle un alojamiento...

Diez minutos más tarde, Alan e Irene, de pie junto a la torre del submarino, contemplaban la negra masa de la costa, bajo la luz de las brillantes estrellas.

—Grecia... —murmuró ella, con voz emocionada—. ¿Crees que podremos volver algún día, Alan?

Él la besó en los cabellos, suavemente.

—Seguro, querida. La guerra terminará, y tú y yo podremos recorrer tranquilamente todos los lugares que han sido testigos de nuestra odisea.

—¿De veras lo haremos, Alan? Sería tan hermoso... quiero volver a Bistritz para rezar por el alma de mi tío...

—Puedes estar segura que lo haremos.

—Alan...

—¿Qué?

—¿Crees que... cuando termine la guerra... podremos ir a visitar

a Von Drenfeld? Le debemos la vida...

—Si Dios nos la conserva a los tres, te lo prometo. Yo también quiero volverle a ver. Le debo mucho más que la vida, puesto que le debo también a ti. Por dos veces me ha permitido conservarte... y eso no se lo podré pagar jamás.

—Alan... te quiero mucho...

En el puente, un oficial señaló al comandante el bulto que formaba el matrimonio.

—¿Les llamo ya, señor? Los botes están a la vista...

Déjelos un minuto más, Leyton. Después de todo, no creo que hayan tenido muchas ocasiones de besarse en los últimos tiempos... ni las tendrán hasta que lleguemos a Alejandría. Bueno, ni yo de dormir en mi litera tampoco...

FIN



¡Las mesnadas del hampa y del crimen moviéndose como ratas en los puertos de Marsella, de Niza y de Nápoles!... Drogas, crímenes, y el misterio sensacional de un rapto que moviliza a uno de los ases del Servicio Secreto británico...

He aquí la base argumental de la novela

PIRATAS DE FRAC

Todas las obras del famosísimo Peter Debry cautivan y emocionan por el verismo con que presenta sus personajes y las situaciones en que se desenvuelven. ¡Pero este relato, además, es de los que apasionan tan pronto se dobla la primera página!

PIRATAS DE FRAC

le hará vivir en un escalofriante ambiente de sutil misterio, extendiéndose como la sombra del crimen desde los más bajos fondos portuarios a los refinados lugares del mundo elegante!

No pierda usted la oportunidad de saborear una de las mejores novelas del genial

PETER DEBRY

la que, titulada PIRATAS DE FRAC, publicará en su próximo número la celebradísima

Colección SERVICIO SECRETO

CARTELERA de NOVEDADES



COLECCION PIMPINELA

Núm. 395 - Pili G. Rus

■ LA DAMA DE LA RUE PIGALLE

Núm. 396 - M.ª Pilar Carré

○ O SE ESPERA

APARICION SEMANAL, PRECIO: 5 PTAS.



COLECCION ROSAURA

Núm. 235 - Mary Vidal

■ OTRA PRIMAVERA

Núm. 236 - M.ª Adela Durango

○ EXTRAÑA INVITADA

APARICION SEMANAL, PRECIO: 5 PTAS.



COLECCION ALONDRA

Núm. 74 - Josefina María Rivas

■ DOS HOMBRES Y UNA MUJER

Núm. 75 - Mary Vidal

○ VALEROSA MUCHACHA

APARICION SEMANAL, PRECIO: 5 PTAS.



COLECCION BIDENTE

Núm. 336 - Fidel Prado

■ LA MUERTE ESPERA

Núm. 337 - A. Rolcest

○ BAJO EL SIGNO DEL ONIO

APARICION SEMANAL, PRECIO: 5 PTAS.



COLECCION SERVICIO SECRETO

Núm. 200 - Cliff Bradley

■ BUSCANDO LA MUERTE

Núm. 201 - A. Rolcest

○ TROMBA DE FUEGO

APARICION SEMANAL, PRECIO: 5 PTAS.

■ Volumen recientemente aparecido



COLECCION MADREPERLA

Núm. 291 - Carlos de Santander

■ RENUNCIA A MI AMOR

Núm. 292 - Isabel Saluena

○ SU TRIUNFO

APARICION SEMANAL, PRECIO: 5 PTAS.



COLECCION AMAPOLA

Núm. 121 - Marilyn

■ ENTRE SOMBRAS

Núm. 122 - Trini de Figueroa

○ AQUI ESTA EL CIELO

APARICION SEMANAL, PRECIO: 5 PTAS.



COLECCION LAUREL

Núm. 17

■ MARQUINA

Núm. 18

○ LORD BYRON

APARICION SEMANAL, PRECIO: 5 PTAS.



COLECCION BUFALO

Núm. 34 - Rogers Kirby

■ EL MUERTO DEJA INSTRUCCIONES

Núm. 35 - Keit Luger

○ A SANGRE Y FUEGO

APARICION SEMANAL, PRECIO: 5 PTAS.



COLECCION CAMELIA

Núm. 15 - Carín Tellado

■ LA MUJER DE MI AMIGO

Núm. 16 - Mercedes Tomós

○ UN PLAZO PARA EL AMOR

APARICION SEMANAL, PRECIO: 5 PTAS.

○ Volumen de próxima aparición

EDITORIAL  BRUGUERA

PRECIO EN ESPAÑA: 5 PTAS.

PRINTED IN SPAIN

PRECIO EN LA REP. ARGENTINA: \$3.50

